

MUNDO HISPÁNICO



VILADOMAT.

★ LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES ★

ARGENTINA..... PESOS. 1,50
BOLIVIA..... BOLIVIANOS. 25,00
BRASIL..... CRUCEIROS. 7,50
CHILE..... PESOS. 15,00
COLOMBIA..... PESOS. 0,90
COSTA RICA..... COLONES. 2,50

CUBA..... PESOS. 0,35
EL ECUADOR..... SUCRES. 5,60
EL SALVADOR..... COLONES. 1,00
ESPAÑA..... PESETAS. 10,00
FILIPINAS..... PESOS. 1,00
GUATEMALA..... QUETZALES. 0,35

HONDURAS..... LEMPIRAS. 0,90
MEJICO..... PESOS. 1,85
NICARAGUA..... CORDOBAS. 1,50
PANAMA..... BALBOAS. 0,35
PARAGUAY..... GUARANIES. 1,30
PERU..... SOLES. 2,50

PORTUGAL..... ESCUDOS. 15,00
PUERTO RICO..... DOLARES. 0,35
R. DOMINICANA..... DOLARES. 0,35
URUGUAY..... PESOS. 0,80
VENEZUELA..... BOLIVARES. 1,30
El resto del mundo,
equivalencia sobre PESETAS. 10,00

JUNIO - 1948

MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID

GONZALEZ
BYASS & C^o

JEREZ DE LA FRONTERA



COÑAC

oberano

Solero

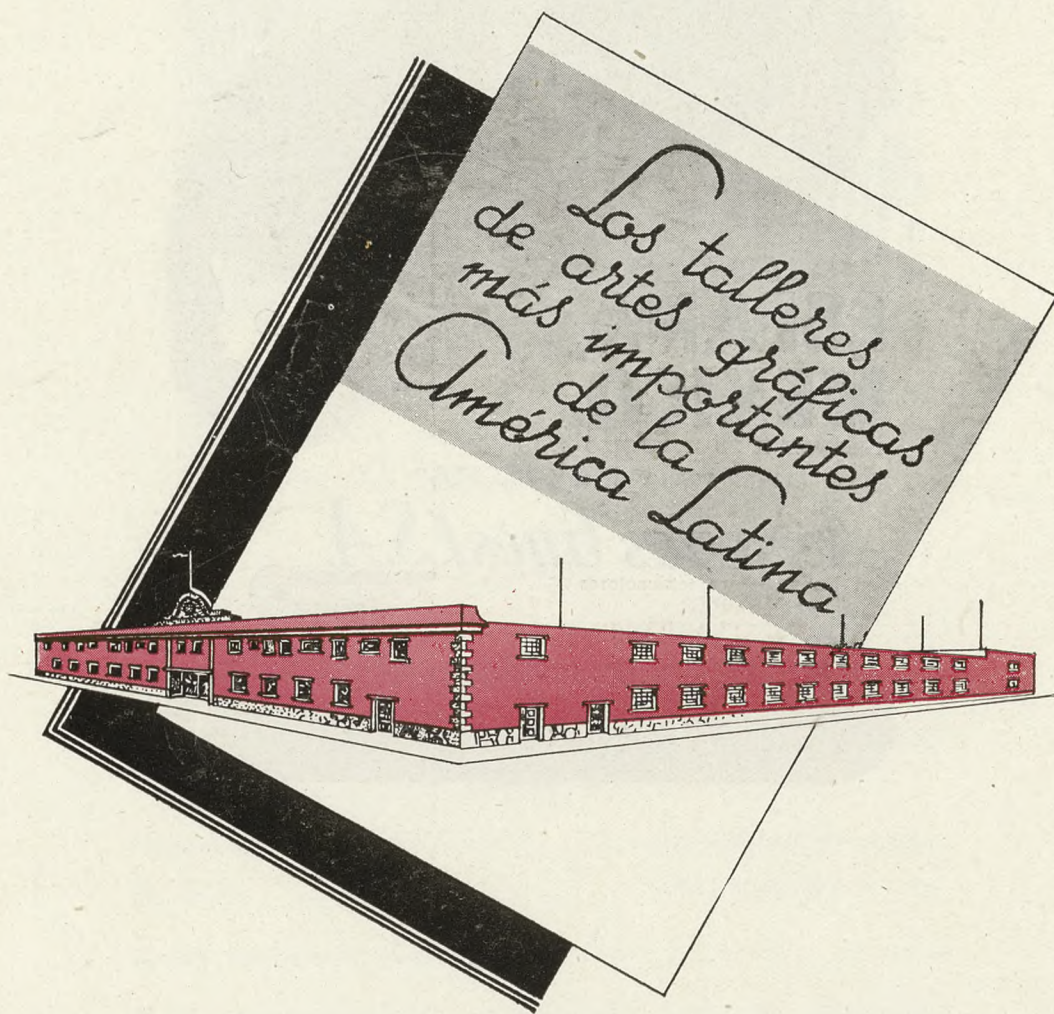
LA HELVETIA

CIA. IMPRESORA PAPELERA, S. A.

PRESIDENTE: SANTIAGO GALAS

16 DE SEPTIEMBRE, 41 - APARTADO 1893

MEXICO, D. F.



OFFSET

IMPRENTA

PAPELERIA

ARTICULOS DE PROPAGANDA



ESPAÑA MEXICO

DIRECTAMENTE SIN TRANSBORDO

POR LA "RUTA DEL SOL"
VIA

Aerovías Guest, S.A.

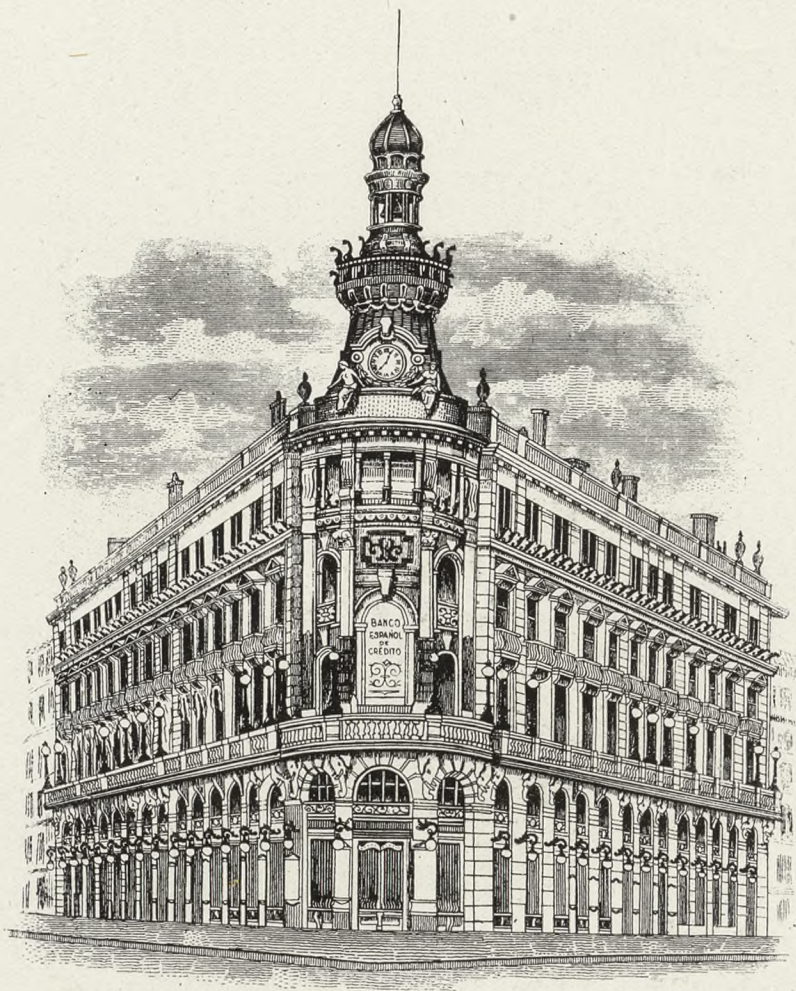
en los modernos tetramotores

"SUPER
CONSTELLATION"

"RUTA DEL SOL"

INFORMACION Y VENTA DE BILLETES:

ESPAÑA: En todas las Agencias de viajes y en IBERIA, LINEAS AERIAS, S. A. Plaza de Cánovas, 4. Teléfono 21-82-30. Madrid. PORTUGAL: Aerovías Guest, S. A. Rua do Alecrim, 7. Lisboa. MEXICO: Aerovías Guest, S. A. Madero, 117 y Paseo de la Reforma, 95. México, D. F.



Banco Español de Crédito

MADRID

Domicilio social: MADRID - ALCALA, 14
MAS DE 400 SUCURSALES EN ESPAÑA Y MARRUECOS

Capital desembolsado.....	207.488.000,00 pesetas
Reservas.....	178.576.639,60 pesetas

Ejecuta bancariamente toda clase de operaciones mercantiles y comerciales

Está especialmente organizado para la financiación de asuntos relacionados con el comercio exterior



el nombre que es sello de
garantía de la mejor llan-
ta para automóvil que co-
noce el Mundo!

Compañía Hulera Euzkadi, S.A.
MEXICO, D. F.



Más kilómetros con

Goodrich-Euzkadi

¡Siempre la primera!

LECTOR: CUANDO SE DIRIJA AL ANUNCIANTE, MENCIONE SIEMPRE LA REVISTA "MVND0 HISPANICO"

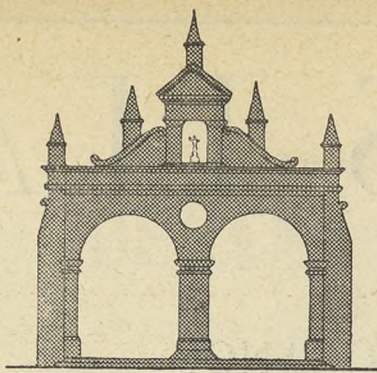
PUBLICACIÓN MENSUAL

PRESIDENTE DEL CONSEJO EDITORIAL:
ALFREDO SANCHEZ-BELLA

REDACCION Y ADMINISTRACION

Alcalá Galiano, 4. - MADRID

Apart. 245-Direc. teleg.: MUNISCO



Característico arco doble con graciosa espadana en
Santa María de Tonantzintla (Puebla, México).

N.º 5 - JUNIO 1948

DIRECTOR: ROMLEY
(MANUEL M.ª COMEZ COMEZ)

Redac.-Jefe: MANUEL SUÁREZ-CASO

Secret. de Red.: RAIMUNDO SUSAETA

MVND0 HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID

Portada: "ESPAÑOLA DE MONTEHERMOSO", por Domingo Viladomat - Pág. 7: "POLITICA DE IDEAS", por Xavier de Echarri, y SUMARIO - Pág. 8: "CÓMO NOS LLAMAN", por Carlos Dávila - Pág. 10: "LA HISPANIDAD TELEGRAFICAMENTE", por José M.ª Pemán - Pág. 11: ELOGIO Y NOSTALGIA DE TOLEDO, por el Dr. Gregorio Marañón - Pág. 15: "RUAS Y MIRADOIROS DE LISBOA", por Luis León de la Barga - Pág. 19: BAILES ESPAÑOLES EN AMERICA, por S. Galindo - Pág. 23: EMBLEMAS Y DISTINTIVOS DE LA AVIACION HISPANOAMERICANA, por F. Ezquerro - Pág. 27: EL TEATRO COLON DE BUENOS AIRES, por José Ignacio Ramos - Pág. 30: "PARAGUAY: UN RIO Y UN ESTADO", por María Ontiveros - Pág. 33: "LA DECORACION DE INTERIORES EN ESPAÑA", por A. del Río - Pág. 35: "EL CRIMEN DE HAI-MERU", por José Berti - Pág. 37: "LAS COMIDAS ANTIGUAS Y MODERNAS", por el Dr. Blanco Soler - Pág. 41: "BOGOTA ERA HERMOSA", por Ernesto La Orden - Pág. 42: ESTAMPA GOYESCA, por E. Herreros - Pág. 44: EL CINE ARGENTINO, por F. Arranz - Pág. 47: "CIUDAD TRUJILLO, LLAVE DEL CARIBE", por José Sanz y Díaz - Pág. 50: "MUCHACHAS EN BICICLETA", por Julio Romano - Pág. 52: "EL CAFE EN EL SALVADOR", por Luis Francés - Pág. 54: "MANUEL SE VA", por V. Escrivá, Y NUESTROS COLABORADORES - Pág. 57 y 58: BIBLIOGRAFIA, CARTAS DE LOS LECTORES y secciones varias.

POLITICA DE IDEAS

LOS contornos del pensamiento moral y político hispanoamericano son cada día más precisos y están más claramente definidos dentro de la general confusión ideológica de nuestro tiempo. Estas ideas fundamentales que llamamos pensamiento hispanoamericano no han sido, naturalmente, formuladas en ningún cuerpo de doctrina ni mucho menos constituyen lo que en el idioma de la política activa se suele llamar "un programa". Pero esas ideas, que, por otra parte, son ideas inconfundibles, ideas de imposible e inútil falsificación, si suponen una determinada actitud ante la vida, una determinada manera de ser y de entender, una forma de pensar ante lo esencial y decisivo, que autoriza sobradamente la referencia a un pensamiento hispánico vivo y actual que opera sobre la presente coyuntura histórica.

Es inútil que los enemigos del común destino de nuestros pueblos ahonden, o procuren ahondar, las diferencias, las particularidades y los matices que nos hacen distintos entre nosotros mismos. Justamente por estas particularidades, por esta diversidad que acampa sobre medio planeta, la hispanidad es hoy como un aliento gigantesco, incomparable y único, capaz de impulsar por sí solo la marcha de la Historia. Nada importa que los regímenes o los sistemas de gobierno no tengan entre sí identidad ni aun coherencia. No está en el mundo de nuestras ideas, sino precisamente en mundos ajenos y aun contrarios, esa especie de dogmatismo cerrado, indagatorio y exigente, con el que hoy se pretende crear una vida internacional cuadrículada, igual para todos, donde todos se sometan dócilmente a medirse por un patrón general cortado por manos ajenas. Ninguna circunstancia nacional suele coincidir entre nosotros con las demás, y la política tiene que ser, por encima de todo, a la hora de ponerse en marcha, actual. Tiene que corresponder a su tiempo y a su lugar, inspirándose en la realidad de cada hora y aun de cada minuto. Pretender cualquier clase de política a contrapelo, plantada como un guiñol de trapo, artificiosamente, copiándola del modelo oficial, construido en un laboratorio donde se trabaja "en frío" con la sangre de la humanidad entera, es cosa tan disparatada y tan fuera de nuestras maneras y nuestras costumbres, que casi representa el reverso de lo que nosotros hemos llamado pensamiento hispanoamericano. Los que tal hacen pretenden una política de métodos; nosotros pretendemos una política de ideas. Y aun de pocas ideas, porque lo que importa es que las que deben de tenerse en pie —que al fin y al cabo no son sino unas cuantas— se tengan de verdad.

Quizás el más grave síntoma de la crisis política universal sea el de que todavía nadie se ha puesto de acuerdo, nadie se ha tomado el trabajo de ponerse de acuerdo, sobre media docena de ideas. Existen acuerdos cada día sobre tal sistema, sobre tal procedimiento, sobre una fórmula específica, sobre recetas, en fin, para la aplicación cotidiana de un régimen de urgencia, de un régimen de pan para hoy y hambre para mañana. Pequeños acuerdos sobre otros pequeños acuerdos, que no suelen cumplirse además, pero cuya gravedad no está tanto en su incumplimiento como en el hecho de que, la mayoría de las veces, este incumplimiento no importa nada, porque nada en realidad importaba tampoco lo contrario. Sólo funciona la estéril madeja diplomática de los acuerdos al tresbolillo para cada día que pasa. Pero el acuerdo fundamental, el que sirve para todos los días, para saber por qué y para qué se vive, y para saber por qué y para qué se puede un día afrontar la muerte, ese no aparece en el horizonte sombrío que nos rodea. Falta hondura en el corazón de los hombres que tienen hoy entre sus manos el incierto destino de los pueblos. Falta entereza y falta generosidad. Ni se está con los pies clavados en la tierra, varonil y tenazmente clavados en la tierra, ni se está con el alma puesta en el aire buscando a Dios entre las estrellas. Y esta actitud, que es la actitud entera del hombre, es la nuestra. Porque los pueblos hispanoamericanos sin necesidad de patrones ni medidas, si que estamos de acuerdo sobre esa media docena de ideas madre, de ideas para siempre, y en ese acuerdo no puede haber jamás ni traición, ni infidelidad, ni incumplimiento. De ese acuerdo nace, frente a la dispersión de tantas cosas, el pensamiento hispánico que es ya hoy, en unas horas dramáticas y desalentadas, como un haz de luz y de esperanza que se abre camino entre la niebla.

X A V I E R D E E C H A R R I

Prohibida la reproducción de textos e ilustraciones siempre que no se citen como procedentes de MVND0 HISPANICO

LOS NOMBRES O CARACTERES REPRESENTADOS POR LOS PERSONAJES QUE APAREZCAN EN LOS TRABAJOS DE CREACIÓN LITERARIA SON IMAGINARIOS; CUALQUIER PARECIDO CON PERSONAS REALES SERÁ MERA COINCIDENCIA

PRECIOS: Argentina, Pesos, 1,50 • Bolivia, Bolivianos, 25,00 • Brasil, Cruzeiros, 7,50 • Chile, Pesos, 15,00 • Colombia, Pesos, 0,90 • Costa Rica, Colones, 2,50 • Cuba, Pesos, 0,35 • El Ecuador, Sucres, 5,60 • El Salvador, Colones, 1,00 • España, Pesetas, 10,00 • Filipinas, Pesos, 1,00 • Guatemala, Quetzales, 0,35 • Haití, Gourdes, 1,50 • Honduras, Lempiras, 0,90 • Méjico, Pesos, 1,85 • Nicaragua, Córdobas, 1,50 • Panamá, Balboas, 0,35 • Paraguay, Guaraníes, 1,30 • Perú, Soles, 2,5 • Portugal, Escudos, 15,00 • R. Dominicana, Dólares, 0,35 • Uruguay, Pesos, 0,80 • Venezuela, Bolívares, 1,30 • Para el resto del mundo, equivalencia sobre Pesetas 10.

EMPRESA EDITORA Y DISTRIBUIDORA: EDICIONES IBEROAMERICANAS, S. A. - CALLE DE MENORCA, 15 - MADRID

IMPRESORES: TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, BLASS, S. A. (MADRID) • HUECOGRABADO, HIJOS DE HERACLIO FOURNIER, S. L. (VITORIA) • OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE (SAN SEBASTIAN)

EN ESTA COLUMNA DE LOS NOMBRES,
EN BLANCO, DE LOS "VEINTITRES PAISES",
SE SUBRAYARAN CON OTRO COLOR LOS
QUE EN CADA NUMERO SEAN RECORDADOS O GLOSADOS ESPECIALMENTE

Argentina

Bolivia

Brasil

Colombia

Costa Rica

Cuba

Chile

Ecuador

El Perú

El Salvador

España

Filipinas

Guatemala

Honduras

México

Nicaragua

Panamá

Paraguay

Portugal

Puerto Rico

R. Dominicana

Uruguay

Venezuela

CÓMO NOS LLAMAN

LATINOAMERICANOS HISPANOAMERICANOS IBEROAMERICANOS

POR
CARLOS M. DÁVILA

LATINOAMERICANOS, iberoamericanos, hispanoamericanos, indoamericanos, amerindios, indoiberos, indohispanos, eurindios, ¿cómo nos llamamos los ciudadanos de las 22 repúblicas que viven al sur del Río Bravo?

La verdad es que nos llaman latinoamericanos, y si queremos un nombre más apropiado tenemos que apresurarnos a obtener que lo cambien.

De otra manera puede ocurrir lo que con "América", que ya es imposible de alterar, aun cuando su origen no fué más que el capricho de un oscuro geógrafo francés, Waldeseemuller, quien creyó en la historia del arrogante Américo Vespucio.

Yo he usado en mis escritos los tres primeros gentilicios, pero he recibido sobre los tres objeciones de mis lectores. La controversia ruge otra vez por todo el Continente. Vale la pena señalar el estado de ella con el pro y el contra respecto de cada uno de los vocablos.

LATINOAMERICANO

Pro: Es el único que incluye a las 20 repúblicas no anglo-americanas. El español, el portugués y el francés son idiomas latinos y latinas fueron las tres naciones que dieron origen a las 18 repúblicas hispanas, la lusitana Brasil y la francesa Haití. Nuestra civilización es latina. No excluye ni ofende a ninguna nación ni a las respectivas madres patrias. Está incorporado en todos los idiomas y su uso generalizado en todos los continentes.

Contra: La lengua española no es latina, tampoco la portuguesa; apenas una tercera parte de las 14.000 palabras castellanas es de origen latino. No ha existido jamás una raza latina; el Lacio fué cuna de un imperio, pero no de una raza. La raza y el idioma español son una aglutinación de elementos éuscaros, celtas, iberos, celtíberos, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, vándalos, suavos, germanos, góticos, alanos y, finalmente, árabes. No hay razón para elegir sólo al elemento romano con el fin de llamarnos latinos; lo mismo podrían llamarnos grecoame-

ricanos, arábigoamericanos o éuscaroamericanos; como que Cejador dijo "si el latín fué el padre, el éuscaro fué la madre" de nuestro idioma. En todo caso, había una lengua celtíbera formada en la Península mucho antes de que llegaran los romanos.

La palabra, agregan los enemigos de "latinoamericanos", es "un artículo de lujo inventado en París", un "contubernio engendrado entre Francia y el yanqui"; el escritor inglés Phillip Guedalla observa que cuando "los franceses necesitan algo a que no tienen derecho, suelen llamarlo latino". Es parte de la campaña del "imperialismo americano" para desligar a nuestras repúblicas de la madre patria y eliminar un obstáculo para el panamericanismo. Trata de excluir y ofender a España. En el hecho "borra España y Portugal" según Belaunde. Montados en ese vocablo los franceses vinieron a "faire l'Amerique" y los "yanqui" a meterse como amos en las repúblicas del Sur. Por último..., los haitianos no son latinos...

IBEROAMERICANO

Pro: Tiene casi todas las ventajas de latinoamericano y carece de muchos de sus inconvenientes. Reconoce la falsedad del "latinismo" filológico y racial de nuestras naciones y las vincula directamente a España y Portugal, no a Italia ni a Francia. Ha sido aceptado aun en España, donde hay varias instituciones "iberoamericanas". Es aceptado también en Portugal y Brasil.

Contra: No incluye a Portugal y, por lo tanto, al Bra-

sil, por más que se diga lo contrario. Histórica y racialmente, Portugal no fué ibérico. Los iberos entraron en España por el este y nunca llegaron a Portugal. Fueron los celtas los que poblaron este último país en remotos tiempos. No toma en cuenta la lengua. La España que descubrió, conquistó y pobló a América no era ya ibérica, ni fenicia ni griega, ni romana ni árabe, era española lisa y llana. Excluye a Haití.

HISPANOAMERICANO

Pro: Hace pleno honor a España y corresponde al nuevo anhelo de 18 naciones de acercarse a la Madre Patria. Han cambiado los tiempos. A mediados del siglo pasado, todavía mi compatriota Francisco Bilbao escribía que progresar era "desespañolizarse"; ahora, Querido Moheno nos dice que ha llegado el momento de "deslatinizarnos" para españolizarnos mejor. Viene de "Hispania" el nombre (derivado del fenicio Span) que los romanos dieron a la Península. No excluye, por lo tanto, al Brasil, puesto que Lusitania (Portugal) era una de las tres partes en que los romanos dividían a Hispania. Por lo demás, la historia de España y Portugal es la misma hasta el siglo XII. Tanto Portugal como Brasil fueron más tarde, bajo Felipe II y Felipe III, parte del Imperio Español, que era entonces el más grande de la Historia, dos veces el área del Romano en la época de Trajano. Sí; excluye a Haití. Pero ¿será imperativo que por esta razón se desfigure el nombre que mejor cuadra a las otras 19 repúblicas? Hace ciento veinticinco años, Humboldt usó el vocablo "hispanoamericano" como el más adecuado.

Contra: No sólo excluye a Haití, sino que también al Brasil. Cualesquiera que sean las razones históricas en contrario, el hecho es que los brasileños no aceptan el vocablo. Por eso la Unión Iberoamericana no ha podido cambiar su nombre por Hispanoamericana.

Generalmente, hispanoamericanistas e iberoamericanis-

tas marchan unidos contra los latinoamericanistas; pero éstos les llevan la ventaja del uso, cualesquiera que sean las razones de su generalización, y de que el vocablo que ellos patrocinan es el único que se puede emplear cuando se contrapone a Angloamérica con toda la América independiente que sigue para el sur.

La Liga de Acción Social, de Mérida (Yucatán), acaba de publicar, como el mejor homenaje a Cervantes en su centenario, una recopilación de "Documentos de Defensa del nombre Hispanoamericano". Hace veinticinco años que esa institución viene luchando, a veces muy sola, con ese objetivo. Hay mucho en esos "documentos" acerca de la propaganda imperialista de los Estados Unidos contra el vocablo "hispanoamericano".

Yo no sé en qué se fundan. Si creen que es una directiva oficial de Wáshington, me parece que le están atribuyendo una sutileza diplomática de que carece; malicia es lo que allí hace más falta. El público y la prensa usan en este país "latinoamericano" como le hemos usado nosotros. En los colegios y universidades prefieren, y usan con más frecuencia, "hispanoamericano", salvo cuando tienen que incluir a las 20 repúblicas. La Liga de Acción Social propone que, a lo menos, cuando se trata de las 18 repúblicas hispanas, se elimine lo de "latino". El que escribe, lo ha hecho siempre, y hace votos porque los propósitos de la Liga se cumplan.

LA HISPANIDAD TELEGRÁFICAMENTE

POR

JOSÉ MARÍA PEMÁN

VAMOS A ESCRIBIR casi telegráficamente el momento de la Hispanidad. Se podían titular estas cuartillas: "La Hispanidad en cien o doscientas palabras". No las he contado, pero pocas han de ser.

Eurasia es físicamente un continente como África o América. Sin embargo, "Eurasia" es una denominación erudita, rara. Y decimos Asia, Europa, con la naturalidad con que decimos América, África. ¿Por qué? Por una razón cultural y espiritual. A Europa la fundó Grecia cuando la pensó en su tragedia, en sus guerras médicas como una resistencia frente a Oriente. América está separada de Europa por el Atlántico. Europa está separada de Asia por la batalla de Salamina.

Desde entonces, Europa es fundamentalmente un espíritu. En cuanto se ha querido prescindir del espíritu, en el mundo de la pura fuerza material se ha encontrado en posición difícil. Eurasia, abandonada a la pura fuerza, se desnivela, por su mayor peso, del lado asiático. Europa es una brizna de yerba temerariamente colocada en la boca del oso. ¿Dónde encontrará su contrapeso físico, para equilibrarse con Asia?

¿En África? Este puede ser un futuro económico nada más. Euráfrica es un valor económico. Eurasia un valor físico. El porvenir orgénico de la civilización se llama Euramérica. Esa es la carne mortal que hemos de ofrecer al Hijo de Dios, para su segunda encarnación redentora.

Pero ¿por dónde se enganchan América y Europa?... A partir de Westfalia, que "cortó a Europa como un queso", las naciones europeas, todas demasiado pequeñas con relación al mundo, tuvieron que pesar en éste según sus imperios coloniales. Eran brillantes y breves cerebros que necesitaban cuerpos que regir.

De esos imperios coloniales muchos fueron fichas intercambiables de ganancias y pérdidas del juego de las potencias. Sólo dos fueron hurtados a este juego y quedaron como grandes posibilidades futuras para la Paz: los dos de América: el sajón del Norte y el hispánico del Sur.

Los dos tienen ahora una voluntad de Paz, de salvamento de la Civilización. Pero con una diferencia. El del Norte nació de los refugiados puritanos que huían de la Metrópoli: tiene en su raíz una idea de disidencia, que se trasluce en una cierta incomprensión de lo europeo, en una cierta torpeza de manos para la manipulación de sus valores. El del Sur es una pura continuidad misional de Europa, de su civilización y de su fe.

Por eso frente a la ancha buena voluntad de un "plan Marshall" las objeciones que hace un Ministro en Lima son las mismas que se hacen en España o Italia. Hay todo un fragmento europeo que desde el Sur objeta a la buena voluntad del Norte.

España es la que trasfunde en el Sur los valores de Europa. Sin esa franja de mundo no se puede construir la Paz ni salvar la Cultura. Hace falta un plan Marshall de los espíritus que nivele nuestra balanza de pagos intelectuales. Un gran empréstito del Sur en que se nos dé Paz y Seguridad... Nosotros pagaremos, al ciento por uno,

con
VERDAD
y
AMOR



ELOGIO Y NOSTALGIA DE TOLEDO

No hemos pensado bastante—¡hay tantas cosas importantes en las que no pensamos!— en lo que significa un nombre, el nombre de las cosas. Al principio, nada; unas cuantas letras reunidas y colocadas sobre algo, sobre un ser vivo, sobre un objeto inanimado. Pero estas letras vacías se llenan después de la sustancia de aquello que representan.

Lo más fino, lo más entrañable del hombre, de la ciudad o de la cosa que se llaman así, se infiltran en su palabra nominativa, y el leerla o escucharla nos produce la misma emoción que la contemplación directa de lo designado. Mayor emoción aun que esa contemplación; porque el nombre es como el perfume de cada cosa, y, como el perfume, tiene un poder de evocación y de penetración en las capas profundas de la conciencia que a nada se podría comparar.

Y yo pregunto a los españoles si hay en las lenguas diversas de los hombres, uno solo que suscite en ellos una marea tan grande de cosas bellas, profundas y trascendentes como el nombre de Toledo.

Yo no era todavía toledano de adopción, sino sólo español, el día que lo supe. Hasta que un día hube de escribir a un amigo mío, que ya no existe y que habitaba ocasionalmente en la imperial ciudad. Toledo, tracé en el sobre, debajo del nombre de mi amigo. Y entonces fué cuando, de un modo súbito, como si al tocar un botón se descorriera una cortina y apareciese detrás la imagen entera y precisa de España, entonces fué cuando supe íntegramente que yo era español y lo que representa el serlo.

Porque decir Toledo no evoca una imagen apacible y abierta al mundo por la vía del mar, como el nombre de Cantabria; ni la opulencia de oro sobre fondo azul de las regiones levantinas; ni la gracia de los olivares, salpicados de cortijos blancos, de Andalucía; ni la bravura de Gredos, del Moncayo, del Pirineo, de las Alpujarras y de las otras serranías ibéricas; ni siquiera el mar de espigas o las estepas ásperez y melancólicas de Castilla. Nada de esto; pero es todo esto a la vez: el símbolo de todos los retazos pintorescos y gloriosos con que está urdida la gran capa tendida al sol que es la Península Ibérica. Eso es Toledo; y, por eso, es la suma de seis civilizaciones superpuestas; encrucijada inmortal de todas las culturas; puente insigne entre el Oriente y Occidente; albergue de todas las religiones, y Roma de España. En este nombre breve está todo el genio de los poetas y de los cronistas que labraron y pulieron nuestro idioma, y los tajos por donde corrió durante siglos y siglos la sangría de los ejércitos de todos los ideales y de todas las ambiciones. Pero Toledo significa todavía algo más. Como tantos otros nombres de ciudades de España, el suyo iba en las naos aventureras, prendido en el corazón de aquellos hombres sobrehumanos que solemos llamar los conquistadores y debiéramos decir los civilizadores; porque no descubrieron tierras para ganarlas, sino

POR

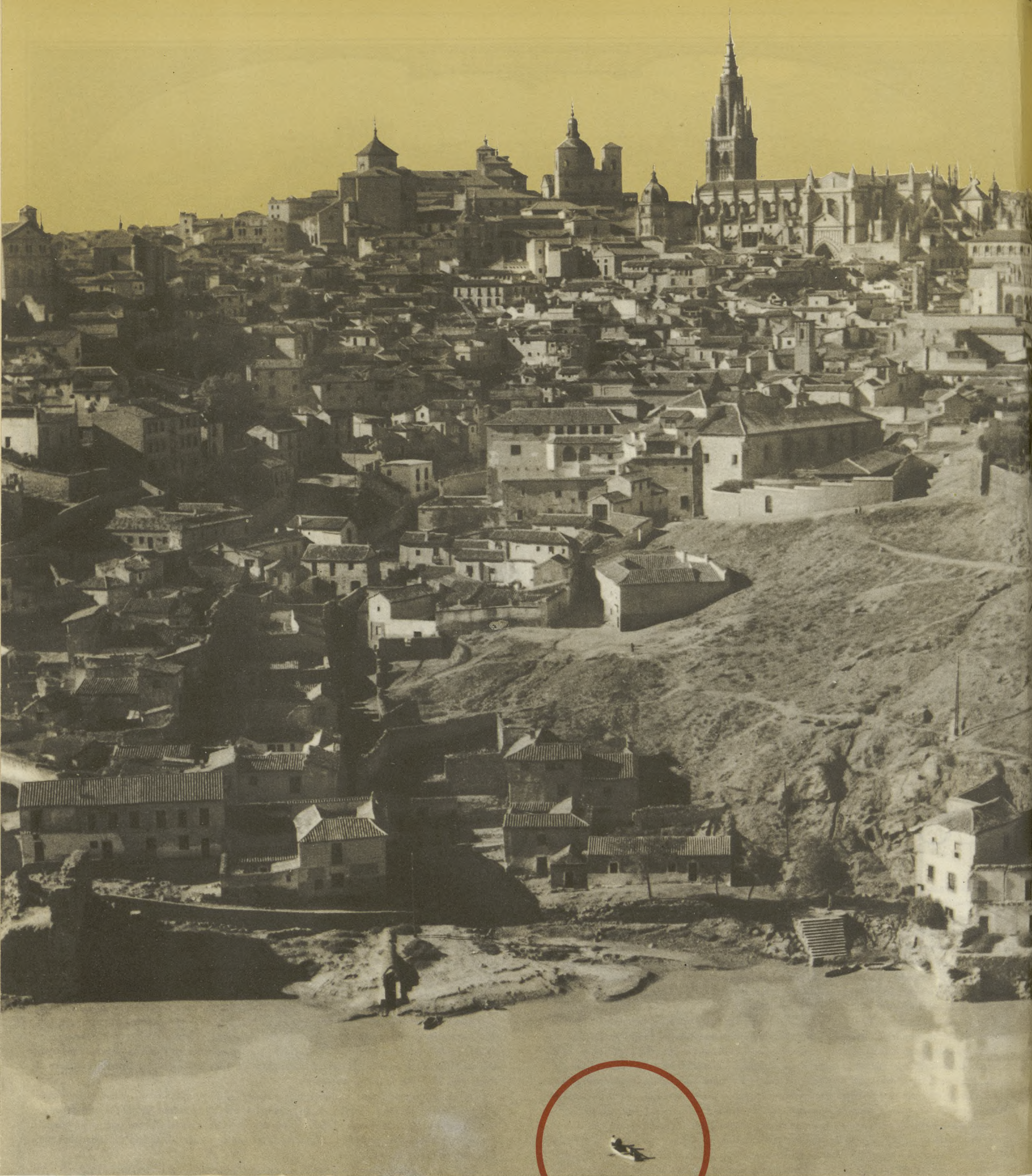
G. MARAÑÓN

para llevar a ellas la luz; y por eso supieron perderlas con tanta naturalidad como las conquistaron; porque sabían que, después de iluminadas, lo de menos era ya dejárselas arrebatar. Y estos hombres dejaron en el Continente nuevo, entre las huellas perdurables de su paso, perdido en el camino, el nombre de su ciudad remota: Córdoba, Trujillo, Mérida, Cartagena, Santiago, Granada; y Toledo, varios Toledos, en el Norte y en el Sur.

Los vaivenes de la Historia nos fueron separando de estos países nuevos; y las ciudades de España olvidaron quizá que tenían, allá lejos, hijas suyas florecientes, que ostentaban su mismo nombre. Y acaso los cordobeses, los granadinos y los toledanos de América olvidaron también que se llamaban así porque en la Península lejana vivían, desde muchos siglos atrás, otros cordobeses y otros toledanos y granadinos, de donde fluye la sangre, cargada de solera, por sus venas juveniles. Ellos se incorporan, bajo sus nombres viejos, a las modernas estructuras de la vida. Nosotros también procuramos revestir de modernidad a nuestra transición multisecular. Mas unos y otros no se dieron cuenta de que tenían una razón común de vivir y una inevitable semejanza de estilo en el hecho, en apariencia liviano, de tener, sobre su hogar, la misma advocación.

Hablemos, pues, de Toledo—historia pura y eterna—y de su río inmortal, que en trozos broncos y en etapas mansas lleva, a través de los siglos, un mensaje cristalino, de una a otra de las dos ciudades señeras de la Península: Toledo, la que mira salir el sol por el Oriente antiguo y sagrado, y Lisboa, la que le ve ponerse hacia el Occidente de las tierras nuevas, donde está la humanidad joven y la continuidad de la civilización.

La verdad es que si la brecha material que une al Mediterráneo con el Atlántico y es, por lo tanto, como el símbolo de las dos manos que se estrechan, una, la de la mar mediterránea, llena de gracia femenina, y otra, la del mar de los atlantes, temeroso y viril, está allá abajo en el estrecho de Gibraltar, en cambio, la llave espiritual que enlaza con ataduras más profundas y complejas que las materiales a las dos civilizaciones, está en ambas ciudades insignes y representativas, en Toledo y Lisboa. Toledo, anclada sobre peñascos rudos, en medio de la Castilla seca, es, sin embargo, más mediterránea que todas las ciudades de Grecia, de Italia y de nuestro litoral levantino. Cada una de estas ciudades, que viven sonriendo en las playas del mar azul, son una parte del alma inmensa y múltiple que dió por vez primera dignidad superior a la raza de los hombres y que aun hoy sigue siendo su faro mejor. Pero Toledo, lejos del mar, es como la suma y representación de todas ellas.



Toledo no es, como se dice, una ciudad castellana; o, si se quiere, lo es sólo a medias. Castellanas puras son Ávila y Segovia, Burgos y León. Lo que Toledo tiene de no castellano, de más que castellano, algo que a pesar de las torpes guías y de los prejuicios literarios perciben bien algunos espíritus de fina sensibilidad, es precisamente su orientalismo, su mediterraneidad.

La ciudad imperial es una encrucijada de corrientes raciales, redoma donde en el fuego lento de los siglos se han ido destilando las almas de las viejas civilizaciones; las que venían del Norte bárbaro, las del África ruda e impetuosa, las del místico y lejano Oriente; y, antes aun, las que ya estaban ahí, en la estepa ibérica, cuando vinieron las demás. Pero de todas

estas raíces, por las que circulan sus savias peculiares todavía, es, sin duda, la más fuerte la mediterránea. Toledo mira con lo más suyo de su alma, empujada sobre las rocas, hacia el Oriente. Y el paso del estrecho de Gibraltar que separa a los dos continentes es menos brusco, en la tierra y en las razas, que el simple viaje a Toledo desde Madrid. Entre el Manzanares con sus tierras serranas y la Sagra y su Tago, la distancia espiritual es cien veces mayor que las breves leguas de camino real que los une.

Toledo es la ciudad adelantada del Mediterráneo. Roza a Castilla, sin penetrarla. Diríase que pretendió atravesar España llevando hasta las otras orillas, las que en-

tonces eran el Finisterre de lo conocido, la esencia de la mediterraneidad. Y que cansada, después de atravesar las sierras frías y las llanuras sin fin de Castilla, se reclinó en las colinas del Tago y allí se quedó para siempre, como petrificada, clavada con cinco clavos inmortales, que son las cuatro agujas del Alcázar y la torre de la Catedral.

No alcanzó a ver las playas del Atlántico, pero su nostalgia corrió por el cauce del río y floreció allí donde éste desemboca, en la Lisboa insigne.

En Lisboa, el Oriente es ya como un eco lejano. Todo es en ella deseo de aventura, proyección hacia lo desconocido, espejismo de las Indias occidentales, misterios puros

aun inaccesibles a la sabiduría secular, promesa de las técnicas que han de matar a la meditación; y la meditación es la médula del alma mediterránea y oriental.

El Tago es como la arteria que enlaza las dos civilizaciones y transmite de una a otra sus jadeos, sus desmayos y sus delirios. Alguien ha dicho que es Gredos la columna vertebral de España. El Tago, entonces, es la gran aorta del cuerpo peninsular. El más español de nuestros ríos, porque es el más universal. Y he ahí por qué escribo esta tarde: para decir esto, rodeado, en el crepúsculo, del mundo inmenso de espíritus inmortales que pueblan las orillas del río y adquieren realidad milagrosa, todavía hoy, si se los sabe evocar.



En las páginas 12 y 13, reproducimos dos magníficas fotografías de la ciudad imperial de Toledo, por V. Salas.—En esta página, dos grabados antiguos del estuario del Tajo (Lisboa).

Los que hayan vivido cerca del Tajo, en Toledo, que es donde es más Tajo, donde madura y se carga de historia y de porvenir, han observado al caer la tarde un rumor sordo y complejo como el que ahora, mientras escribo, se eleva desde el cauce entrecortado de presas y se dilata por los campos vecinos, a veces hasta muchas leguas más allá. Es el mismo rumor que sube también desde el hondo del Darro hasta la Alhambra cuando anochece. Y de todos los ríos que arrastran, mezclado con el agua, el eco misterioso de los mitos.

Los ingenieros, hombres terribles, dicen que se oye al río porque se calla la ciudad, o bien porque se ponen en marcha los artificios de las presas. Pero la verdad es que ese ruido es un rumor extrahumano, un eco remoto de todo lo que sonó durante tantos siglos en las orillas que vieron pasar el amor y la muerte, hechos fuego o espanto vivos, y los dejaron presos para siempre allí. Por eso decía Cervantes que «la fama del río Tajo es tal que no la cierran límites ni la ignoran las más remotas gentes del mundo».

Muchas veces he pensado en una serie de itinerarios de España que pudieran escribirse para recreo del lector y para guía del viajero que conserve el espíritu intacto ante el contagio del turista. No sé si ese viajero existirá aún, porque todo lo noble sucumbe ante lo fácil. Y así como las técnicas matan al verdadero sabio y la fraternidad humana a la amistad, así también el turismo ha terminado con el viajero. Los coleccionistas de libros de viajes lo sabemos bien. El viajero termina en cuanto ya no es preciso ir a caballo a ninguna parte. Así, pues, mis itinerarios tal vez tuvieran un éxito mediano. Pero si aun quedan espíritus viajeros en el mundo, es seguro que en parte alguna de ningún continente encontrarán la fruición de recorrer, a lo largo de las serranías, de los desiertos, de las cuencas y de las vegas de España, la misma ruta del Cid y la de Almanzor; la de Carlos V, desde el Cantábrico hasta Yuste; la de los cristianos esclavizados, desde Córdoba hasta Asturias; la de las fundaciones

de Santa Teresa; la de Napoleón, desde Behovia a Chamartín; la de las locuras de Don Quijote, y tantas más. Cada una sería, no una lección de Historia, sino una resurrección de nosotros mismos. Y entre todas ellas la más evocadora y la más profunda sería seguir el cauce del Tajo desde Toledo hasta el mar de Portugal.

Toda España, la pasada y la viva, la de ahora y la de lo futuro, está en ese viaje que sólo pueden hacer los verdaderos viajeros, los que, como las golondrinas y las cigüeñas, no saben exactamente dónde van y por eso van a todas partes; no los turistas, los del horario fijo y el Parador; los que llegan exactamente a cada sitio y no van a parte alguna.

No importa. Las dos ciudades, que son dos almas, no necesitan, para estar encadenadas, de otro lazo que el agua fecunda de su río común. Cuando llega a la gran ciudad occidental, ya no corre oprimido entre despeñaderos, sino que se tiende en anchos brazos sosegados para servir de espejo a Lisboa, la que cantó Cervantes: la «de las selvas movibles de árboles que los de sus naves forman»; la ciudad en la que «la hermosura de las mujeres admira y enamora».

Y decía verdad. Una portuguesa fué el único amor del titán de Europa, Carlos V; y desde los balcones del Alcázar, en Toledo, miraba correr con envidia sus ondas hacia el mar. Por el cauce del Tajo bajaron también las quejas de Garcilaso cuando soñaba con otra portuguesa: Doña Isabel de Freyre; y las de Villamediana, enamorado de Doña Francisca de Távora, portuguesa también.

Este rumor de agua y suspiros es el que llegó hasta el oído de Camoens cuando, una tarde, paseando a la orilla del río, murmuró: «Cuan ben que sea o verso castelhano!»

Aquí, en Toledo, también. La voz del río se dilata por la noche profunda. Callemos para mejor soñar.

DR. GREGORIO MARAÑÓN
(DE LAS REALES ACADEMIAS DE
LA LENGUA Y DE LA HISTORIA).
(FOTOS DE TOLEDO DE V. SALAS)





... Y LISBOA ES ASI:

LISBOA...

«Como Roma, tiene siete colinas; como Atenas, posee un cielo tan transparente que en él podrían vivir los dioses; como Tyro, es aventurera del mar; como Jerusalén, sacrifica a quienes quieren darle un alma...»

En esta bella definición comparativa sintetiza Eça de Queiroz la descripción más exacta de la fisonomía topográfica de la ciudad y el esbozo más afortunado de su perfil espiritual. Lisboa es así.

Extendida y replegada entre siete promontorios; chorreante de luz, llovía de un cielo alto y azul; asomada valientemente a ese río, que es mar, la añosa ciudad trepadora mantiene una absoluta independencia de carácter. Acaso por atesorar una personalidad ancestral inconfundible, o tal vez porque duerma una siesta de siglos, Lisboa se rebela contra todo cambio de postura. Hace frente a cualquier imposición. Es una urbe inmutable, creada por los hombres y protegida por Dios, para exaltar —a los ojos de una humanidad afanosa— la tranquila alegría de un sosegado vivir. Algo de Paraíso debe tener Lisboa cuando la contemplación es uno de los quehaceres a que se entrega su población con mayor deleite.

Desde seis miradores de nombres sonoros el lisboeta contempla un plácido y lejano panorama marítimo y un próximo y encrespado océano de rojos tejados. Los barrios se miran unos a otros, en una vecindad de siglos. Algunas casas cercanas llegan a dialogar entre sí. La ciudad tiene su espejo en el Tajo, y el Tajo balancea en sus reflejos de plata y cobalto la ondulante silueta de la ciudad. Mirándose a sí misma, contemplándose sin tregua, Lisboa entera, trampolín de gloriosos cometidos marinos, practica una especie de reposado e inocente narcisismo. Su autocontemplación encuentra el amparo y la estática complicidad del tiempo.



Dicen que, a veces, en ciertas ciudades andaluzas parece que las saetas del reloj suspenden su circular giro. Lisboa supera esta inmovilidad. En la vieja Olisipo el calendario gregoriano solamente tiene un día: el día eterno e insondable de Lisboa.

* * *

Como decía del Derecho Romano aquel famoso profesor, Lisboa también comenzó por no existir, aunque, en realidad, existió antes de nacer. Falsamente la leyenda atribuye a Ulises, padre de Telémaco, la fundación de Lisboa. Si alguna vez Ulisea tuvo existencia real no lo fué en Lusitania sino más bien —según ciertos autores— en Andalucía. De la Ulisea legendaria a la Lisboa actual una cadena de nombres —Alisubbo, Felicitas Julia, Olisipone, Aschbouma, Lixbona...— bautizó a través de los siglos la capital portuguesa.

Con ayuda de cruzados normandos, Alfonso Henriques conquistaba la ciudad a los moros hace justamente ocho siglos. La primera dinastía alfonsina dilata y engrandece Lisboa. La capital aumenta de opulencia en los siglos XV y XVI bajo la dinastía de Aviz. Sigue siendo Corte durante la dominación española. Un terremoto la destruye en 1775, y un hombre, el marqués de Pombal, la reconstruye afanosamente. Su obra aún perdura. Perdura, pero, poco a poco, la Lisboa pombalina va cediendo el paso a la Lisboa salazariana —ciudad moderna de suntuosas avenidas— concebida por aquel gran ministro de Obras Públicas que fué Duarte Pacheco.

* * *

Injusticias de la vida. El nombre de un mediocre fabulista, sin gran resonancia en la literatura lusa, designa la zona urbana más frecuentada de la ciudad: el Chiado. El Chiado, más que una calle, más que un céntrico sector urbano, es una verdadera institución lis-



Arriba: En el centro de Lisboa, la calle Chiado, en la confluencia de la Rúa Garret.—A la derecha: Un panorama de la capital portuguesa desde la colina de Graça.—Abajo: Calleja típica del barrio Alfama, y, a la derecha, el arco del Marqués do Alegrete en el barrio típico de la Mouraria. — En la página siguiente: Lisboa vista desde los jardines de San Pedro Alcántara y un bello aspecto del puerto lisboeta.





boeta. Rúa Garret, rúa do Carmo, rúa Nova de Almada, Largo do Chiado. constituyen, junto con la cercana Baixa, la clave de la vida lisboeta en el orden social, económico y literario. El Chiado es el corazón de Lisboa, por no decir que toda Lisboa vive un poco en el Chiado.

Otra curiosidad que ofrece Lisboa. De los 800.000 habitantes que cuenta la población raro es el que no transita una vez al día por la Plaza de Don Pedro IV. Sin embargo nadie designa a esa plaza por su nombre oficial. Para todo el mundo la Plaza de Don Pedro IV es «Rossio». Preside el amplio cuadrilátero, orlado de comercios y cafés y flanqueado por el teatro de Doña María II, una estatua del célebre monarca luso que da nombre a la plaza. Asegura un viejo y gracioso rumor popular que el personaje que se yergue arrogante sobre la alta columna, que sirve de pedestal, no es Don Pedro IV sino el emperador Maximiliano de Méjico. Cuando dicha estatua, procedente

de Francia, se encontraba en Lisboa, para ser transportada a Méjico, fué fusilado Maximiliano. Como ya no podía ser enviada a su destino, el gobierno portugués de aquella época la adquirió a bajo precio, y acordó que —instalada sobre una altísima columna— bien podía suplantarse la egregia figura del famoso monarca luso que promulgó la Carta constitucional. Así es que, en la voz del pueblo, Don Pedro IV no tiene plaza ni estatua, a pesar de que oficialmente lleva su nombre una magnífica plaza y perpetúa su memoria un imponente monumento.

La Lisboa pombalina encuentra su expresión artística más acabada en el bellissimo «Terreiro do Paço», designado también con el nombre de plaza del Comercio. Abierto al río, el «Terreiro do Paço» es una plaza única en su género. Todo en ella es armonía arquitectónica. Su destino burocrático, pues cobija a casi todos los departamentos ministeriales, la convierte en centro de





Arriba: Uno de las plazas más típicas y concurridas de Lisboa: la de Rossio; al fondo, el Teatro Nacional de Doña María II, y en primer término, la estatua de Don Pedro IV.



Abaixo: Largo de San Domingos, en el centro de la populosa capital de Portugal.

MUNDO HISPANICO

la vida oficial. El «Terreiro do Paço» enmarca el mejor monumento de Lisboa: la estatua ecuestre de Don José I, obra de Sequeira.

* * *

A la sombra del Castillo de San Jorge, el tipismo lisboeta se refugia principalmente en dos barrios. Alfama y Mouraria. Alfama es el barrio más antiguo de Lisboa. Anterior a la nacionalidad portuguesa, es un conglomerado de humildes y pintorescas casas levantadas en un laberinto de rampas y callejuelas. Zona popular y marinera, se extiende, vecina al puerto, desde la Catedral hasta San Vicente, panteón de los monarcas lusos.

Más reducido, pero no menos pintoresco, es el barrio de la Mouraria. Su nombre proviene de que en dicho lugar establecieron sus comercios los moros libertos a raíz de la conquista de Lisboa por Alfonso Henriques. En la Mouraria aún se conserva el último vestigio de la muralla de la ciudad: el Arco del Marqués de Alegrete.

Y si el doliente sentimiento se esconde en la Alfama y en la Mouraria, la alegría de Lisboa se eleva, en cambio, a sus miradores. Helos aquí: Santa Lucía sobre Alfama; Nuestra Señora do Monte sobre Mouraria; Santa Catalina y Rocha del Conde Obidos sobre el Tajo; San Pedro Alcántara sobre la Avenida da Liberdade... ¡Y la ciudad entera a los pies del Castillo de San Jorge!

A modo de palcos de un singular teatro, desde estos miradores se contempla el quieto y variado espectáculo de esta Lisboa secular, «hospedería del viento», unas veces, y posada del sol, casi siempre.

L U I S D E L A B A R G A

color y ritmo de España en América



EMBAJADA ESPIRITUAL DE 150 MUCHACHAS

CTRA embajada más ha cruzado el Atlántico para hacer patente en América el amor y cariño de España, más que madre, hermana en un idéntico espíritu y afán de los pueblos hispánicos. Esta vez son portadores del mensaje espiritual mujeres españolas. Sus credenciales son el rico colorido de los trajes, que llevan prendidos, como marco, el paisaje de cada región, y el ritmo de sus cantos y danzas, que es tanto como acompañar la visión de nuestras cosas con el relieve y el sabor, y aún el calar dentro de lo que el alma española tiene.

Bilbao, Coruña, Cáceres, Tenerife, Logroño, Lérida, Málaga, Sevilla, Vigo,



Zaragoza y Oviedo. El Norte y el Sur, el Este y el Oeste de la península, la dulzura gallega, la bravura aragonesa, el ensueño levantino, la gracia andaluza y la solemnidad tradicional de los vascos, han marchado como un vivo monumento barroco a bordo del «Monte Albertia» para ser plantado en tierras de allá. A su paso por los paisajes americanos irán despertándose dormidos fondos raciales en nuestros hermanos, y los cantos de las muchachas se enlazarán con otros que desde siglos se alojan en los espacios, y que acompañaron a la Cruz y a la espada de los conquistadores. Ha sido el renacer de todo lo tradicional con el Movimiento Nacional, lo que ha hecho posible esta resurrección de los ritos y danzas del pueblo español.

LO QUE VA A VER AMERICA

Las chicas de Bilbao llevan un buen programa. No falta el Aurrresku, la danza que se baila el día de San Juan en las Vascongadas, ni el



primitivo baile de los escudos y las pequeñas espadas, así como tampoco la danza de las manzanás.

Folías, Isas, Tajaraste y Saltonas representa Canarias. Oviedo su danza Prima, la jota, el saltón y el pericote. Cáceres su «son Brincao» de Montehermoso, las danzas de los pastores de Don Benito y el Pájaro Bobo, las jotas de romería y de Guadalupe y el quita y pon. Logroño, los bailes en honor de la Virgen Blanca, los de Santo Domingo y los de Sierra de Cameros.

Al son de la gaita las muchachas de Vigo bailarán la muñeira y el pandeiro; la Carballeira y la Ribeirana. Lérida lleva la solemnidad litúrgica de la sardana; la ceremoniosidad de las danzas de Vilanova y el Geltrú, de Castelltesol, del Pla d'Aluya y de la «disfrassada». Aragón encenderá los corazones con el brío de sus jotas de Albalate, Zaragoza, Calanda, Alcañiz, de la Revolvedera y de la Corona de Aragón y los boleros de Caspe y Tauste.

Andalucía está representada por Málaga con sus clásicas dan-

zas de panaderos, malagueñas, vito, boleros del Marabú y zapateado de Ocón, y por Sevilla con «Suspiros de Andalucía», la maja y el torero, el olé de la Curra, la Maja Jerezana y Sevillanas.

LO QUE VAN A OIR

Los coros han montado para su actuación en América canciones castellanas —con olor a mejorana y tomillo de sus campos—; gallegas —más de un corazón ha de llorar oyéndolas el «¡Ay, Galicia ti o tes todo!»—; asturianas —cargadas del aroma de sus pomaradas—; catalanas —entre salmo eclesiástico y pagano canto al sol y a su mar de plata—; andaluzas —¡gracia de sus coplas a las muchachas casaderas!— y vascas, extremeñas, valencianas y canarias.

Al lado de las canciones regionales interpretarán canciones populares de todos los lugares, que las niñas cantan en las plazas y jardines de España durante sus juegos. Y no ha faltado, como homenaje, el aprendizaje, con todo cariño, del himno a la Argentina.

LAS MUCHACHAS ESPAÑOLAS

Estas muchachas que en América van a dar a conocer el auténtico «folklore» español, no son profesionales. Muchas de ellas salen por vez primera de España y aún, algunas, de sus aldeas, donde, más como un rito religioso que como arte pagano, se recreaban en interpretar sus cantos y danzas sin ningún fin particular más que el de mostrar su alegría. Por eso España manda mucho con sus coros y danzas a América. Porque es como si hubiera abierto la vieja arca de sus tradiciones y recuerdos y ante el familiar fuera mostrando, uno por uno, los viejos paños españoles, las joyas de sus mayores, los recuerdos de los amores de sus abuelos.

¿Quién compuso los cantos de España? No fueron académicos ni doctores, ni siquiera quienes se consideraron artistas. Fueron el pastor ante el paisaje lleno de luz, ante la grandiosidad de una puesta de sol; el mozo en la tarde de fiesta mientras trenzaba la danza junto a la moza arrebolada; el pescador en las largas vigiliassobre el mar al ver levantarse el sol en el horizonte; los rondadores que quisieron pregonar ante el pueblo su amor; el desconocido en una tarde de romería. El autor es España, por eso al aplaudir a nuestros coros y danzas, América aplaudirá y admirará a España.

SANTIAGO GALINDO HERRERO



En estas páginas reproducimos varias fotografías que recogen diversos aspectos de las danzas y los bailes regionales de España: Cataluña, Aragón, Castilla, Andalucía, Galicia, Vizcaya, Asturias...



EL TEATRO COLON DE BUENOS AIRES

EN las calurosas tardes del verano argentino, tan propicias a la apasionada lectura en la penumbra de una fresca estancia —al fondo el algibe y el patio colonial—, nada hay tan grato como engolfarse en cualquier lectura descriptiva de este país, retrotrayéndose a la época del novecientos, a los dichosos tiempos aquellos en que, como dice el tango, los muchachos no usaban gominas.

Teníamos entre nuestras manos un libro con la pulida prosa de Pilar de Lusarreta (dicen que es la pluma que mejor escribe el castellano en Sudamérica), en el que se relatan las peripecias, aventuras y solazada vida de "Cinco dandys porteños" —tal el título del libro—, alrededor de los cuales giró buena parte de la vida social argentina de aquellos tiempos. Fabulosos aquellos lances de Fabián Gómez de Anchorena, Conde del Castaño, por personal impulso de su gran amigo Alfonso XII, que conoció en París a los 16 años, y que en sus mansiones doradas de Buenos Aires, Madrid y París, supo darse maña para aventar en pocos años la bonita fortuna de cien millones de pesos. Fué el primer argentino que posesó "yate" trasatlántico, propio, en el que, en reiteradas singladuras, paseó por los océanos sus galantes aventuras rodeado de bailarinas, amigos y artistas bohemios. Nada más atrayente que el elegante señorío de este caballerito que frecuentó las cortes de Europa y apuró la copa de los más exquisitos placeres para venir a morir luego, dignamente, ya viejo, casado en terceras nupcias, en un pueblecito de la provincia de Buenos Aires, olvidando y olvidado. Conservó como único título el de Presidente de la Sociedad Española de Pirán, pese a ser argentino, dirimiendo las trifulcas que se suscitaban entre vascos y gallegos por si habían de ser chistus o gaitas los que inaugurasen las fiestas patronales anuales.

También la lectura nos trae la evocación de la encopetada y aristocrática existencia del Presidente Quintana, cuyo guardarropa era atendido por los mejores modistos de París, y que cuando una mañana vino el jefe de la Escolta a decirle que había estallado la revolución, dirigiéndose impertérrito a su guardarropa y sacando el más impecable frac dejaba caer, calmoso, mientras comenzaba a vestirse: "Bueno, comandante, vamos a ponernos los pantalones...". O la del Presidente Bernardo de Irigoyen, o la de Carlos Pellegrini, fundador del Jockey Club, o la de Lucio Mansilla y la de tantos otros que dieron brillo y prestancia al despertar de la nacionalidad argentina.

Se percibe en estas lecturas la densidad de aquella sociedad de fines de siglo, cargada de dinero, sí, pero también de nobles inquietudes y llena de elegancia cultivada en las doradas decadencias francesas y en los esplendores de las cortes de Londres, Madrid y Viena. ¡Cuán distintas aquellas estampas argentinas de soarés, lujos y ostentación de las que podían

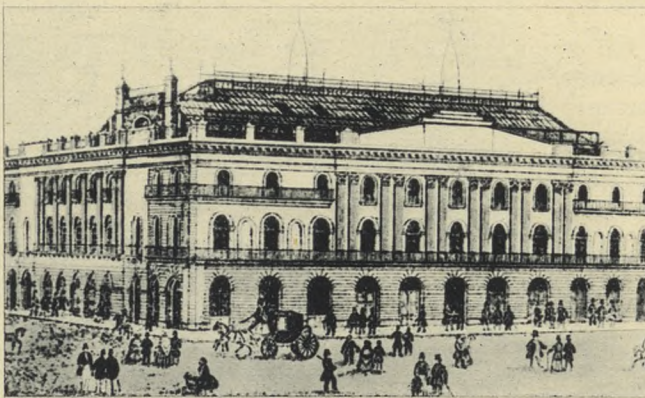




traernos nuestros inmigrantes cuando, con dentaduras de oro y anacrónico sombrero de paja, desembarcaban rumbo a los inviernos de Vigo y La Coruña.

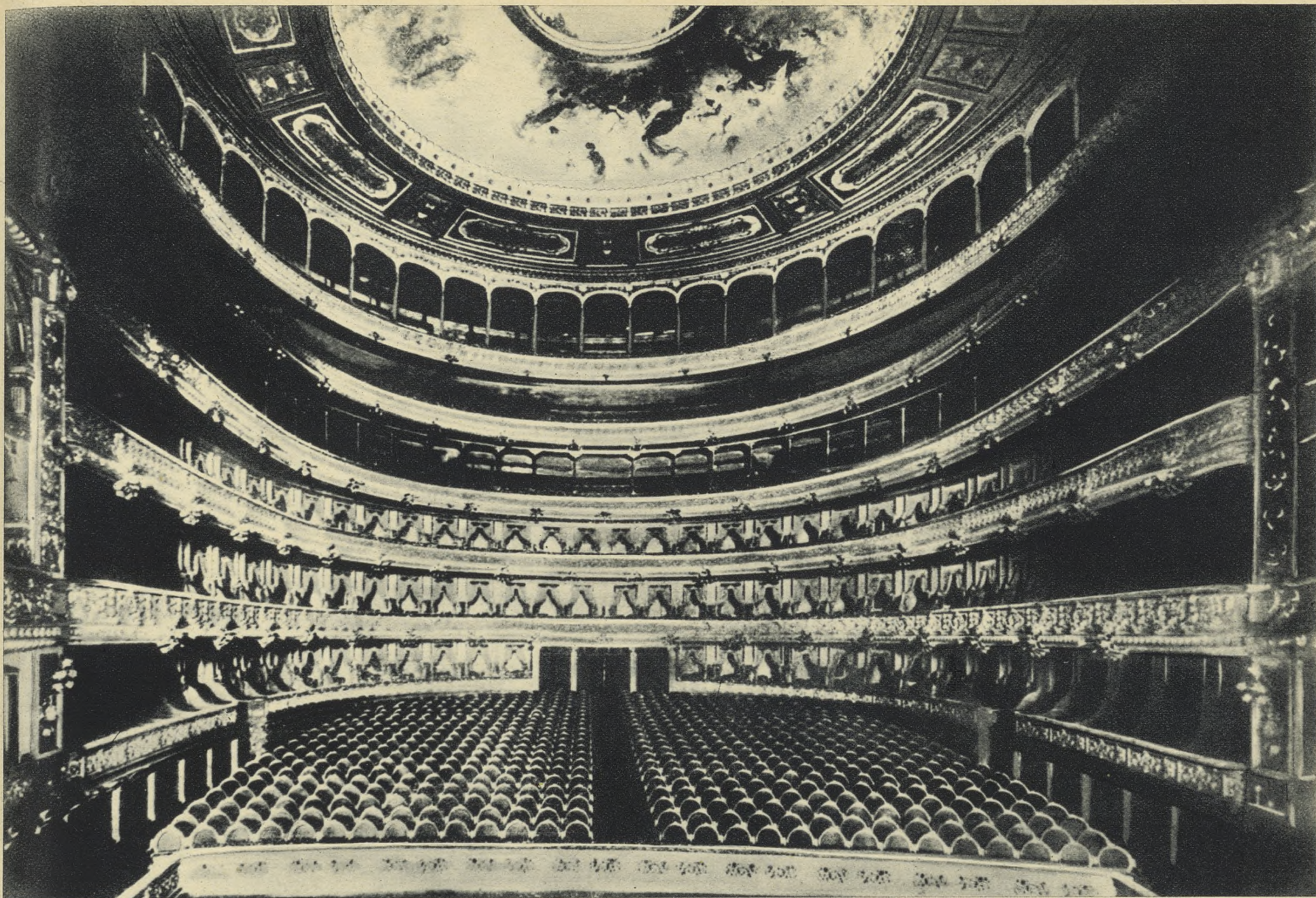
Era la sociedad porteña por aquel tiempo un incipiente y limitado núcleo, brillante y cultivado por todas las facilidades que a la vida conceden el dinero y los viajes. Y la traemos a cuento, un poco a rasgos precipitados, porque de aquella sociedad nació el Teatro Colón. La función crea el órgano; aquellas amables reuniones que se turnaban en los palacios porteños —palacios de tan vasta hermosura que varios Ministerios, el Círculo Militar y otros departamentos gubernamentales se instalan hoy en ellos con toda holgura— hicieron concebir la nostalgia de algo que aglutinase la aristocracia naciente, y ese algo no podía ser otra cosa que la platea de un gran teatro, un teatro de ópera que atrajera las celebridades europeas y fuera compendio del fasto y riqueza de la Argentina, un teatro que fuera como el bruñido escaparate de una joyería para que destacase —sobre el estuche de terciopelo rojo de los palcos— la recargada belleza de las damas y el galante desenfado de tanto faldón de frac de los "dandys" porteños.

Así fué cómo nació el Teatro Colón. Primero en la calle Rivadavia, esquina a la histórica Plaza de Mayo, donde hoy se alza el ostentoso Banco de la Nación. El Teatro Colón de aquella época, cuya imagen llega a nosotros en amarillentos grabados, fué adquirido en 900.000 pesos por el Banco de la Nación en el año 1887, para derribarlo y construir en su solar su nuevo edificio. Con aquella suma de dinero conseguida "por las llaves", como hoy se diría, más el auxilio oficial. Se procedió a la construcción del actual teatro en las calles Viamonte, Cerrito, Tucumán y Libertad. Ocho años se invirtieron en levantarlo y, después de algunos contratiempos y vicisitudes, pudo, por fin, inaugurarse el 25 de Mayo de 1908.



Los argentinos hablan con legítimo orgullo de su Teatro Colón, y la fama de este coliseo ha trascendido, con no menos legítima justicia, más allá de las fronteras continentales. Fué construido con todo el lujo de la época y hoy conserva todo el esplendor y solera de arte, que le proporcionan su museo, su biblioteca y las amplias galerías de cuyas paredes penden grabados, cuadros y fotografías con la efígie de las más famosas figuras del arte lírico, que estamparon allí cálidos autógrafos y dedicatorias. Cuando en el año 1933 se cumplieron las bodas de plata del Teatro, se recogió en un voluminoso libro la vida artística del coliseo en sus primeros 25 años. Como colofón, en cuadro de honor, figura la lista de nombres de abonados que durante esos años permanecieron fieles al teatro y que es hoy la lista social indiscutible, la fuente del más coperudo linaje de los argentinos. Quienes de estos deseen recabar ejecutorias de nobleza han de ir al Archivo de Indias, en España, o a la lista de abonados del Teatro Colón, en Buenos Aires. Puede parecer insólito, pero es así.

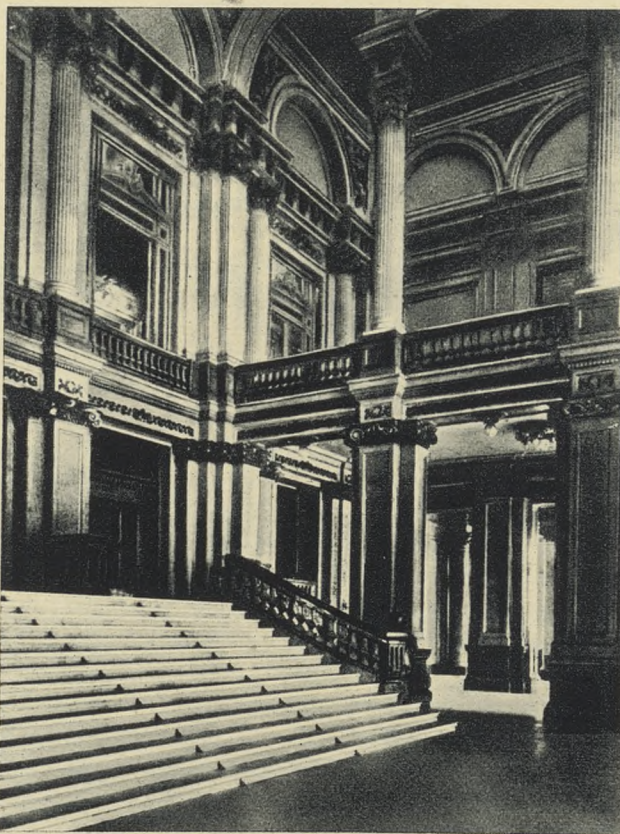
No resistimos a la tentación de la estadística. Si comparamos el Colón con los teatros de verdadera prosapia europea, con los de París, Madrid, Viena, Budapest, Milán, Barcelona, Nápoles, Turín, Londres, Hamburgo, Berlín o Bayreuth, comprobaremos que sólo es aventajado en punto a capacidad, por cincuenta asientos, por el Liceo de Barcelona, pero, en cambio, su escenario, con 1.050 metros cuadrados, supera a la de todos ellos. El Colón es el más nuevo, y aprovechando la experiencia de sus antecesores, se construyó con los mayores adelantos de la época, de tal modo que sus condiciones acústicas están reconocidas como las mejores del mundo. Sus 3.500 espectadores pueden escuchar el vuelo de una mosca cuando un tenorino da el medio tono en un "raconto", o cuando un violín gime un pianísimo alzando solo su lamento en medio del rumor orquestal...



Desde entonces, 40 temporadas de ópera, conciertos y "ballets", en los que intervinieron los más famosos cantantes, músicos, directores y bailarines del mundo, han consolidado la fama del primer coliseo de Sudamérica. Su escenario es giratorio. Está alumbrado por más de 500.000 bujías. Su orquesta está constituida por un cuerpo estable de 100 profesores y varios directores, sin contar los que se contratan para determinadas temporadas. Un centenar de voces integran también los coros, y el cuerpo de baile consta igualmente de 100 bailarines de uno y otro sexo.

El Teatro Colón depende administrativa y artísticamente de la Intendencia Municipal, estando a cargo de la directa gestión del Secretario de Cultura de la Municipalidad. Tiene un director y un administrador generales, un conservador del museo y numerosos empleados de distinta jerarquía, que totalizan la importante cifra de un millar de funcionarios. Tiene Conservatorio y Escuela de Baile. Y en cuanto a programas, su sensibilidad se muestra despierta a todas las vibraciones mundiales. Cantantes famosos hicieron sus mejores veladas en el Colón. Directores célebres golpearon nerviosos con su batuta el atril orquestal, y como la relación de nombres famosos sería extensa, digamos que entre los últimos directores se cuentan Toscanini, Wolff, Panizza, Kleiber, Fitelberg, Busch, Kraus y Juan José Castro, hoy en alejamiento forzoso de aquella sala por sus veleidades políticas... De los españoles, recordemos a Falla, Pahissa, Mendoza Lassalle y Sorozábal.

Los cantantes forman una larga procesión de nombres, entre los cuales sobresalen Schipa, Melchior, Hofman, Pinza, Bacaloni, Romito, etc. Se recuerda con elogio a Fleta, a la Barrientos, a Hipólito Lázaro. Los argentinos no tuvieron la fortuna de escuchar a Conchita Supervía, que a buen seguro hubiera desbancado en su divismo a Lily Pons, que, con el pianista Brailowsky, constituyen los dos más flagrantes casos de psicosis colectiva



Ofrecemos en este reportaje ocho aspectos del Teatro Colón de Buenos Aires. En la página 27: Fiesta de Gran Gala y el Salón dorado.—En la página anterior: Una fiesta de fantasía, el primer edificio del Teatro (grabado antiguo), vista actual del "Colón" y el público estacionado ante las taquillas.—En esta página: Un aspecto del Teatro y escalinata interior.

por la tempestad de entusiasmo que han despertado en el público femenino. La brillante teoría de conciertos tiene en estos últimos años sus nombres más altos en Iturbi, Arrau, Brailowsky, Kapel, Malcuzinsky y Sandor, en piano, Francescatti, Kreisler, Mischa Elman, Heifetz y Milstein entre los violinistas, y Casals y Michelini en violonchelos.

Larga sería la relación de las últimas y nuevas óperas y de los "ballets", pero destaquemos entre éstos la "Misa Solemne" de Beethoven, "La Pasión según San Mateo", "La Pasión según San Juan" y la "Misa en si menor", de Bach. Sin constituir una novedad, hemos podido aplaudir en la última temporada una Tetralogía wagneriana como no se había escuchado tan completa desde hace años. Y como novedad trascendental se anuncia, para la próxima temporada, la llegada del famoso director alemán Furtwangler, quien, en realidad, debía haber venido ya para la temporada que finalizó, pero tuvo que seguir en Berlín, para terminar dos cursos de desnazificación que le impusieron las autoridades norteamericanas de ocupación.

Digamos también que el Teatro Colón se ha puesto a tono con los tiempos y que el aire fresco de la calle penetra a raudales por sus gloriosas instalaciones. Organiza funciones a precios populares, y en muchas ocasiones, en forma totalmente gratuita para obreros y empleados, que de este modo tienen acceso a un espectáculo de arte hasta hace poco tiempo privilegio exclusivo de ciertas minorías. La política social de Perón ha penetrado también en el recinto de los antiguos "dandys" porteños. Y durante el verano, en los parques de Palermo, el Colón tiene abierto un teatro al aire libre, teatro griego o teatro de la naturaleza, que hace desfilar "ballets", conciertos y óperas por una escenografía natural de tilos, mag-

PARAGUAY



A treinta millas al NO. de Asunción está el lago de Ypacaray y San Bernardino, delicioso y típico lugar de veraneo.—Abajo: Un mapa de la República de Paraguay.



EL país americano más recatado en sus límites geográficos es el Paraguay, que depositado en lo más entrañable del corazón de la América del Sur, se adorna con una naturaleza exuberante de primitiva belleza.

Tres caminos unen la capital porteña a la paraguaya: aire, tierra y agua. Nosotros elegimos la vía fluvial, y enfilando el ancho canal de Martín García, en el Río de la Plata —«rio como mar»—, donde emerge la isla de su nombre frente a Buenos Aires, remontamos el Paraná hacia el norte.

Mucho tráfico encontramos en esta ruta: vaporcitos que se pierden tras una punta de agreste arboleda, pesadas barcas de cabotaje; vapores mercantes de ultramar atracados a los puertos enjebrecidos de actividad, y la sosegada navegación de algunos petroleros argentinos que ostentan gallardamente nombres típicos: «Criollo lindo», «Criollo bravo», «Criollo bueno»...

Y de pronto la gran arteria fluvial se desvía al este, dibujando el contorno geográfico del sur del país paraguayo, camino de las espumosas cataratas del Y-guazú —«agua grande»—, que aduermen, con su estruendo, el abrazo inmóvil de tres fronteras hermanas. Y le decimos adiós después de habernos despedido de Corrientes, donde ya vemos paisanos de pie descalzo y escuchamos las primeras expresiones guturales en el idioma guaraní.

En este punto y hora tomamos la confluencia del río Paraguay, siempre al norte. A poco saludamos en el litoral paraguayo las famosas ruinas de la que fué plaza fuerte de Humaitá, cuya toma, juntamente con la de la capital asuncena en el año 1870, dió fin a la guerra de la Triple Alianza. En las mermas del río, pueden verse, aún hoy, las pesadas cadenas que el desesperado esfuerzo de la brava Infantería paraguaya colocó, adentrándose en el agua, de orilla a orilla, para impedir el paso de la flota invasora.

Navegamos por esta senda que se abre sin ruido ante la proa de la motonave y apenas deja un surco cuyas ondulaciones toman los suaves tintes del día. Y recalamos sucesivamente en los puertos de Villa del Pilar, Villa Oliva, Villeta; o en los argentinos de Bermejo, Formosa, Pilcomayo, surcados todos de embarcaciones, así como en la avanzadilla de algún pontón que nos sale al paso y resguarda su poblado tras un recodo de arboleda. Luego continuamos

En la siguiente página, tipos de indígenas paraguayos y tres aspectos del caudaloso río Paraná en la Bahía portuaria de la típica capital paraguaya

rio arriba, contorneando mejanas o esquivando islas de camalotes a la deriva, cuya eréctil flor cambia de color en el día, y son guaridas flotantes de alimañas. Cuando se acercan las márgenes hasta casi tocar la nave sus barrancas de encendido terrón o su plano litoral nutrido de bosque, nos acompaña el múltiple trino de los pájaros ribereños, y hasta se percibe claramente el rasgueo indolente de una guitarra criolla; también podemos divisar la llamarada de una

fogata, o la silenciosa figura de un jinete envuelto en su poncho.

Y damos vista, a la derecha, al cerro de Tacumbú, junto a Lambaré, que señala la proximidad de Asunción; luego entramos en canchada, ensanche que forma en el río Paraguay la desembocadura del Pilcomayo, que separa en la margen izquierda el Chaco argentino del paraguayo; y pasamos entre los «clubs» deportivos Mbiguá y Puerto Sajonia, a uno y otro lado. A la derecha, el promotorio de Itá-pytá-Punta (en guaraní, «Punta de tierra colorada»), luego la Calera, los astilleros de San Isidro, y al fin los muelles del puerto nuevo y la Aduana de La Asunción.

Hemos llegado.

Cuatro fechas nos llevó este paseo fluvial desde Buenos Aires a la capital del Paraguay.

Frente a nosotros tenemos el Gran Chaco y aprovechamos el día para realizar una excursión a la frondosa margen vecina.

Bordeamos en nuestra motora el banco de San Miguel, y enfilando el ensanche de la Canchada, hacia el norte, navegamos sobre el Río Negro, al que da nombre su oscuro lecho de zarzaparrilla.

Y siempre al norte, llegamos al corazón del Paraguay...

La república unitaria del Paraguay, que tiene una extensión superficial aproximada al medio millón de kilómetros cuadrados y una población que sobrepasa el millón de habitantes, debe la explotación de sus riquezas naturales a las grandes vías fluviales, de navegación de cabotaje en particular, que circundan el país casi por completo, delimitando su contorno geográfico: al norte, Río Apa, Río Negro y Arroyo Estrella; al oeste, los ríos Parapetí, Pilcomayo y Paraguay; al sur, el mismo Pilcomayo y el Paraná, que también corre por el este hasta la cordillera de Mbaracayú, siendo igualmente navegables el Tebicauri, que riega una extensa zona del sur; el Jejuí, que

UN RÍO Y UN ESTADO



Chaco Boreal, Indios Lenguas.



Chaco Boreal, Cacique Chulupi con poncho.



Chaco Boreal, Indios Lenguas.



atraviesa el centro del país; el Aquidabán, Aguarí Guazú, Ipané y muchos otros de menor cuantía.

La división territorial de la República para fines políticos es exactamente la misma geográfica que hace el río Paraguay con su curso: sección oriental o Paraguay, propiamente dicho, subdividida, a excepción de la capital, en departamentos, partidos y compañías; y la sección occidental o Chaco, dividida en Comandancias militares y habitada principalmente por indios.

El idioma oficial es el español; pero el popular y familiar, el nativo guaraní, de fonética gutural y voces de extraña semejanza con el japonés. De esta lengua madre derivan casi tantos dialectos como tribus de aborígenes hay emplazadas por grandes zonas en los Chacos Austral y Boreal y territorios del interior.

Muchas son las colonias de inmigrantes extranjeros, diseminadas en el país, que coadyuvaban con su esfuerzo, desde lejanas épocas, al desarrollo y prosperidad de industrias y empresas nacionales. Al propio tiempo, junto al empeño tenaz y constante de este triunfo material, vemos la grandiosa obra catequizadora de un siglo de misión jesuítica (del XVII al XVIII), que luego pasó a la evangelización franciscana, en la fe de un pueblo al que arrancó la civilización cristiana arraigadas creencias ancestrales; así lo pregonan, erguidas en el litoral del río al primer saludo del país, las ruinas de la que fué iglesia en la famosa plaza fuerte de Humaitá, y la acendrada devoción a María Santísima — como en todos los pueblos americanos — en la advocación nacional de Nuestra Señora de Caacupé.

Fértil, aunque poco explotada todavía, es la riqueza natural del suelo paraguayo,

pródigo en productos de mundial cotización, tales como tabaco de diversa especie y de primera calidad; mandioca (yuca) —típico alimento del nativo—, caña de azúcar, arroz, vid, maíz, etc. Pero, sin duda alguna, su inagotable manantío es la selva, inexplorada en su mayor parte, sobre todo en la región chaqueña, más llena de valiosos tesoros en las zonas de explotación que abarcan los bosques de Amambay y Mbaracayú y las tupidas riberas del río Paraguay. Se han clasificado hasta 106 clases diferentes de plantas medicinales, de notables aplicaciones terapéuticas, y múltiples colorantes, que por su firme y rica gama emplean los indios para teñir tejidos y colorearse el rostro en sus festividades.

Da asimismo la selva plantas textiles como el algodón, de excelente calidad, que, aparte del cultivo, crece espontáneamente y rinde la mayor producción mundial por hectárea, y otras de variada fibra para fabricación de distintos usos; y en las orillas de los montes y parte central y Chaco, el gigantesco samuhú, árbol de cinco especies diversas, que da capullos de seda vegetal de fibras finísimas y relucientes que envuelven la semilla y en nada desmerece de la que produce el gusano.

Superabunda también la botánica fabulosa del bosque paraguayo en finas maderas de olor, como el sándalo, y de construcción y ebanistería, como el durísimo quebracho (corruptila de «quiebra de hacha»), que da, además, el preciado extracto de tanino; el urundey, caucho, palo de rosa, subabí morotí, ibyrá romí y cedro paraguayo, de gigantesco desarrollo y excepcional belleza; el guayabo, lapacho, peterebí, laurel, palosanto y otras especies, muchas de las cuales ofrecen la particularidad de tener el aspecto de estar ya barnizadas, y que nutren los aserraderos (obrajes) nacionales junto a las venas fluviales del país o del interior.

Dominando la variada escala de colores y aromas que produce la selva aparecen, con su fruto de oro, por toda la extensión del territorio, los frondosos naranjales, que forman verdaderos bosques de fruta silvestre y amarga, mientras que en los pueblos y ciudades se cultiva la naranja dulce y la mandarina.

Producción característica del país es la «yerba mate», té nacional de propiedades estimulantes sobre el organismo en general, sabroso y de gran difusión, no solamente en el Paraguay sino en todo el Río de la Plata, siendo de indescriptible belleza los enmarañados yerbales, que forman bosques intrincados de gran extensión, rebeldes a la tala del machete.

Servo, que no señor de este suelo pródigo, y junto a la promesa de grandes porciones de selva intacta todavía, mora en sus lejanas tolderías el nativo de la tierra: el auténtico indio guaraní, de condición pacífica y naturaleza melancólica, hermanado ya con la civilización que le emplea como principal bracero de la industria del país, conviviendo con los barbacuaceros que habitan con sus familias, en las aldeas improvisadas en la selva virgen y en las que no faltan la comisaría y la escuela.

De este tipo autóctono de la tierra deriva el hombre del campo, sobrio, patriota y valiente. Para vivir, le bastan la mandioca y el mate, y una guitarra a la puerta del rancho que rasguear a la caída de la tarde, mientras se afana la mujer en las labores domésticas y de la gleba.

Gente supersticiosa y creyente a un tiempo, venera a Dios y teme a la «pora» y al «pombero», fantasmas noctívagos de diversa apariencia que echa a andar su imaginación por las campiñas del país; y tampoco son ajenos a su fantasía los pequeños «yacy-yaterés», indios de escasa estatura y pelo claro que habitan junto a la frontera selva del Brasil.

Tienen los campos y bosques del Paraguay lindos pájaros cantores e insectos y mariposas de belleza maravillosa, aunque temible alguna, como la «ura», cuyo orín agusana donde cae.

Y guardan la selva peligrosos reptiles y felinos de gran acometividad, como el puma y el jaguar, poblando sus ríos prodigiosos la numerosa familia del pardo «yacaré».

Bellísimo y extraño es el gran lago de Ipacará, junto a la pintoresca colonia de San Bernardino, que mide veintidós kilómetros de longitud por un ancho medio de cinco, y cuyas aguas salobres, tienen la propiedad de agitarse espontánea y grandemente durante algunas horas de ciertos días del año; pero, indudablemente, la mayor atracción turística la constituyen, junto a los casi inaccesibles saltos del Guairá, al extremo noreste, en el escenario de una naturaleza sugestiva de agreste hermosura, las caudalosas cataratas del Y-guazú, de mucha mayor altura que las del Niágara y de una belleza impresionante, que abarcan, en la extensión de sus múltiples caídas, las tres fronteras de Paraguay, Brasil y Argentina.

Y para que nada falte, este paradisíaco pueblo, de condición privilegiada, ha aportado a la ciencia etnológica el curioso descubrimiento de una gruta artificial en el aislado cerrito de Paraguari —cuya entrada ha vuelto a desaparecer de modo misterioso—, en la que podía admirarse la estatua sedente de un indio desnudo, de talla mayor que la normal, cuyos pies descansaban sobre piedras de forma esférica, algunas extrañamente esculpidas; las paredes de esta caverna, apenas conocida, se hallaban revestidas de inscripciones jeroglíficas, así como la galería subterránea existente en la montaña de Ibityrusú, cerca de la ciudad de Villarrica (por cierto fundada por un García de Ontiveros), tiene sus paredes cubiertas de ideogramas en todo semejantes a los caracteres rúnicos escandinavos pudiendo apreciarse en otras partes del país paraguayo piedras labradas con

signos parecidos a los geroglíficos egipcios: lo que ofrece un amplio e interesante campo de estudio a la investigación etnológica y liga de modo evidente la prehistoria guaraní a la atlántido-americana.

MARIA ONTIVEROS

Granja típica en la región del Gran Chaco paraguayo.





LUIS SANTA MARIA, MEDALLA
DE HONOR EN LA I.^A EXPOSICION
DE ARTES DECORATIVAS, DE MADRID

LA DECORACION DE INTERIORES EN ESPAÑA

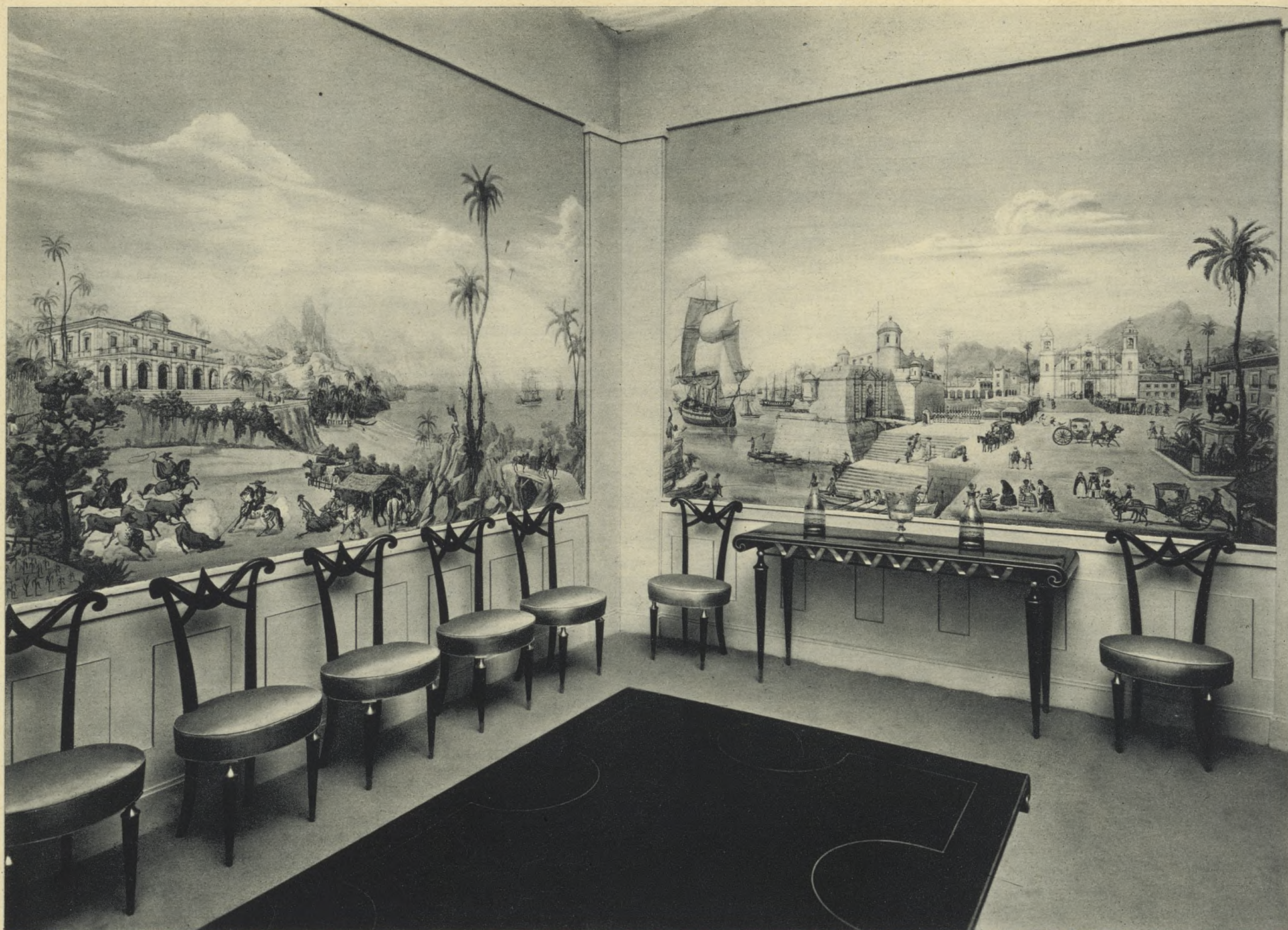
Sobradamente conocido del público español aficionado al "cine" es Luis Santa María, el gran artista que en los últimos años ha ambientado la mayoría de los interiores para las más importantes producciones cinematográficas nacionales. Santa María, muy atento siempre a este complejo mundo de cosas que representa la formación de un ambiente de intimidad, ha sabido siempre entender y dar valor plástico, no sólo al mueble de cada época y al valor complementario de los muros sobre los cuales aquél o aquéllos se recortan, sino, también, a la aportación valiosa del pequeño objeto que, en una pieza en que ha de vivir el hombre, tiene siempre una particular y valiosa emoción.

Nadie como Santa María para formar las atmósferas de fin de siglo con los pequeños elementos, de complicada traza e inocente diseño, que nos dan ese fondo en el que los muebles, las telas y las plantas forman el marco adecuado para un mundo especial. Un mundo en el que las ideas y las costumbres quedaron bien definidas y distintas, sobre la marcha siempre varia y revuelta de los tiempos. La evocación, sobre todo en los escenarios cinematográficos, de tan curiosa y ya lejana época —mucho más lejana de lo que es en realidad—, nos ha movido, en las películas con interiores decorados por Santa María, a revivir formas de vida que pugnan, ciertamente, con la realidad de nuestros hábitos actuales. Pero la gracia de crear ahora muebles de encanto novecentista, y redondear la expresión de tales piezas con elementos que respondan, exactamente, a las ideas estéticas de aquella época, no es empresa demasiado fácil... Y esto lo saben los que, ocasionalmente, intentan reproducirlos. Sin embargo, Luis Santa María no sólo ha creado estos interiores de concreta y peregrina expresión, sino que en todas las manifestaciones de la decoración, aplicada a la creación de conjuntos modernos habitables, este artista español ha sabido siempre mantenerse a una altura y con una dignidad que le han creado, merecidamente, una especial reputación.

Apoyado en un profundo conocimiento de las distintas épocas del mueble, y muy sensible a la muy sutil variedad y espíritu de los habituales objetos que han venido completando el adorno del hogar, Santa María posee una preparación técnica verdaderamente extraordinaria. De aquí surge esa elasticidad de creación que, unida a sus peculiares dotes de creador, le proporciona una privilegiada capacidad para enfocar y dominar todos los caminos que pretenda en materia de decoración.

Y no es impertinente recordar, en estas líneas, que el arte del mueble, de tanto abo-





En la página anterior reproducimos dos aspectos del elegante salón de estar inspirado en el arte mudéjar.

lengo en España, está representado en nues o tiempo por un brillante plantel de creadores o de realizadores que sostienen frente al materialismo inevitable de la existencia moderna, el espíritu delicado y culto de la vivienda humana, que en nuestro pueblo siempre ha sido causa de los más entrañables afectos.

Hace escasamente un año, la Subsecretaría de Educación Popular, en íntimo contacto con la Dirección General de Bellas Artes, organizó un certamen nacional en el que se habían de dar cita, por primera vez en Madrid, todos los artistas e industriales que vienen sosteniendo esta faceta del Arte, de manera que, en conjunto, pudiera ofrecerse a la observación y enseñanza del gran público, tan aficionado al estudio y contemplación de lo que en este aspecto puede presentarse y perfeccionarse, un panorama de las artes decorativas españolas.

En el mes de junio de 1947, entre las frondas del Retiro, en su Palacio de Exposiciones, se albergó la I.ª Exposición de Artes Decorativas. A ella acudieron la mayoría de los especialistas nacionales, y durante un par de meses, aproximadamente, se ofreció un orientador espectáculo a las gentes. El Jefe del Estado español y su esposa honraron con su presencia el momento de la inauguración de tan brillante certamen, y, al poco tiempo, la en aquellos días ilustre huésped de España, Excm. Señora de Perón, visitó detenidamente las salas, siendo obsequiada con expresivas muestras de simpatía y respeto.

Celebrada la I.ª Exposición de Artes Decorativas con brillante éxito de público y habiéndose patentizado la inquietud creadora de tantos artistas de la especialidad, encuadrada en las tres secciones importantes en que aquella se planteó (Arte del Hogar, Arte Sacro y Arte del Libro), tenemos noticias de que los organizadores han decidido repetir, cada dos años, dicho certamen. Esto equivale a la ocupación permanente del Palacio de Exposiciones del Retiro, tan grato y poéticamente sumergido en la riente arboleda del famoso parque madrileño, puesto que con la de Artes Decorativas alternará la tradicional y clásica Exposición Nacional de Bellas Artes.

Luis Santa María fué premiado en la primera convocatoria de dicha Exposición —a la que acudieron tantos artistas eminentes— con la Medalla de Honor de su sección y fué unánime la apreciación de la justicia y oportunidad con que se premiaba una larga labor de buen gusto y conocimientos artísticos que bien puede servir de aliento para los que cultivan este arte.

ALBERTO DEL RÍO

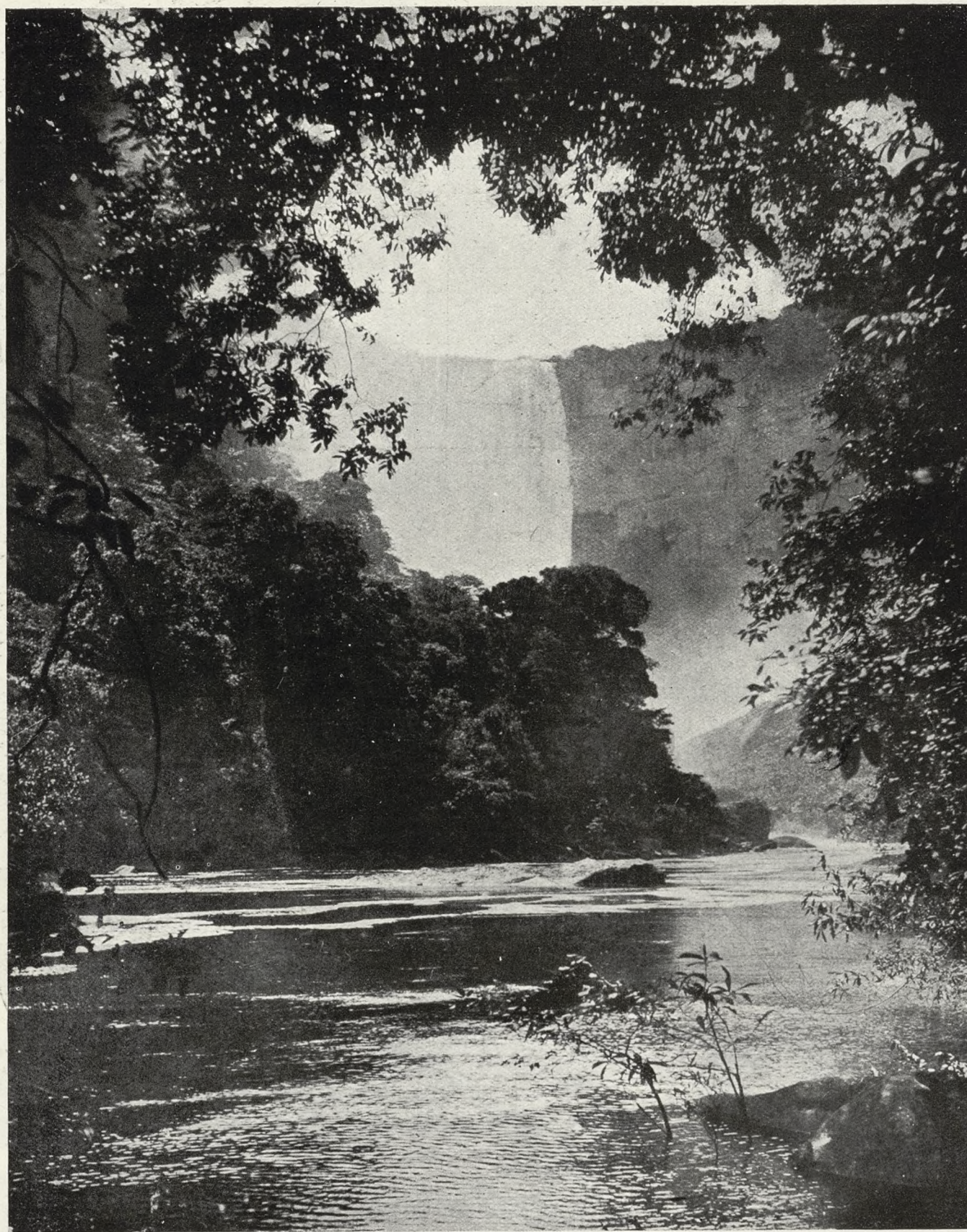
En esta página, el comedor con "papel pintado" en los muros y mesa con librería y mesita con pie de lámpara.





PARA el viajero que hace sólo veinte años navegaba por las turbulentas aguas del Carao, una vaga aprensión le oprimía el pecho al aproximarse a la apartada y brumosa catarata de Hai-Merú, situada enfrente de la inmensa mole del Auyán Tepuí, al pie de los gigantes picachos que limitan la majestuosa sierra por el este; un espacioso remanso se dilata a la caída de la catarata, y las aguas, violentamente despeñadas, se encrespan y se coronan de blancos copos de espuma, que giran y se desmenuzan en los raudos remolinos. Al pie del salto, en la margen izquierda del río, en medio de la espesa y enmarañada selva, un moriche solitario yergue su esbelto y airoso penacho de palmas; la particularidad de que la elegante palmera vege sola en aquel arbolado desierto, dió origen a que se designara al salto con el nombre de Hai-Merú, que en lengua arecuna significa "salto del moriche". La catarata sólo tiene dos metros de altura; pero al chocar sus aguas contra las rocas, originan un continuo y monótono fragor, que es la única señal de vida, en medio de la tétrica y callada soledad.

A orillas del remanso, en una blanca playa, salpicada de negros peñascos, un frondoso caruto retrata su silueta gris en las turbias aguas del río, y una de sus



ramas, tronchada por la estruendosa explosión de un cartucho de dinamita, recuerda que es el mudo testigo de una horrible tragedia. Allí perecieron, asesinados por los indios que les servían de bogas y guías, dos estadounidenses que se dirigían a Camarata en busca de un oculto tesoro. Mucho se habló en La Paragua acerca de aquel drama sombrío; pero los informes eran contradictorios y los detalles del macabro suceso permanecían envueltos en un impenetrable misterio. Una feliz casualidad nos dio la oportunidad de conocer los pormenores y las causas del espantoso crimen.

En el año 1922 me dedicaba a la explotación del balatá en las selvas que circuyen el Auyán Tepuí; la choza donde había instalado el depósito de víveres y mercancías estaba situada en un claro del bosque, en el confluente del Carao y el Acanán. En aquella época, los aborígenes que habitaban las márgenes del Carao y sus afluentes eran completamente salvajes; para llegar a nuestro rancho tomaban nimias precauciones, a pesar de que procurábamos atraerles e inspirarles confianza, haciéndoles dádivas de abalorios y otras brujerías. Pacientemente logramos que se interesaran en la explotación del balatá, y les halagaba que les pagáramos la goma en monedas de oro, inglesas y americanas, con las cuales iban a Demerara a comprar pólvora y escopetas, que adquirían allí a precios con los cuales no podíamos competir.

Caicúsé, "El Tigre", uno de los asesinos de los americanos, vivía cerca de Camarata; pero malicioso, como lo son todos los indios, se abstuvo de ir a la estación de Acanán, nombre con que era conocido nuestro campamento balatero, por temor de que pudieran hacerle preso.

Con la temporada de lluvias terminaron las faenas balateras de aquel año, pues el látex de la preciosa gutífera no fluye durante la estación seca.

Todos los obreros regresaron a La Paragua, excepto cuatro, y los cuatro, bogas indios, muy hábiles y prácticos en la peligrosa navegación del Carao y el Caroní, con los cuales había de emprender mi regreso a La Paragua. Como quedaba un excedente de mercancías, resolví ir a Camarata a realizarlas a precio de costo, pues llevarlas a La Paragua representaba un gasto considerable, si tomamos en cuenta que de La Paragua a la estación de Acanán se invertían quince días, quince penosas jornadas, salvando innumerables obstáculos, saltos y rabiones y desafiando toda suerte de peligros.

Llegamos a Camarata en una fresca y despejada mañana de febrero, después de dos días de feliz navegación por el río Acanán, a cuyas orillas, después de atravesar un angosto bosque, se dilata el pintoresco caserío. La sabana de Camarata, surcada por elegantes filas de susurrantes morichales, ofrece un admirable y espléndido panorama; el incommensurable bosque la rodea por todas partes, excepto por el norte, donde se elevan los más altos picos del Auyán, inmensa atalaya desde la cual contempla Mabari los dilatados espacios donde se agitan en continua lucha los infelices mortales; por el sur, limitan el horizonte los lejanos y azules picachos del Apradá. En aquel año había en Camarata una treintena de casuchas, techadas con palmas cuidadosamente entretejidas, cónicas, y esparcidas sin concierto en la sabana; las destinadas para dormir estaban hermeticamente cerradas con paredes de barro y cañas, y sólo tenían un boquete para entrar. La necesidad de preservarse de las insoportables picadas de los zancudos les obligaba a dormir hacinados en aquellas oscuras y calurosas habitaciones, campo propicio para la propagación de epidemias y enfermedades contagiosas.

Los indios no querían deshacerse de las monedas de oro, las cuales tenían destinadas para sus compras en Demarara; pero me dijeron que si yo permanecía dos semanas en Camarata, irían ellos a explotar un purgal (en Guayana se conoce el balatá con el nombre de purguo) que sólo distaba una jornada de allí, para comprarme con su producto el remanente de mercancías. Asentí, y los obreros que me acompañaban se entusiasmaron y partieron con ellos.

Quedé en Camarata con los indios que formaban la tripulación de mi piragua; el patrón, llamado Yacoy,

estaba a mi servicio desde hacía tres años y actuaba como intérprete. Como mi visita había sido previamente anunciada, se habían hecho preparativos para una fiesta. En el centro del caserío se destacaba la "Casa Grande", llamada así por ser la mayor de todas; era ovalada y sólo tenía dos portezuelas en sus extremos, por las cuales entraba escasa luz; allí vivían varias familias, cuyo número era fácil contar, pues había tantas familias como fogones, cuya tenue luz es la única iluminación de que ellos disponen. En el centro de la choza se eleva un grueso madero vertical, sobre el cual se apoya la techumbre. Dando vueltas alrededor de ese madero, al compás de monótonos cantos y al son de rústicos tamboriles hechos con pieles de araguato, se bailan las típicas danzas arecunas.

Al pie del madero había dos grandes artesas rebosantes de cachirí, bebida espirituosa muy embriagante y alimenticia. Una india, vestida con el elegante y sugestivo traje de nuestra primera madre, era la encargada de distribuirla. El baile empezó por la tarde, se prolongó durante toda la noche y continuó al siguiente día; acudieron los indios que moran en los contornos, y al amanecer estaban todos borrachos. Era tal la algarabía y tan extravagante el espectáculo que presentaban aquellos seres girando, desnudos, en torno del madero, iluminados por la pálida e incierta llama de los fogones, que daban la ingrata impresión de hallarnos ante una de las espeluznantes estampas con que Doré engalanó "La Divina Comedia".

El potorú, jefe de los camarococos, era conocido con el nombre de "Colo-rao", quizá por el color bronceado de la piel, y vivía a escasa distancia de la

(C O N T I N U A E N L A P Á G I N A 56)



LAS COMIDAS ANTIGUAS Y MODERNAS

POR EL DR. BLANCO SOLER

EL mundo siempre comió mal, salvo un grupo de elegidos, que lo hacían exageradamente. Parecía que las clases pudientes pretendían saciar en ellas el hambre que sufrían las menesterosas. La mesa bien servida era, además, alarde de riqueza y deseo de expresar la hospitalidad, a que tan inclinados se hallaban los hombres de las pasadas centurias. Quizá en el Medievo se diera, en el sentido hospitalario, más importancia a la comida que a la ostentación en general. En cambio, desde el Renacimiento, esta última absorbió, con el libre juego de pasiones y apetitos, tan fáciles en la época, el motivo de los festines, comparables únicamente, por cierto, a los de otra edad que adolecía de los mismos trastornos morales: el Imperio romano en su decadencia.

Entre el Emperador Carlos V, hombre que hacía del apetito un deleite inapreciable, y el rey Luis XIV, que exponía manjares que no comía después,



"LA COMIDA ES SIEMPRE MOTIVO PARA FIESTAS, DUELOS Y PREOCUPACIONES EN LA COMIDA SE REFLEJA EL CARACTER SOCIAL Y LA AUTORIDAD DE LOS COMENSALES"

EN ESTA PAGINA REPRODUCIMOS UNA MESA "BIEN SERVIDA" Y UNA FOTOGRAFIA QUE RECOGE, CON BELLO ENCUADRE, UN MOTIVO DE BODEGON

hay una diferencia espiritual enorme a favor, claro está, del César español. De todas formas, hoy, que las mejores mesas se reducen a dos platos, no comprendemos los menús de antaño. A la parsuquedad actual se ha llegado por motivos económicos. Y es curioso que lo que no pudieron conseguir los preceptos religiosos, filosóficos y educativos, lo logran los económicos. La verdadera parsuquedad alimenticia comienza con la guerra de 1914, que impuso a los pueblos privaciones en la dieta, que al mismo tiempo demostraron tener un sentido fisiológico evidente. La guerra española de 1936 y la universal de 1939, han ratificado este criterio económico, que ha influido beneficiosamente sobre la salud y la vida de los sujetos.

En Roma, Julio César gastaba algunas veces en una sola comida la renta de varias provincias. Vitelio dió a su hermano un festín en el que se sirvieron dos mil pescados de agua dulce, siete

mil pájaros e innumerables postres. Nerón pasaba en su mesa desde mediodía hasta la noche. Heliogábalo invitó a doce amigos, regalando a cada uno animales vivos de la misma especie de los que habían sido servidos. Jamás comía pescado estando cerca del mar, y cuando se hallaba distante hacía que se lo llevaran en agua salada. En tiempos de la República era necesario ir a buscar los pájaros más raros al través de los peligros del mar. Asuero convidó durante seis meses a todos los príncipes y gobernadores de su Estado; además tuvo por espacio de siete días enteros mesa franca para el pueblo de la gran ciudad de Suza.

Para darse cuenta de lo que decimos, debe leerse a Plutarco y a Petronio, que describen con vivos colores los festines de Nerón. Maximino comía sesenta libras de carne al día. Albino, en una sola mañana, injirió quinientos higos, cien albérchigos, diez melones, veinte libras de uva moscatel y cuarenta ostras. Fayón, en presencia de Aurelio, devoró un jabalí, un cerdo, un carnero, cien panes y un tonel de vino. Domiciano el Africano murió de tanto comer. Se gastaban verdaderas fortunas en alimentos: por un barbo, el equivalente a 750 pesetas actuales, lo que hizo maldecir a Catón de la ciudad de Roma. En Nápoles, un tirano del Norte de Africa pagó casi a peso de oro un faisán enorme. Hubo necesidad de que se votara por el Senado la ley llamada Fánica para reprimir tanto libertinaje.

En Roma se rodeaba —en las casas poderosas— la comida de una dignidad y belleza inusitadas. El comedor de diario (triclinium) era abandonado en los grandes festines por el principal (scaenaculum). Se echaban los invitados sobre el lado izquierdo, en sofás, alrededor de la mesa; la música y la poesía amenizaban los banquetes, y los vinos—cita de Séneca—eran servidos por esclavos "dudosos", cuyo único quehacer consistía en no dejar vacía ninguna copa.

La mayoría de los romanos comían una sola vez, cuando el Sol declinaba en el horizonte, y si alguno lo hacía cuatro veces abundantemente, las más se reducían a pequeñas colaciones, que llamaban jentaculum y prandium. Marcial, por ejemplo, componía su jentaculum de pan y queso, y su prandium de un simple trozo de pan y alguna fruta. De parecida forma lo hacía también Plinio el Viejo. Ahora bien: de la parquedad alimenticia de todo el día se desquitaban durante la cena. Llegaban a ésta después de un baño; comenzaba a las ocho de la tarde y terminaba según la generosidad y condiciones particulares del anfitrión. Si Plinio se levantaba de la mesa aún con luz en el verano, Nerón y Trimalción prolongaban hasta las primeras horas del alba. Comer sentados era propio de mujeres, que, al sentir de Valerio Máximo, fué costumbre en épocas remotas. Los romanos, como dijimos, comían echados, observando un riguroso ritual de puestos y orden en los platos. Catón de Utica juró, como sacrificio, comer sentado, después de la derrota de Farsalia, hasta que terminara la tiranía de Julio César.

El mantel se usaba sólo en altos festejos y comenzó a emplearse en época de Domiciano. El menú empezaba por entremeses (gustatio), tres entradas, dos platos de carne y el postre (secundæ mensæ). Los alimentos habían de presentarse bien gui-

sados y muy a gusto del amo de la casa, como se desprende de este epigrama de Marcial, que luego había de imitar Quevedo:

Muy cruel y delicado
hallas, rústico, que soy,
pues por la comida de hoy
al cocinero he zurrado.

La sobremesa, larga y llena de placeres, se convertía, después de nuevo baño, a la madrugada, en otro banquete de parecida factura al anterior. A los que no tenían apetito se les ofrecía vino en abundancia, que habían de ingerir de un trago y siguiendo las indicaciones del anfitrión, que señalaba el número de copas para cada invitado.

Poco a poco, la elegancia y buen gusto de los festines fueron denegando en un ambiente de grosería, que imitaría —menos intensamente—

la Edad Media. "Lo mismo que entre los árabes —dice, modernamente, Carcopino—, el eructar en la mesa era una función justificada por los filósofos, para quienes seguir los impulsos naturales era la última palabra de la sabiduría." Claudio proyectó un edicto autorizando aún más excesos, que por desagradable nos resistimos a comentar ahora.

Si los escritos de Suetonio, Plinio, Marcial y Juvenal nos han dejado constancia de los grandes banquetes celebrados por algunas familias ricas de Roma, no era así como se comportaban las gentes en general, incluso las acomodadas. El mismo Trajano, según referencia de Plinio el Joven, daba en su villa de Centumcellar comidas que chocaban por lo modestas. Plinio proporcionó a Septicio Claro una minuta que se componía de lechuga, dos huevos —por persona—, aceitunas de Andalucía, caracoles —tres por persona—, calabazas, ajos y un pastel. Como bebida, vino fresco mezclado a miel.

La cena que Juvenal ofrece a su amigo Pérsico, dice:

...; un corderillo
de mi granja de Tibur bien cebado
...
luego vendrán espárragos de monte
...
...; grandes huevos aún calientes,
...
... y racimos
por gran parte del año conservados
frescos, cual si pendiesen de las vides.
Peras de Signio y sirias, que rivaes
son de las de Piceno, en un canasto
hallarás con manzanas...

En la clase que podríamos llamar media, la sobriedad era hasta exagerada. El tantas veces nombrado Marcial, anticipándose a la escuela de Salerno, dejó escritos unos consejos, de los que entresaco:



LAS FRUTAS SE DEFINEN CON UNA NATURALIDAD QUE LIMITA CON LA AUDACIA. LA CEREZA HA SIDO SIMBOLO DE JUVENTUD Y DE PRIMAVERA. ES CANTADA DESDE LOS TIEMPOS DE LISIMACO COMO UN MANJAR AGRADABLE PARA EL ESTOMAGO. FUE INTRODUCIDA EN ROMA POR EL GRAN COMILON LUCULO, Y DESDE ENTONCES ADMIRADA Y CONOCIDA POR EL MUNDO ENTERO. LA VARIEDAD "INGLESA" HIZO LAS DELICIAS DE LUIS XV, QUE LAS COMIA DEL PROPIO ARBOL. POR DESTILACION SE OBTIENE EL KIRSCH. LA ESCUELA DE SALERNO LAS SUPONE CON PROPIEDADES DIGESTIVAS Y COMO REMEDIO EFICAZ DE LOS MALES DE ORINA, ESPECIALMENTE LOS CALCULOS, QUE SE DISOLVERIAN FACILMENTE CON LA INGESTION DIARIA DE UNOS GRAMOS DE PULPA DE CEREZAS; SERIAN CORDIALES PARA LEMERY; EVITARIAN LA HIPOCONDRIA, AL DECIR DE MALIGNY; ANTIPIRETICAS, SEGUN LA BRUYERE; CALMARIAN LA TOS DE LOS ENFERMOS DE TISSOT. ES UN ALIMENTO EXCELENTE PARA LA CURA DE FRUTAS DE OBESOS, PLETORICOS Y CARDIACOS, Y ES RELATIVAMENTE POBRE EN PRINCIPIOS NUTRITIVOS. LAS PROPIEDADES DIURETICAS QUE CANTA EL VULGO, REALIZANDO TISANAS DE JUGOS Y COCIMIENTOS DE "RABOS" O DE HOJAS DE CEREZO, NO TIENEN SERIO FUNDAMENTO

Los plebeyos llegaban a verdaderas limitaciones, incompatibles con la salud. Y, por último, la aparición del cristianismo moderó totalmente el lujo y el esplendor de todo, y muy en especial en lo tocante a la alimentación. Como escribía Tertuliano, "no admite esta cena acción inmodesta ni vil. Lo primero que gusta es a Dios; en esta cena, la oración hace la salva. Aquí no se come: témpase el hambre."

Hacemos caso omiso al boato de la mesa del Emperador, con sus panaderos, pasteleros, cocineros, confiteros, mozos de comedor, servidores que llevan los platos, otros que los retiran, los que ofrecen las copas, los que las llenan, los que prueban cada manjar, etc.; oficios cada uno distinto y perfectamente reglamentados.

En la Edad Media se comía dos veces; pero la última comenzaba a las tres de la tarde y llegaba a la noche. Las frutas eran muy preferidas, y se dice que murió Juan sin Tierra de un hartazgo de melones. León de Rozmital asistió a un banquete dado al Rey de Inglaterra en que se sirvieron quince manjares diferentes, y en otro se llegó a treinta manjares. Cuando el obispo de Zeitz fué, en 1303, a consagrar la iglesia de Weissenfels, le dieron el siguiente menú: sopa de huevos con azafrán, pimienta y miel, papilla de harina de mijo, carnero con cebollas y gallina con ciruelas; como segundo plato, bacalao frito con pasas y anguila hervida con pimienta y mostaza; como tercer plato, escabeche, un barbo asado, pájaros fritos y perril con pepinillos.

En pleno siglo XV, y siendo Milán la ciudad más desenfrenada de Italia, cuenta Mateo Baudillo que la principal preocupación de sus habitantes era llenar la mesa con gran número de viandas. El proverbio que corría por la población rezaba: "La capa puede estar rota si el plato está lleno", que parece definir el hambre colectiva.

El Dux de Venecia exhibió en un banquete hasta 350 manjares. Todo esto rociado con abundante cerveza y vinos diversos.

No obstante, también había voces que se levantaban contra tanta exageración, y Leonardo de Vinci clamaba por una comida regular y hasta exaltó el régimen vegetariano, llegando a vivir una larga temporada únicamente con vegetales y frutas.

En el siglo XVI se come opíparamente en Alemania; la gente lo hacía cuatro veces al día. En el almuerzo imperial se sirven seis u ocho platos de diez manjares cada uno. La comida con que en 1556 obsequió el emperador Fernando a los príncipes electores de Maguncia, Tréveris y el Palatinado, constaba de cinco platos o principios, y cada uno contenía 125 diferentes viandas. En un banquete dado en 1589 por el Consejo imperial de Brunswick se sirven doce principios: 1.º, carne de ternera con sopa; asado, liebre, perdiz, peros y pasteles; 2.º, volatería hervida y salmón fresco; 3.º, polenta de mijo cocido en leche y zumo de uvas; 4.º, carne de ciervo y queso; 5.º, pasteles de mijo y carne de carnero; 6.º, volatería asada; 7.º, cochinillo asado y truchas; 8.º, tortas y gobios; 9.º, ceboncillo en gelatina;

10.º, moluscos y pastas; 11.º, cangrejos, carpa y pasteles; 12.º, pescado asado, pasteles fritos y queso parmesano. Todo esto rociado con 25 barriles de cerveza y 1.935 litros de vino del Rin. En general, los alimentos menos apreciados eran las verduras. Cuando Catalina de Aragón llegó a Inglaterra, quiso comer ensalada, y fué necesario enviar a Holanda al jardinero real para conseguir los vegetales necesarios.

En el siglo XVII, cuenta Felipe Hainhofer que fué invitado y duró el banquete desde las diez de la mañana a las seis de la tarde. En las buenas casas burguesas alemanas, la comida tenía seis platos, de nueve manjares cada uno. Enrique IV de Francia se hartaba de melones, como el general Mayena. Liselote vió a Luis XVI tomarse cuatro platos de sopa, un faisán, una perdiz, ensalada, estofado irlandés, jamón, frutas y confituras.

En el siglo XVIII, el famoso José Kohlnicker, de una sentada, engullía dos terneras asadas y doce litros de vino. Cuenta Kayssler, desde Ginebra, que la comida suiza se dividía en varios platos: la primera tanda, de manjares cocidos; la segunda, asados; la tercera, pasteles, y la cuarta, postres. Los venecianos que veraneaban solían tomar el almuerzo en tres salones distintos: en uno, la sopa y la carne; en otro, los asados, y en el tercero, los dulces. El café y licores, en quioscos especiales. En Viena, una cena de vigilia duraba seis horas. Casanova obsequió a siete amigos con 300 ostras y 20 botellas de champaña, y en el banquete que dió al elector de Colonia presentó veinticuatro platos diferentes.

A Luis XVI, ya prisionero en el Temple, se le ponía un menú semejante a éste: tres sopas distintas, seis fuentes con manjares variados, seis asados igualmente distintos y cuatro postres de cocina.

Los viernes y los días de precepto, cuatro guisos de vigilia, tres o cuatro grasos, dos asados y cuatro o cinco postres de cocina.

A diario, incluso los viernes, el postre se componía de un "plato al horno", tres compotas, tres

cestillos de fruta variada, tres panes de mantequilla (suponemos que serían al estilo de los brioches, que tanto gustaban al Rey).

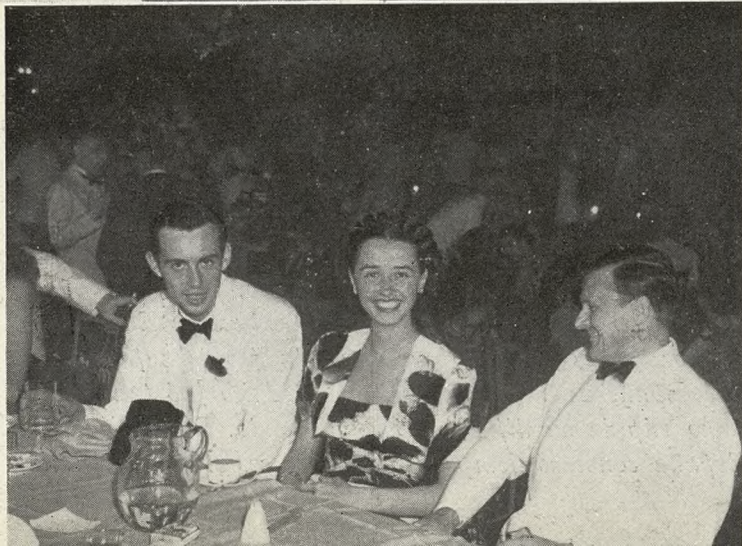
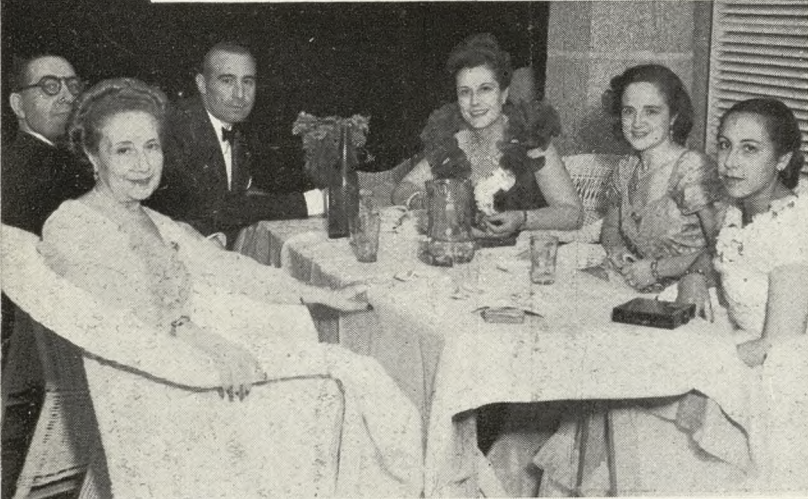
Las meriendas durante el siglo XVIII eran más abundosas que los téis actuales. Bourgoing describe, refiriéndose a una reunión española: "Cuando todos están sentados, van entrando doncellas que traen bandejas cargadas de bizcochos, pilones de azúcar, dulces, agua puesta en hielo. Es la obertura del refresco, que se termina con tazas de chocolate, confituras líquidas, azucarillos." Y añade después: "... puesto que hay abundancia, la gente se llena los bolsillos con frutas y bombones".

El chocolate era algo más que una taza. Se repetía una o varias veces. Carlos III tenía una famosa chocolatera que podía contener dos arrobas y cuarto del delicioso líquido. A éste acompañaba una verdadera profusión de dulces, pastas, bizcochos, tortas, etc.

El chocolate es de neto abolengo español; se introduce en Europa por Ana de Austria y por tal cual clérigo que pasa la frontera francesa y obsequia a sus compañeros del país vecino. El éxito fué tan intenso como rápida su difusión por el mundo. El fabricado en España conservó siempre la fama de ser el más exquisito.



HACE BIEN POCOS AÑOS, LAS VERDURAS HAN OCUPADO EL PUESTO QUE MERECE, Y EL ESTUDIO Y DESCUBRIMIENTO DE LAS VITAMINAS LAS HA COLOCADO EN SUPERIOR NIVEL A OTROS PRODUCTOS ALIMENTICIOS; PERO NO DEBE OLVIDARSE QUE SON UNA PARTE DE LA DIETA DEL HOMBRE, MAS NO LA PRINCIPAL, Y MENOS LA ÚNICA. EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA TRAJÓ EL MAÍZ, LA PATATA, EL TOMATE Y TANTOS OTROS PRODUCTOS QUE REMOZARON LA DIETA DEL EUROPEO. ALGUNOS DE ESTOS PRODUCTOS, SOBRE TODO LAS FRUTAS, FUERON ANTES LLEVADOS AL CONTINENTE POR LOS CRUZADOS Y ABANDONADOS DESPUÉS AL NO SABERLOS CULTIVAR. ESTE LIENZO DE JUAN ANTONIO MORALES RECUERDA A SANCHEZ COTTAN, QUE TANTAS VECES PINTÓ VERDURA TAN NACIONAL COMO EL CARDO. ES UN BODEGÓN DE VIGILIA, PUES HASTA LA CARACOLA CABE EN EL RITO. LAS PERAS ESTÁN LIGERAMENTE ASOMBRADAS DE LA POBREZA DEL AMBIENTE. EL CARDO SE GUISARA PARCAMENTE. SIN DUDA, SANCHEZ COTTAN. MONJE VIRTUOSO, LO TUVO A SU MESA MUCHAS VECES Y ACABO POR AMARLO. NO PUEDE SER EL CARDO ALEGRIA DE LA COMIDA, Y SUS CONDIMENTOS SERÁN AFINES CON EL: PIÑONES, HARINA TOSTADA, ETC.



Mezclado con leche, se tomó en Andalucía mucho antes que le impusiera la moda francesa; pero el verdadero chocolate es el cocido en agua, y espeso, según el ritual americano. Con migas, es el desayuno en Extremadura, y el picatoste conserva aún la mejor tradición como acompañante del buen merendar con chocolate. Linneo llamó al cacao "bebida de los dioses", y, por encima de otras razones, a nuestro juicio, fué tal denominación hija del entusiasmo que el ilustre botánico tenía por la planta.

En el siglo XIX, las comidas tenían varios platos. En los finales de siglo, una casa pudiente daba su cena habitual con una sopa, una entrada, el asado, el frito, la verdura y varios postres. Una familia burguesa, no excesivamente acomodada, servía el cocido y dos principios, amén de postre abundante. Vollard, en "Memorias de un vendedor de cuadros", describe el menú que por los años 70 a 80 devoraba por cincuenta francos en una pensión de Marsella: Potaje, carne, legumbres, vino y pan a discreción.

Todavía en el siglo actual hemos tomado nosotros en Holanda, concluida la guerra del año 18, un almuerzo nacional, cuyos entremeses los supusimos toda la comida, opípara por cierto, y nuestra sorpresa no tuvo límites cuando hubimos de presenciar la llegada a la mesa de jamón asado, un pollo por persona, besugo, solomillo, verduras con embutidos y cochinillo, sin contar quesos, platos de dulce, etc.

Es indiscutible que la parquedad de la actual manera de comer ha contribuido a prolongar la existencia, como confirman cuantos estudios y estadísticas se vienen haciendo. Desde el comienzo del siglo XX a nuestros días, el índice medio de vida del hombre ha crecido de cuarenta a sesenta y dos años.

La salud sólo peligra por exceso y monotonía, y muy pocas veces por defecto, por lo que nunca nos cansaremos de recomendar una dieta moderada y diversa. La monótona reiteración de los platos nacionales o regionales en la alimentación es un disparate.

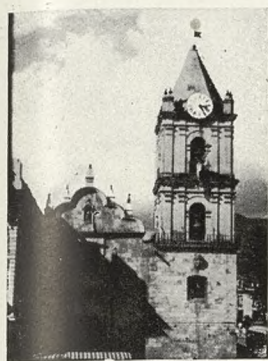
No obstante cuanto acabamos de decir, recordemos que al comienzo de este capítulo y antes, comentando las épocas de hambre, afirmábamos que la mayoría del mundo siempre ha comido mal y el fantasma del hambre perseguía de continuo a los humanos. Taine nos habla de la miseria francesa en el siglo XVIII, y Voltaire levantó el rencor del pueblo comentando la carencia alimenticia de los menesterosos y la abundancia de los elegidos. La "sopa boba", la cola de pordioseros ante una cocina, los pobres que esperan las sobras de conventos o cuarteles, son descripciones familiares para los autores de toda época desde la Edad Media a comienzos del siglo XIX. Los escritos romanos y griegos están llenos de la miseria alimenticia usual entre los pobladores. Se creía que, como una maldición, tenía la gente humilde que aceptar la carencia dietética, y se resignaban a tal amargura.

D R . C A R L O S B L A N C O S O L E R



B O G O T Á

E R A H E R M O S A



Recostada en la falda de sus cerros andinos, con las rocas verdes del Monserrate por dosel y la llanura variopinta de la "sabana" como alfombra. Bogotá era hermosa en los comienzos de abril. Se reunía en su seno la IX Conferencia Internacional Americana, y ella estaba recién acicalada, como una buena moza en día de fiesta: avivado el color, limpia y peinada, luciendo las joyas antiguas del arcón de los abuelos y las últimas galas urbanísticas, costosamente mercadas para la gran ocasión.

Bogotá estaba hermosa en los comienzos de abril... El cogollo español de Santa Fe—¡qué nombre cristianísimo de nostalgia andaluza!—relucía como el casco simbólico de la Nueva Granada, entreabriendo sus granos

de rubíes. Las angostas carreras longitudinales y las calles que trepan por los cerros ostentaban con orgullo, enjalbegadas de nuevo, esas nobles y pintorescas casonas santafereñas, entre andaluzas y montañesas, que tienen aleros grandes y balcones voladizos, severos portones y patinillos encantados. El palacio de San Carlos, morada del Libertador Simón Bolívar y luego de los presidentes de Colombia, exhibía la felicísima restauración de su claustro y sus estancias, alhajadas con gusto y con riqueza. El inmediato Ministerio de Relaciones Exteriores, otro palacio de excelente traza, ofrecía sus salones suntuosos a los diplomáticos extranjeros. Las iglesias y los conventos de Santa Fe —hermanos menores de los de San Francisco de Quito, con su mismo barroco de oro y rojo, retorcido y ardiente como en llamas—robaban la mirada en las plazoletas silenciosas, con sus líneas humildes restauradas con amor. Sobre la Plaza Mayor del viejo burgo, contra el telón de fondo de los cerros, la Catedral colocaba su mole herreriana, recién terminada de acuerdo con los planes inconclusos de España, toda en piedra dorada y encendida, para el beso del sol en el ocaso. Y enfrente de ella, como un templo griego del nuevo culto de la Democracia, el Capitolio abría su espléndida columnata neoclásica y su majestuoso Salón Elíptico para la Asamblea de las Américas.

Bogotá estaba hermosa en los comienzos de abril... Arrancando del núcleo fundacional, la antigua Calle Real del Comercio, hoy Carrera Séptima, alineaba sus tiendas y sus almacenes modernos, colmados de toda clase de mercaderías; reposaba un momento en el cruce de la Avenida Jiménez de Quesada, esa Gran Vía naciente sobre el cauce de un antiguo río; contemplaba el bello palacio de la Gobernación de Cundinamarca junto a la silueta monacal de San Francisco, y se engolfaba después entre rascacielos adolescentes, heraldos de la nueva faz de la ciudad, camino de los grandes parques panorámicos y de los barrios residenciales suntuosos, donde las masas verdes del arbolado ciñen a centenares los palacetes de ladrillo rojo y piedra rubia, uniformados de un gótico Tudor.

Bogotá estaba hermosa, sonriente y crecida, vacilando todavía entre continuar su carrera vertical al pie de los cerros o tenderse en el llano junto a su novísima Avenida de las Américas, trazada como una flecha en la "sabana" hasta el aeródromo continental de Techo. Bogotá estaba hermosa, segura de sí misma en el momento de su transición a gran metrópoli, consciente de su belleza secular de estirpe hispánica y de su alto destino al frente de un gran pueblo, dueño de un envidiable porvenir.

* * *

Un crimen político abominable, arteramente explotado—si es que no preparado—por el monstruo sin patria del comunismo, desató sobre Bogotá una ola de crimen y destrucción sin ejemplo. Hordas incendiarias y sacrílegas, obedeciendo exóticas consignas, arrasaron la capital en veinticuatro horas, causando mucho más daño en sólo un día que un ejército enemigo en varios meses de asedio y de botín. Han ardidado íntegramente los Ministerios de Relaciones Exteriores, Educación y Justicia; los Tribunales y la Policía; la Nunciatura y el Palacio Arzobispal; el diario El Siglo y el edificio de Correos; toda la plaza de San Victorino y manzanas enteras de las calles comerciales. Han sido saqueadas casi todas las tiendas céntricas, con veinticinco millones de pesos colombianos en pérdidas. Han desaparecido entre las llamas hoteles y librerías, almacenes y casas de habitación. Ni siquiera se han respetado las casonas del barrio de la Candelaria, el convento de la Concepción y otras reliquias virreinales. Hasta el palacio de San Carlos está en escombros. Al pie del balcón que salvó la vida de Bolívar en la "nefanda noche septembrina" de 1828, la lápida hoy quebrada y entre ruinas parece el testimonio más elocuente de este 9 de abril de 1948, día nefando más que aquella noche.

* * *

Bogotá, que era hermosa en los comienzos de abril, es una ciudad arrasada ahora, cuando los representantes de todos los pueblos de América se han congregado en la Quinta de Bolívar—ese "carmen" granadino milagrosamente salvado de la destrucción—para estampar sus firmas en la Carta constitutiva de la Organización de los Estados americanos. Pero así como la decisión del Gobierno de Colombia frustró felizmente la maniobra del comunismo internacional, el esfuerzo de todos los bogotanos, bajo la dirección de su genial alcalde, Fernando Mazuera, levantará en pocos años una Bogotá mucho más grande, digna de sí misma y de la patria colombiana.

Y entonces Bogotá será todavía más hermosa, recostada en la falda de sus cerros andinos, con las rocas verdes del Monserrate por dosel y la llanura variopinta de la "sabana" como alfombra...

ERNESTO LA ORDEN MIRACLE



ARRIBA: LA CATEDRAL DE BOGOTÁ Y EL MONSERRATE, AL FONDO, VISTOS DESDE EL CAPITOLIO, ENGALANADO CON LAS BANDERAS DE LA CONFERENCIA PANAMERICANA. EN EL CENTRO: RUINAS DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES. ABAJO: UN ASPECTO DEL ESTADO EN QUE SE ENCUENTRA EL COLEGIO APOSTÓLICO, INCENDIADO POR LOS REVOLUCIONARIOS.





"PROBABLE INDIGESTION EN LA DEHESA"

(ESTAMPA GOYESCA) POR HERREROS

El paisaje característico de los alrededores de Madrid—riberas del Manzanares, encinares de El Pardo, azules y blancos del Guadarrama—ha tenido siempre un valor colorista especial que ha quedado prendido con toda dignidad en los más estupendos lienzos de la historia del Arte. Pero nadie como Goya para sentir y eternizar la gracia cromática y el espíritu gentil de estas dehesas, estos árboles y estos cielos transparentes que tan bien rimaron con la algarabía, aristocrática y popular a un tiempo, de manolas y chisperos... Así, hasta la nota cómica, deliciosa estampa de humor, de Herreros, que reproducimos, tiene su inevitable encanto en el color, y en broma en broma refleja esa expresión ya universal que tomaron las escenas y los juegos populares junto al más pintoresco y burlado de los ríos: el plácido y pintoresco Manzanares.



A M P A R I T O R I V E L L E S
que, con su exquisita sensibilidad, prolonga la buena escuela dramática de
sus padres —los grandes actores María Fernanda Ladrón de Guevara y Ra-
fael Rivelles—, es hoy la primera figura femenina del "cine" español.

CINE



LA PRODUCCION CINEMATOGRAFICA EN LA ARGENTINA

En la página anterior arriba: Un plano de "Hotel de Verano", con Enrique Herrera, Marga López, Ramón Armengot, Sarize Logan y Che Reyes. -- Abajo: Mirtha Legrán en "Los Martes orquídeas" y, con Angel Magaña, en "Adolescencia". -- En esta plana: Amanda Ledesma y Hugo del Carril -- primera foto --, en "La novela de un joven pobre". -- En el centro: María Duval y Enrique Serrador en "Su primer baile", y abajo, la citada María Duval en "16 años".

La producción cinematográfica argentina ha adquirido durante los últimos años una extraordinaria pujanza, merced a la constancia y empeño de sus directores, artistas y productores, que, para lograr películas de gran relieve, sortearon las dificultades planteadas por la pasada guerra y construyeron amplios estudios cinematográficos. Reseñamos brevemente las películas argentinas de mayor éxito y ofrecemos algunos datos sobre la trascendencia social y artística lograda por la cinematografía en la República del Plata. La producción dramática, religiosa, histórica, musical y cómica ha sido fecunda y numerosas nuevas figuras se han asomado a las 1.680 pantallas de las salas de cine de este país para alcanzar la celebridad. Entre las películas de



carácter dramático figuran: "Donde mueren las palabras", film de extraordinaria calidad artística, que enlaza la tragedia de un famoso director de orquesta con la alegoría de la Séptima Sinfonía de Beethoven. Su interpretación estuvo a cargo de la bailarina solista María Ruanova. El maestro Juan José Castro, los títeres de Vittorio Podrecca y el canto de Blanca Rosa Baiborri cooperaron con su arte en esta película, que es la expresión

(CONTINUA EN LA PAGINA 55)

Ofrecemos en esta página dos fotogramas de la producción cinematográfica argentina "La carabela de la ilusión", que recoge un episodio de la conquista de América, y que está interpretada por Silvana Roth, Ernesto Vilches, Esteban Serrador y Pilar Muñoz.— Arriba, Paulina Singerman en "Mi amor eres tú", y abajo, la conocida estrella argentina Zully Moreno.





TAN bella es la antigua *Española* o Isla de Santo Domingo, convertida hoy en sus tres cuartas partes en próspera República Dominicana, que Cristóbal Colón —5 de diciembre de 1492— quedó maravillado al contemplar sus paisajes y estampó estas palabras históricas en su "Diario de Navegación" de la SANTA MARIA: "...enfrente hay unas vegas, las más hermosas del mundo y cuasi semejantes a las tierras de Castilla (refiérese a las vegas andaluzas), antes estas tierras tienen ventaja, por lo cual puse nombre a la dicha isla la *Isla Española*". Después, el descubridor toma posesión de aquellas comarcas ubérrimas en nombre del Imperio español y somete, más con la persuasión que con la fuerza, a los cinco caciques o reyezuelos que gobernaban la isla.

Inmediatamente se establece en aquel paraíso del mar Caribe la primera base española en América, asumiendo el mando de la misma un hermano del Gran Almirante, el adelantado D. Bartolomé Colón, quien alzó la ciudad de Santo Domingo de Guzmán, a orillas del río Ozama. Este nombre se lo dió en recuerdo de su padre, que se llamaba Domingo. A continuación, se construye entre las casas provisionales de la ciudad la iglesia de San Nicolás de Bari, que en el orden cronológico ocupa el primer puesto entre los monumentos históricos construidos por España en América. Es obra de Frey Nicolás de Ovando, comendador de Lares en la Orden de Alcántara, fundador de diez ciudades dominicanas y gobernador general de la Isla. Dice el escritor nativo Federico Llaverías, en su obra "La ciudad de Santo Domingo y sus monumentos coloniales", que Ovando fué indiscutiblemente el gobernante que más se esforzó en el progreso de la colonia. A D. Diego Colón, primogénito del descubridor, gobernador de *La Española*, virrey y segundo almirante de las Indias, se le debe una de las reliquias históricas españolas más importantes de la capital dominicana, el alcázar de su nombre o *Casa del Almirante*, cuyas ruinas son monumento nacional.

Son numerosos los monumentos que se conservan de la época española; entre ellos, la famosa Torre del Homenaje, en cuyas habitaciones escribió su "Historia General de las Indias" Gonzalo Fernández de Oviedo, siendo alcaide de la misma (y en ella murió el 26 de julio de 1557); el convento de Dominicos, sede de la primera Real y Pontificia Universidad fundada en América en 1536, con los mismos privilegios y preeminencias que las de Salamanca y Alcalá de Henares; el Monasterio de la Merced, en el cual vivió, de 1615 a 1618, el inmortal dramaturgo Fray Gabriel Téllez, *Tirso de Molina*; la artística y sólida catedral, obra del arquitecto Alonso Rodríguez, que la trazó y construyó en 1514; el castillo de San Jerónimo, alzado para contener a los piratas ingleses, siendo capitán general D. Gabriel Chávez Osorio; el Hospital de San Lázaro, la Fortaleza del Ozama, la Puerta de El Conde, murallas, templos, conventos... y la vieja Casa Consistorial, en uno de cuyos salones se leía en el rico artesonado:

"Los que en aquestos estrados
junto regís y mandáis,
mirad bien lo que juzgáis,
porque habéis de ser juzgados."

Por todas partes, huellas de la misión ecuménica de un pueblo y ecos de la caridad cristiana, de las voces españolas, humanísimas, que en defensa de los indios quisqueyas y de los humildes de cualquier raza borbobataban en los labios enérgicos de Fray Antonio de Montesinos, famoso misionero dominico. La iglesia del Santo Cerro, dominando con austera majestad la paradisíaca Vega Real, es uno de los más notables santuarios americanos. Sus títulos son indiscutibles por insignes: en la cima de aquella colina se posó en las Antillas por primera vez el milagro católico. La epopeya y lo sobrenatural se casaron allí. Se conservan las ruinas del convento de San Francisco, en cuyos umbrales estuvo enterrado Alonso de Ojeda, porque fué su voluntad "que todo el mundo lo pisara al entrar por aquella puerta". Como hemos dicho de pasada, en Santo Domingo se conserva la Catedral Primada de las Indias, venero arcaico de piedras venerables, donde reposaron las cenizas de Colón, hito señero del Catolicismo y vuelo culminante de la civilización hispánica en tierras del Caribe.

Al ser reconstruida la capital dominicana, destruida en 1930 por un terrible huracán, cambió de nombre y se llama Ciudad Trujillo, tomando el de su reconstructor. Es de lamentar el cambio, en el que no tuvo intervención el Jefe dominicano, porque no ignora que la Historia es la consistencia máxima de los pueblos y tiene presente la verdad que encierra esta frase del mejicano Alfonso Reyes: "Prescindir de lo hispánico es mutilar lo americano con peligrosa amputación."

Con razón ha dicho un poeta que, como Jano, el Santo Domingo actual o Ciudad Trujillo presenta dos caras: una, vetusta, recia, hecha de murados conventos y de ceñudas almenas; otra, alegre, moderna, acicalada con todos los encantos de los nuevos tiempos. Tiene una gracia bífrente, la espiritual grandeza de la Castilla fundadora,

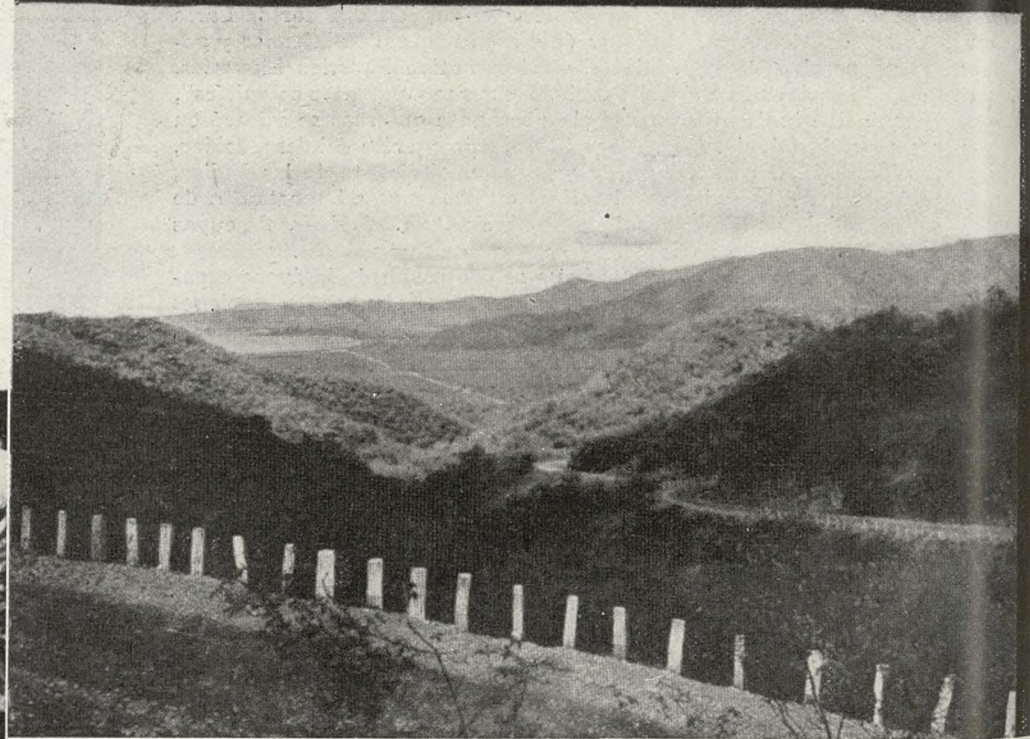
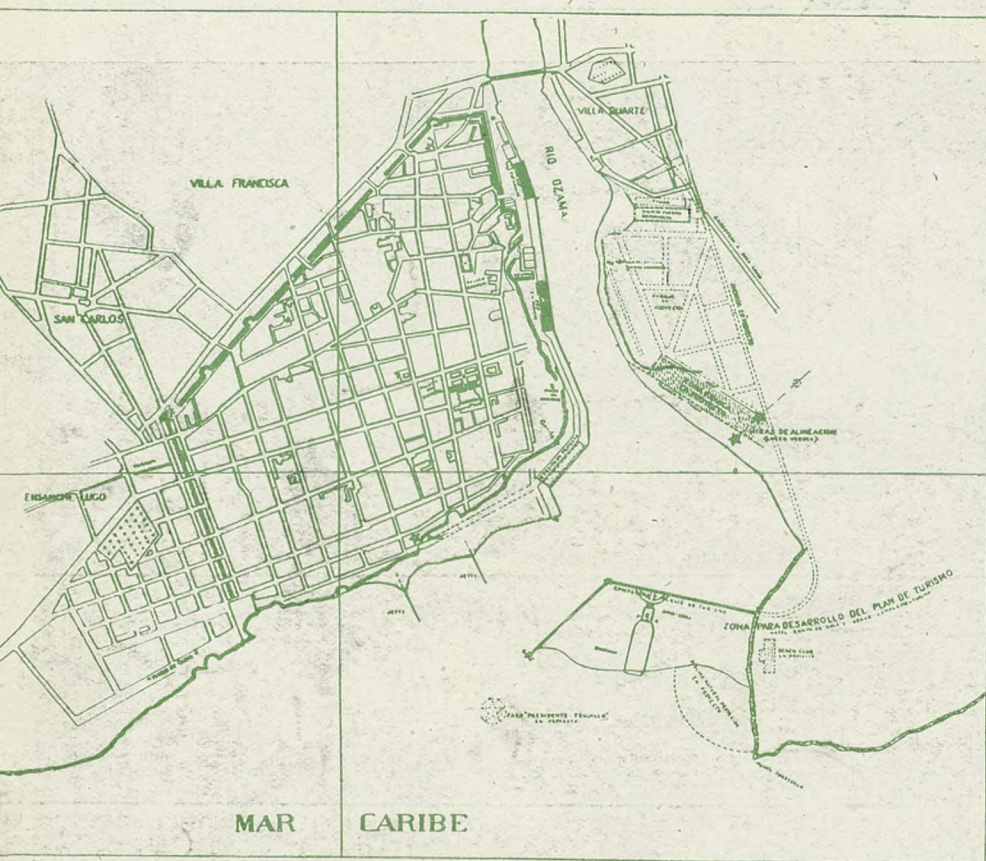
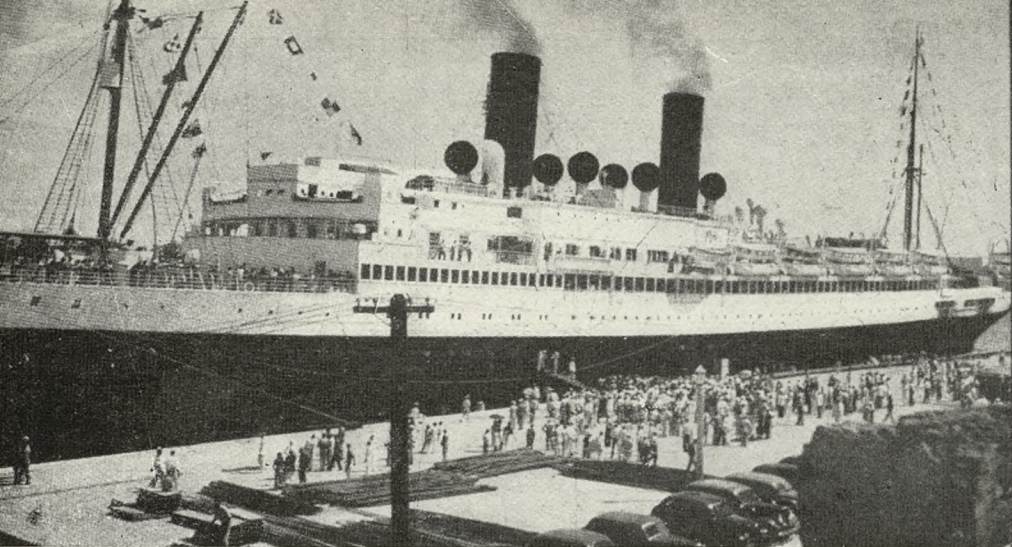


Una vista panorámica de la capital de la República Dominicana, cruzada por el río Ozama.

severa y castrense, y el intrascendente desenfado de las ciudades modernas norteamericanas. Ningún hispánico puede sentirse extranjero en esta ciudad-llave del Caribe, ya que por todas partes se percibe la presencia ecuménica de España, y no sólo en los monumentos culminantes, sino hasta en las costumbres tradicionales más sencillas y en la arquitectura civil, que vuelca sus calados herrajes platerescos sobre jardines tropicales.

El general D. Rafael L. Trujillo Molina, presidente de la República Dominicana y nieto de un capitán español, creó en Santo Domingo una Comisión conservadora de monumentos, para salvar de la furia de los elementos y de la incuria del tiempo todas las reliquias de lo español, porque sin esa sensibilidad histórica y ese mimo hispánico, el ciclón antillano hubiera borrado la alcurnia nacional.

Pero no se crea que Santo Domingo o Ciudad Trujillo acapara la importancia metropolitana; la política nacional reparte sus esfuerzos de engrandecimiento por todas las ciudades de la República: Santiago de los Caballeros al pie de las montañas, en las verdes praderas de Jacagua; San Pedro de Macorís, puerto y centro azucarero importante; San Cristóbal, donde fué elaborada la primera Constitución; Barahona, Monte Cristi, Puerto Plata, La Romana..., cuentan con soberbios edificios modernos mezclados con sus monumentos coloniales.



Arriba: Tres aspectos de la capital de la República Dominicana en los que se recogen el movimiento de su puerto, al que atracan los grandes transatlánticos, y la moderna arquitectura de sus edificios. A la izquierda: plano de la ciudad y debajo dos vistas de la exuberante vegetación de sus campos.—En la página siguiente. Abajo: La importante factoría de maquinaria del Central Romana, que fabrica todos los adelantos modernos de la industria azucarera.

La República Dominicana ha impulsado notablemente su bienestar, construyendo carreteras, canales, puertos, saltos de energía eléctrica, hospitales, fábricas, bancos y toda clase de centros culturales, desde escuelas primarias a institutos y academias de Enseñanza superior.

La feracidad, progreso y belleza de esta joya del Mar Caribe, son extraordinarios. El Gobierno, con visión realista, considera el campo dominicano como eje de la vida nacional, y cerca de la frontera haitiana, han empezado a surgir lindos caseríos en lo que eran comarcas yermas y olvidadas. Son pueblos alegres y sanos. En ninguno de ellos falta una iglesia, una clínica y una escuela rural. El Estado premia la labor de los campesinos en las hermosas tierras del Caribe; les presta animales, semillas y aperos de labranza, dictando leyes protectoras y facilitándoles cuanto pueden necesitar. Es la gratitud de la Patria dominicana que así se manifiesta hacia quienes la alimentan y enriquecen. Cada arado, cada segadora, cada tractor, valen por una condecoración.

Así aumenta la riqueza cada año en la República Dominicana, que ha cancelado su Deuda Exterior. Cultivos dominicanos, industrias e ingenios modernos, riqueza, a base de caña dulce, de azúcar, de café, de cacao, de tabaco, de plátano, de maní, de arroz...

Antes de terminar estas líneas debemos rendir homenaje y recuerdo al español que impulsó la industria azucarera en la Antilla. Era catalán, se llamaba Miguel de Ballester, y en el año 1518 tenía en la Isla de Santo Domingo 28 plantaciones de caña con sus correspondientes artefactos para extraer el azúcar. Este fué el iniciador de una gran riqueza.

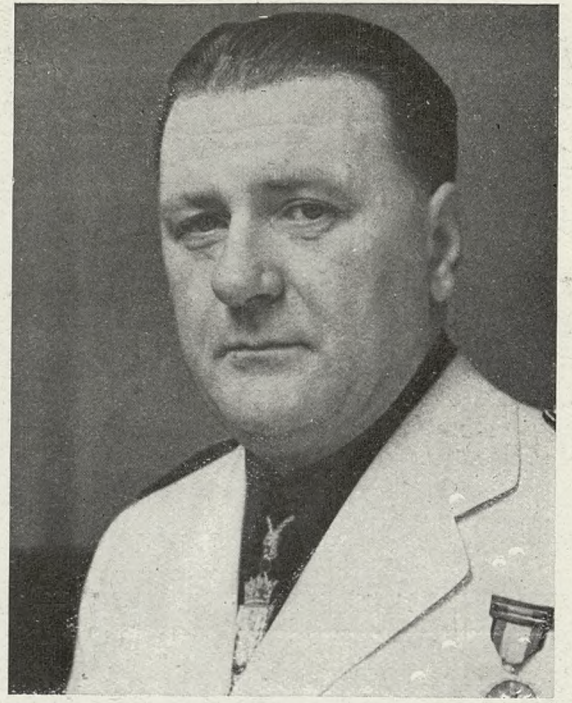
J O S E S A N Z Y D I A Z

REPUBLICA DOMINICANA

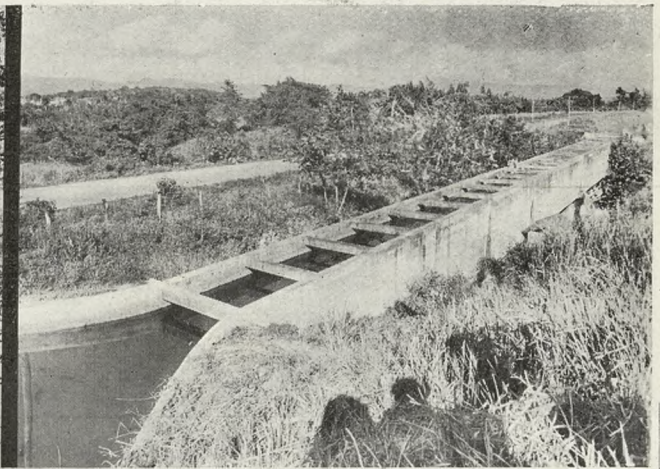
Superficie: 50.070 km². — Límites: al N., el Atlántico; al E., el Canal de la Mona, que la separa de Puerto Rico; al S., el Mar Caribe, y al O., la República de Haití. — Población: 2.100.000 habitantes. — Población relativa: 42 h. por km². — Idioma: Español. — Capital: Ciudad Trujillo —antes Santo Domingo—, con 160.000 h. — Producción: Azúcar, cacao, café, tabaco, arroz, maíz, algodón, frutas, ganado vacuno y cerdino, etc. — Exportaciones: Azúcar, café, tabaco y otros productos agrícolas. — Importaciones: Productos manufacturados, en especial tejidos, maquinaria, productos químicos y farmacéuticos, automóviles, papel, etc.



El Excmo. Sr. D. Elias Brache, Embajador de la República Dominicana en España, presentó sus credenciales a S. E. el Jefe del Estado Español el 13 de mayo de 1948. Transcurrida la ceremonia, el nuevo Embajador conversó con el Generalísimo Franco.



El Excmo. Sr. D. Manuel Aznar, destacado periodista y diplomático español, que representó a España en la Embajada de Washington, ha sido nombrado Embajador de nuestra Patria en la República Dominicana, donde actualmente se encuentra.





Muchachas

en bicicleta



EN Madrid anuncian la primavera las mariposas, las vendedoras de lilas y las señoritas montadas en bicicletas.

Con la llegada del buen tiempo primaveral se llenan las calles de esas maquinitas niqueladas que pasan junto al peatón formando un ruido de abejorro, o sonando a nuestro lado el timbre como si lo lleváramos en los bolsillos.

Es la época del pedal. No hay señorita que no quiera vivir sobre ruedas. Hay una verdadera fiebre por este deporte en estos tiempos de restricciones de gasolina.

En Madrid (donde pasan de once mil las bicicletas) la usan más las mujeres que los hombres. Las muchachas, montadas en sus rápidos artilugios, van alegres y sonrientes, al aire la melena, haciendo un movimiento de afilador, quitándole aspereza al paisaje urbano con las bicicletas, que son como gafas que le salen a la calle. La señorita ciclista satura el ambiente callejero de feminidad, de fugacidad, de capricho e intrascendencia.

Es como una ilusión que pasa.

Y se las ve correr audaces entre los pesados camiones, los chirriantes carros, las veloces motos y los taxis, en ágiles movimientos de zigzag, eludiendo en caprichosos esguinces el hinchado morro del autobús.

Metida la señorita ciclista entre la barahunda de vehículos, se os va, se os escapa de vuestra visión. ¿Dónde está?, os preguntáis con miedo, creyendo que se la ha tragado ese ogro de la circulación; pero en seguida la veis salir triunfante, sonriente, erguida en su maquinita, delante de todos los artilugios callejeros, que parece que se han reunido para darle escolta a la viajera.

La bicicleta vuelve hoy por su viejo prestigio. Antaño fué cantada en romances callejeros, en coplas de arrabal o de zarzuela; pero el automóvil, movido por sí mismo, mermó la reputación de estos apatuscos que necesitan las piernas del viajero para ir de un lado para otro.

Y es que, para trasladarse en bicicleta a cualquier parte, hay que hacer un pacto con la máquina: ella le lleva a usted y usted a ella. Sin esta colaboración, no hay viaje posible.

Es, también, la máquina de la juventud. Las muchachas van hoy en bicicleta a sus estudios universitarios, a sus oficinas y a sus quehaceres. Los domingos huyen de Madrid las alegres caravanas de señoritas ciclistas, lanzadas en carreras vertiginosas por las bruñidas carreteras, en busca de la Sierra.

Este artilugio es simple, sencillo, sin complicaciones.

Y barato.

Sólo necesita aire. A veces hay que inflar los neumáticos, pues el aire es para la bicicleta como el elogio para el artista: lo hincha.

Se viaja sobre esta maquinita sin preocupaciones ni disgustos. No es el automóvil movido por la gasolina (la "sangre negra de la tierra"), que se para en cuanto se le acaba el cupo, y al que tenéis que encerrar en la "jaula" como a una peligrosa alimaña o lo tenéis que alimentar con leña para hacerlo andar, poniéndole la giba del gasógeno; no es el motor de sangre, que exige para la marcha un vocabulario especialísimo, sólo conocido por los arrieros...

No.

La bicicleta es una cosa alada, fugitiva, suave, sin el estrépito de los cañonazos de las motos ni los temblores nerviosos que padece el automóvil antes de arrancar.

Algunos detractores de estas máquinas arguyen que son inestables, como promesa femenina o como nómina de temporero, y que además sienten un irresistible deseo de irse contra los árboles de las carreteras. Pero la culpa de esta fobia forestal no es de la bicicleta, sino de la viajera, que a veces (no se sabe a qué obedece esta manía) se lanza, intrépida, sobre los troncos, en una lucha desigual. Para evitar esta atracción que ejerce la masa arbórea sobre algunas ciclistas, se les recomienda cuando están aprendiendo: "Señorita, no mire usted los árboles."

El equipaje de la señorita ciclista es somero: un espejito y la barrita para los labios. Con estos ligerísimos aditamentos caminan, velocísimas, horas y horas, montadas en sus maquinitas niqueladas, las jóvenes viajeras, que ponen en el barullo y ajeteo de la calle una nota de cosa alada y ligera como un capricho y fugaz como la ilusión.

Es que pasa la sonrisa de la primavera por el asfalto de Madrid.

J U L I O R O M A N O

La afición de la mujer madrileña por el deporte de la bicicleta ha derivado en el concurso de elegancia femenina que anualmente se celebra en el parque del Retiro, con la apertura más o menos simbólica, de la primavera. Las mismas jóvenes que a partir de esta estación invaden alegre y deportivamente las calles de Madrid, concurren a ese certamen en el que la elegancia no se circunscribe a la bicicleta, sino a los vestidos aptos para este sport. El concurso de elegancia femenina en bicicleta correspondiente a este año se celebró en Madrid el domingo 16 de mayo. Al mismo correspondió la selección de fotografías que ofrecemos en nuestras páginas. Reportaje fotográfico por CONTRERAS.



EL CAFÉ EN EL SALVADOR



Es el café la riqueza principal en esta República y la base fundamental de su economía. No se sabe a punto fijo cuándo fué introducido su cultivo, pero

existe una Cédula Real de S. M. el rey Carlos IV, en la que, "compadecido de la triste situación en que se halla este Reino por la plaga de langosta que le aflige, declara la exención por diez años de diezmos, alcabalas y cualquiera otros derechos para el cacao, café, azúcar y algodón", a más del añil, al que de manera especial menciona en primer término.

La planta del café o cafeto es una dicotiledónea originaria de Etiopía, de donde pasó a Arabia, para después extenderse a todos los países productores en la actualidad. Es un árbol o arbusto pequeño de muy bonito aspecto, de dos a cuatro metros de altura, tronco recto y liso, madera dura y de color amarillento, ramas largas, delgadas y flexibles, con hojas verde oscuro en su parte superior y verde pálido en la inferior. Las flores son pequeñas, blancas, recordando las del naranjo, con perfume suave, pero sumamente agradable.

El aspecto del fruto —al principio verde, después de un rojo claro, y en plena madurez rojo oscuro— se asemeja a la cereza y está formado por una parte de pulpa gelatinosa y dulce que envuelve dos granos semiovals superpuestos por su parte plana. Como curiosidad, la clase de café que se conoce como caracol o caracolillo no es una variedad distinta, sino más bien un defecto del fruto, que en lugar de tener los dos granos normales no tiene más que uno enrollado sobre sí mismo en forma de caracol. El cultivo del café es minucioso y delicado, y el cuidado especial que requieren sus labores se asemeja en mucho a los trabajos de jardinería, siendo muy corriente esta comparación entre los visitantes del exterior al referirse a nuestras bellas plantaciones cafetaleras.

Las tierras más apropiadas para el café, en la mayoría de los casos, son las laderas, aun de acentuada pendiente, con alturas sobre el nivel del mar que varían entre 600 y 1.500 metros.

Con semillas elegidas se prepara un semillero en lugar húmedo o regable, ya que esta operación se hace antes del período de las lluvias, y cuando las plantitas tienen una altura de unos diez centímetros, se trasladan a



lo que llamamos "almacigueras" en tierra bien suelta y cubiertas por una enramada para proteger las plantas contra el sol y las fuertes lluvias; esta siembra se hace con sumo cuidado, a fin de no dañar ni torcer las raíces, que vienen del semillero en líneas perfectas y a una distancia unas de otras de 25 a 30 centímetros.

En estas almacigueras permanecen alrededor de un año, al cabo del cual se sacan con un bloque de tierra que protege las raíces y se trasplantan al lugar definitivo; estos lugares son elegidos de antemano, pues para las nuevas plantaciones hay que prepararlos con tiempo, ya que los cafetales requieren una siembra previa de árboles de sombra, cuya misión es preservar los cafetos de los fuertes rayos del sol y a sus frutos de los copiosos aguaceros durante la estación lluviosa. Las siembras se hacen en hoyos de aproximadamente una vara (0,835 m.) de lado y de la misma profundidad.

Los nuevos cafetos empiezan a producir frutos a los tres o cuatro años, y están en plena producción a los cinco o siete años, según la altura de las plantaciones.

Cuando el fruto adquiere un color rojo claro empieza la recolección, que coincide generalmente con la salida de las aguas, hacia el mes de noviembre; el corte de las cerezas se hace a mano y con gran cuidado de no tronchar las ramas que, muy flexibles, facilitan la operación, y en este momento, y después del corte, empieza la parte mecánica o industrial de la semilla.

Desde los cafetales son enviadas las cerezas en uva, que así se llaman, a las factorías o "beneficios", y la primera operación en éstos es la de despulparlas, lo que se hace en máquinas especiales —que dejan los granos ya separados y envueltos por una cubierta mucilaginosa que se elimina, después de pasar por unas pilas de fermentación— por medio de un lavado concienzudo que se verifica en pilas o canales.

Después de bien lavadas las semillas, se extienden sobre grandes patios con piso de ladrillo de barro cocido y en donde permanecen al sol hasta dar punto, y entonces el café aparece recubierto por una película con toda la apariencia del pergamino. A continuación, este café en pergamino pasa a otras máquinas, en las que se elimina esta película, y de ahí a su limpieza y selección, que se hace a mano, para apartar todo grano



DIEZ MILLARES DE SACOS DE 60 KILOS

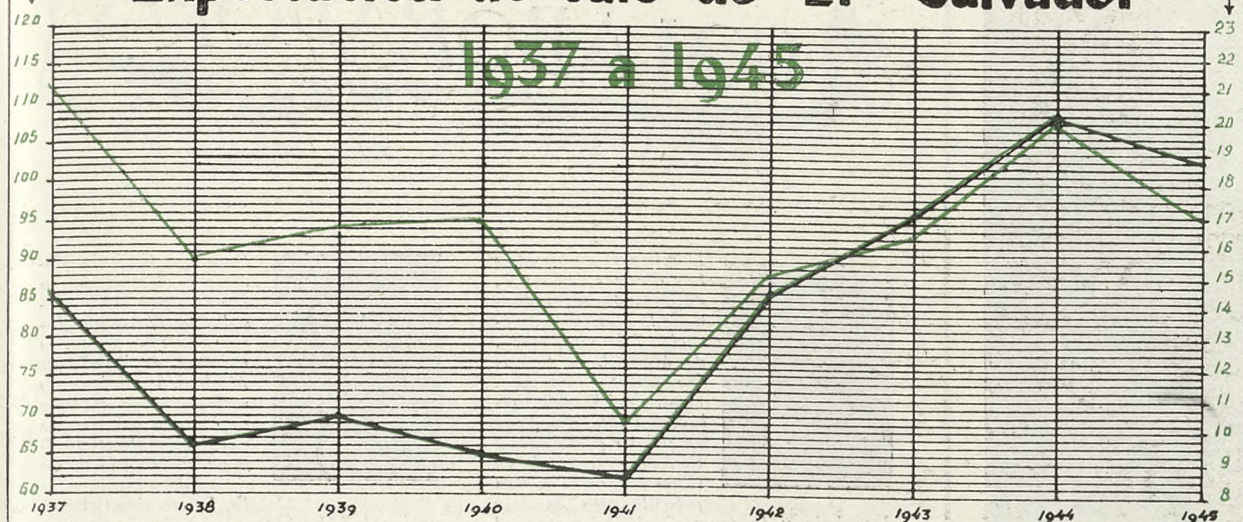
CANTIDADES

MILLONES DE DOLARES

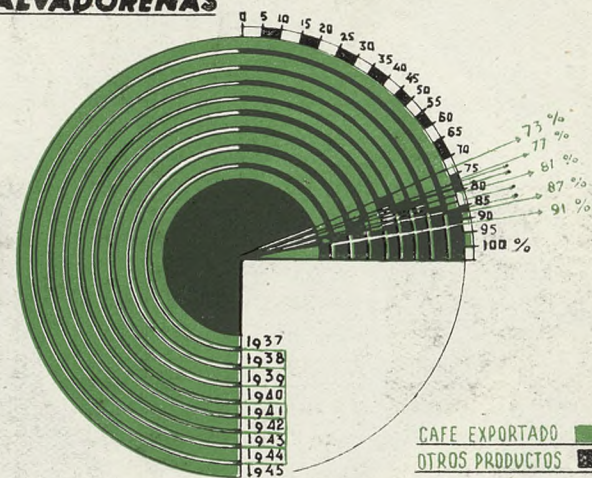
VALORES

Exportación de café de El Salvador

1937 a 1945



PORCENTAJES QUE DE 1937 a 1945 OCUPÓ EL CAFÉ EN LAS EXPORTACIONES SALVADOREÑAS



manchado o defectuoso. Las semillas así obtenidas se denominan café lavado en oro.

También, aunque en menor escala, y en sitios donde estas operaciones de lavado se dificultan, se secan las cerezas después del corte en patios, donde permanecen al sol de veinte a veinticinco días, para después tratarlas con otras máquinas que privan a estas semillas de la pulpa y el pergamino, y a esta clase de café se le conoce con el nombre de café corriente.

En la producción del café prepondera de manera acentuadísima la mano del hombre. No existe cultivo alguno donde intervenga tan decisivamente el factor humano, y ha sido necesaria la alta densidad de población de El Salvador para haber hecho posible el milagro del café; la máquina tiene muy poco que hacer en un cafetal.

Ocupa El Salvador el tercer lugar entre los países productores de café en el mundo en cuanto a su cantidad absoluta, y el primero en cuanto a la proporción entre su extensión territorial y la producción, aproximadamente 1.648 kilogramos por kilómetro cuadrado; Haití le sigue con 1.031 kilogramos. El área cultivada es la novena parte del territorio nacional.

La importancia de este cultivo en la economía nacional es decisiva: es su principal riqueza y base fundamental de sus en-



tradas fiscales, representando un promedio del 80 por 100 de sus exportaciones totales, que permiten al país mantener un cambio fijo con relación al dólar y disponer con amplitud de los giros necesarios para sus importaciones.

La laboriosidad característica del salvadoreño ha tenido que vencer innumerables obstáculos —principalmente la escasez de agua—, para equiparar la calidad de su café con la de otros países que la tienen en abundancia; pero, con todo, los resultados son sorprendentes: en 1870 el café significaba el 1 por 100 del total de la exportación; en 1879 ésta era ya mayor que la del añil —cultivo principal en aquel entonces—; en 1894 llega al 76 por 100; en 1900 se exportan 300.000 quintales de 46 kilogramos; en 1920, 450.000 quintales, y actualmente llegamos a 1.300.000, y esta tesonera labor del trabajador salvadoreño en el aspecto técnico ha culminado con la creación —con base en el café— de instituciones como la Asociación Cafetalera, el Banco Hipotecario y la Compañía del Café, pilares de una sólida estructura económica.

Si los precios del café se mantuvieran proporcionales a los altos costos de producción, se podría asegurar una era de prosperidad para la industria cafetalera, que es tanto como decir de bienestar para el país entero.



MANUEL SE VA A AMERICA



"No sé si tú, Platero—pregunta cándidamente Juan Ramón a su amigo—sabes ver una fotografía. Yo se las he enseñado a algunos hombres del campo y no ven nada en ellas..."

Parece que estoy contemplando la escena. Platero movería un poco su noble cabeza de algodón, alzaría hasta el poeta sus ojos redondos y le diría con ese lenguaje mudo de las bestezuelas: "Vamos, Juan Ramón; no te engalles como un hombre cualquiera. Si la fotografía es de verdad, igual que yo la entenderán todos los vecinos de Moguer, como entienden la lluvia, las nubes, el sol y todo lo que de veras existe. ¿Me explico bien, amigo?" Y el poeta, tan fatuo como todos los poetas, pasaría su mano por la frente peluda de Platero esquivando la mirada de los ojos mansos, redondos, y le contestaría de fiño: "Platero; ¿qué sabes tú de estas cosas de los hombres?"

Claro que en aquella hora feliz del diálogo las "fotos" de Manuel no andaban rodando por el mundo. De haberlas visto Juan Ramón, no hubiera disparado la pregunta que cortó en seco el trotecillo de Platero.

Por aquel tiempo, Manuel—el artista que ahora se nos escapa a América—no había decidido su estupenda vocación de cazador de imágenes. Andaba aún por las calles de Córdoba, serio, espigado, trascendente, como tienen que ser los cordobeses, apretando en su mano nerviosa el naipe incierto de la fama.

—¿Cuándo vas a Madrid, Manuel?—le decían las gentes.
—Pronto, muy pronto.
—A ver si hay suerte.
—A ver.

Y un buen día, Manuel, con ese su aire marchoso de matador de rumbo, clavó su cartel de desafío en la misma capital de España. Desde entonces a esta última exposición suya—precursora de la del Waldorf Astoria de New York—ha transcurrido mucho tiempo. El tiempo justo para que el mozo cordobés desplegara su gran verónica en el difícil ruedo madrileño asombrando a las gentes.

Bueno—preguntarán algunos—, ¿es que a la postre tiene tanta importancia ser fotógrafo? Depende; en el arte como en el buen vino, la graduación es lo que cuenta. Ser un fotógrafo discreto en España, apenas si tiene importancia. Ser el "As de nuestra militante fotografía", como ha calificado Eugenio d'Ors a Manuel, tiene ya un rango y una categoría definida. Acaparar la atención más allá del mar y las fronteras, esto, amigos, es algo serio y trascendente. Y esto, nada más y nada menos, es lo que ha conseguido Manuel. Y lo ha conseguido sin gritos, sin desplantes, sin "pose", ganándose día a día por la mano un nuevo secreto al oficio. En cada "foto", digámoslo como justo homenaje, Manuel se ha jugado audazmente todo el resto de sus posibilidades artísticas. Y Dios ha puesto lo demás. Lo demás es la Vida, esa luz que se quiebra en los ojos, ese calorillo suave que parece desprenderse de la piel, esa clara y maravillosa transparencia de la imagen, esa difícil sencillez de lo perfecto y acabado.

"Yo siempre he buscado la verdad en mi arte"—ha dicho muchas veces Manuel—¿Y qué es la Verdad? "Aquello que es", responden con el laconismo de un parte militar los filósofos. Manuel ha encontrado la Verdad. ¿Por qué no había de encontrarla entre los ácidos y las cubetas, las sales y los hiposulfitos? Pues bien; con el secreto de esa Verdad universal, Manuel va a deslumbrar ahora a los opulentos banqueros neoyorquinos. Es posible que lo cubran de oro como a un buey; pero esto ya sé que no le importa nada al artista. (Yo le he visto negarse cien veces a ejercitar su arte ante un rostro vulgar e inexpressivo.) Y es que a Manuel le pasa lo que a aquel diestro de ironía, que se negaba a torear, por dinero, ante determinado público, con estas sagradas razones:

—Un duro mío—afirmaba—no es como el de los otros, que se compone de mugre y plata; en un duro mío hay mucha aleación de sangre.

Para Manuel, en sus "fotos", lo que menos cuenta es el precio; por eso os dije antes que permanecería impasible a los cheques neoyorquinos. Reconozcamos que hace bien en adoptar esa postura. No hay nada capaz de pagar todo el amor, toda la fiebre, toda la inquietud que el artista pone en cada obra. No, no es el afán de lucro lo que lleva a Manuel al Nuevo Continente. Sólo el ambicioso deseo de asombrar en el nombre de España a otras gentes arranca a nuestro amigo de su amado rincón de la Gran Vía. Manuel en New York, en Europa o en China, estará en su justo sitio de siempre: quieto, clavado en su terreno, arimándose cada vez más al toro de la dificultad, corriendo después suavemente su diestra mano cordobesa; la mano con la muleta negra de Daguerre y Niepce.

"Hacer estas "fotos"—ha dicho Manuel—es como torear al natural".

¡Mentira, mentira!—Ahora que el artista se nos va, hay que dejarle bien claros los conceptos—. Hacer esas "fotos" es algo más difícil. Es parar el natural en su momento justo. Ni antes, ni después; fijarlo en el límite preciso de la belleza pura. Ese y no otro es el estupendo secreto de la escuela clásica: el de haber detenido el movimiento entre el mal gusto o la mediocridad; es decir, en el fiel exacto de la gracia. Ese y no otro es el secreto de Manuel.

Y vamos a decirle adiós de una vez al viajero.

Manuel se marcha a New York llevando en sus maletas el maravilloso tesoro de sus "fotos". Ahora: ¡Buena mar, Manuel, buena mar a la ida y al regreso! Ya ves: el éxito lo juzgamos tan seguro, que no queremos cansar a Dios pidiéndole lo que está dado de antemano.

V I C E N T E E S C R I V A

Nuestros COLABORADORES



Domingo Viladomat es hoy director de "cine", después de haber fundado la revista de decoración "Arte y Hogar", de Madrid, de la que fué director artístico. Dentro del "cine", Viladomat obtuvo en 1946 un primer premio en el Concurso español de Cinematografía con su película corta "El amor el trabajo y la muerte". Viladomat es el autor de la portada de este quinto número: "Española de Montehérmoso".



Santiago Galindo Herrero es licenciado en Derecho por la Universidad de Zaragoza. Joven aún (27 años), es redactor de "Ya", de Madrid, y colabora en numerosos periódicos de España sobre temas políticos y sociales. Actualmente Secretario de los cursos de periodismo de la Universidad Internacional "Menéndez Pelayo", de Santander, donde ha dado cursos de conferencias sobre legislación y política de prensa.

Nacido en 1913, redactor de extranjero en "La Epoca" a los 17 años, licenciado en Derecho a los 18 y director del diario "Arriba", de Madrid, a los 26—cargo en el que continúa—, Xavier de Echarri es uno de los más brillantes periodistas de la generación de la guerra española. Profesor de la Escuela de Periodismo, de Madrid, en 1942 ganó, con sus artículos, el Premio Nacional de Periodismo "Francisco Franco".



María Ontiveros, hija de diplomático español, nació en La Guayra (Venezuela), pasando gran parte de su vida por tierras de América. En 1933 publicó "Remanso", volumen de poesías prologado por Concha Espina. Colabora en numerosas revistas hispanoamericanas y su nombre figura en muchas antologías. Joven aún, ha obtenido codiciados premios en certámenes literarios argentinos, colombianos y españoles.



Entre las firmas más frecuentes en los periódicos hispanoamericanos figura la de Carlos Dávila, periodista también hispanoamericano, que desde Nueva York ofrece cotidianamente sus comentarios sobre la percusión del mundo en aquel meridiano. En su artículo "Cómo nos llaman" (página 8), Carlos Dávila recuenta y analiza objetivamente las denominaciones gentilicias más usuales para el ámbito hispánico.

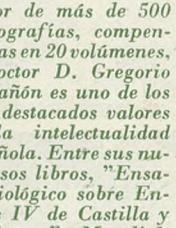
José María Pemán, brillante escritor y orador, nacido en Cádiz, alcanzó la popularidad en 1934 con el éxito clamoroso de su drama "El Divino Impaciente". Sus poesías, obras teatrales ("Vendimia", "La casa", etc.) y novelas son muy conocidas y celebradas. Desde 1940 hasta hace poco, ha sido director de la Real Academia Española de la Lengua. Actualmente se publica, en varios volúmenes, su obra completa.



Médico, escritor y ensayista, el doctor Blanco Soler cultiva, desde sus años mozos, la investigación científica, la literatura y la crítica de arte. Tiene publicadas nueve obras de medicina y seis literarias, que alcanzaron un gran éxito. Actualmente trabaja en la figura de Mateo Vázquez e investiga la enfermedad y muerte de San Juan de la Cruz. De su libro "Comilones y sedientos" es el artículo de la página 37.



Autor de más de 500 monografías, compendadas en 20 volúmenes, el doctor D. Gregorio Marañón es uno de los más destacados valores de la intelectualidad española. Entre sus numerosos libros, "Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo". Mundialmente conocido, pronunció conferencias en las cátedras de las más célebres Universidades. Varios homenajes internacionales ponderaron su obra magnífica.



Sobre ser un gran alpinista, Enrique Herreros es uno de los mejores y más originales humoristas españoles de hoy. Medalla de plata en el XXVII Saló de Humoristas (1942), fueron ruidosas sus exposiciones de óleos (1942) y de parodias de cuadros famosos del Museo del Prado (1944). Herreros es autor de la eutrapélica estampa goyesca que figura en nuestra página 42. Actualmente es, además, director de "cine".

Español de la provincia de Guadalajara, José Sanz y Díaz ejerce el periodismo desde 1933. Fué correspondiente en París de "Prensa Asociada", viajó por Alemania, Bélgica, Francia, Portugal y Suiza, y es autor de varias biografías y novelas: "Espigas de humo", "El precio de la gloria", "Prisioneros", "Legazpi", "Narradores hispanoamericanos", "Los grandes cuentistas, americanos del siglo XX", etc.



La producción cinematográfica en la ARGENTINA

(VIENE DE LA PAGINA 46)

máxima del cine argentino. La dirección de este film, que figuró en cartel por espacio de catorce semanas en un cine de Buenos Aires, estuvo a cargo de un debutante, que quedó definitivamente consagrado: Hugo Fregonese. "Celos", versión de la "Sonata de Kreutzer", otra realización argentina de categoría, donde el clima de la novela de Tolstoi está plenamente logrado. La voz modulada de Pedro López Lagar y la gran belleza de Zully Moreno se adueñan del espectador en la descripción de un alma atormentada que lucha contra una obsesión y que al sucumbir malogra dos vidas. "Camino del infierno", de tono psicológico, reúne a cuatro artistas de fuerte personalidad: Mecha Ortiz, Elsa O'Connor, Amelia Bence y Pedro López Lagar. "El Angel desnudo" marcó el estrellato de Olga Zubarry; "La honra de los hombres", versión de la renombrada obra de Benavente; "María Rosa", inspirada en la obra de Guimerá, como asimismo "Las tres razas", en la de Enrique Pareja Díez Cansedo, "Chiruca", "El viaje sin regreso", "Lauracha", "Albergue de mujeres", "Cristina", emocionan y deleitan por su fondo humano.

Entre las películas de carácter religioso sobresalen "Rosa de América" y "Milagro de amor", principalmente la primera, que relata la vida y la obra de la Santa de América. Es notable la gran fidelidad de las construcciones y del ambiente de Lima a principios del siglo XVII, plasmado en sus iglesias, casas, calles, vestuario y costumbres. Delia Garcés compone magistralmente el místico personaje, cuya pureza y fanatismo impregnan la película de un profundo sabor religioso. De la leyenda de "Margarita la tornera" se extrajo el asunto de la segunda, excelente por la reconstrucción de la aldea española en su vida y costumbres y por la belleza de algunos de sus cuadros.

Entre las de índole musical: "La maja de los cantares", que ofrece animadas canciones, buenos cuadros coreográficos y ambiente andaluz logrado. Sus intérpretes, españoles en su mayoría, subrayan su gran calidad. "Inspiración" presenta pasajes de la vida de Franz Schubert, con vagas alusiones a la situación política de la época en Austria; centra la acción en su malogrado romance con Ana Stein, y se escucha la hermosa música de las artistas, excelentemente aprovechada a través de las voces de Concepción Badía, Marisa Landi y sus coros. "Cinco besos", deliciosa comedia musical, con espectaculares cuadros revisteriles y risueños incidentes. "Mosquita muerta" explota el mismo tema del film francés "Mademoiselle Nitouche", dando ocasión a Niní Marshall para desplegar su gracia picaresca. "Adiós, pampa mía" constituye un verdadero acierto comercial por la utilización del popular cantor Alberto Castillo. La trama del argumento es simple, de acción movida y de repercusión directa en sus emociones. Sugerentes los extraños "ballets", con coreografía e intervención de Mercedes Quintana.

La serie de comedias, diez en total, algunas inspiradas en temas extranjeros y las más con argumentos propios, entretienen y divierten al espectador con su chispeante y limpia gracia. En orden de méritos son: "El diablo andaba en los choclos", "Un beso en la nuca", "Deshojando margaritas", "La tía de Carlos", "Tres millones y el amor", "Soy un infeliz", "No salgas esta noche", "Capitán Pérez", "Un modelo de París", "Adán y la serpiente".

El año último, es para la cinematografía argentina un año fecundo, pues la gran demanda de películas de habla española lo ha colocado en una posición preminente; por otra parte, las visitas a las playas argentinas de figuras de tan destacada actuación como Marcel Pagnol, Emil Janning, Dolores del Río, Arturo de Córdoba, Mapy Cortés, Carmen Miranda, etc., dicen lo bastante de su actual importancia. La Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de Hollywood exhibió en su sala de proyecciones privada la película "Donde mueren las palabras", y sus

miembros, todos ellos actores y actrices de renombre universal, aplaudieron cálidamente los valores del film.

La pasada temporada argentina se inició con el estreno de "Romance musical", cuyos principales intérpretes, Libertad Lamarque y Juan José Minguéz, constituyen una agradable pareja de enamorados, envueltos sin querer en una situación embarazosa, llena de equívocos, que no les permite declararse su mutuo amor, hasta que todo se resuelve favorablemente. Esta graciosa comedia permite el lucimiento de la célebre cancionista argentina, tan querida y admirada por los públicos de América; no sólo constituye la principal atracción del film, sino que le confiere categoría en su género y un amplio éxito comercial. Sucesivamente se exhibieron "Corazón", "Albéniz", "Un marido ideal", "Treinta segundos de amor", "Los hijos del otro".

Todo el caudal emotivo del famoso libro de Edmundo de Amicis, "Corazón", ha sido captado en la versión cinematográfica a través de una serie de imágenes llenas de sugestión y poesía. Se reviste en forma gráfica un año de clase: los problemas de la escuela, el maestro severo y comprensivo, el niño travieso, el mejor alumno, y los inolvidables cuentos mensuales que fueron hilvanados con acierto, en simbólico y educativo ejemplo para el alma infantil, en su exaltación del respeto, el cariño y el valor, como virtudes esenciales en el ser humano.

Con "Albéniz", el cine argentino muestra de lo que es capaz en el terreno de las biografías noveladas. Isaac Albéniz llenó una página luminosa en la historia artística de la Península y conquistó en la música universal un puesto privilegiado. Llevar a la pantalla la vida azarosa del insigne maestro reclamaba un inquebrantable propósito de superación. Así lo entendieron el adaptador, el director Luis César Amadori, los intérpretes Pedro López Lagar, Sabina Olmos y Marisa Regules, y los técnicos y productores.

"Un marido ideal" y "Treinta segundos de amor" son dos comedias agradables y entretenidas, ambas adaptaciones de la obra homónima de Oscar Wilde y de Aldo de Benedetti, respectivamente. "Los hijos del otro" es una comedia dramática, de profundo contenido humano y hermosa lección moral.

La comedia romántica "El gran amor de Bécquer" narra las desventuras del poeta español. La poesía inmortal de sus "Rimas" satura la película con un halo de belleza incomparable. Protagonistas y paisajes tienen el sello de su melancolía y reminiscencias de su exaltado amor.

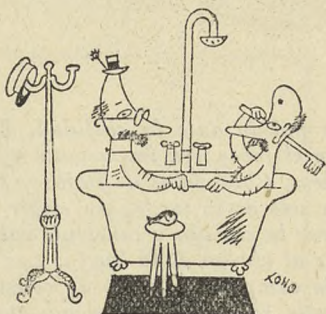
Entre los acontecimientos más notables respecto a la industria argentina cinematográfica, Argentina Cultural y Artística (C. A. C. Y. A.), Cumbres, Alfar, Emelco, Film Andes, S. A., y distribuidoras, destaca la explotación en el exterior por medio de una publicidad inteligente; el intercambio de artistas directores, productores y libros; la realización de películas cortas de carácter pedagógico para ser exhibidas en las escuelas; profusa filmación, documentales, como un medio de divulgación; la creación de un Banco cinematográfico, que dependerá del Banco Central, a fin de que los productores tengan una fuente natural de recursos que les permita trabajar sin influencias extrañas.

La Argentina se ha propuesto una mayor liberalidad en los premios de estímulo, la creación de una escuela dramática, la exención de impuestos al material destinado a filmadores y laboratorios locales y otras iniciativas similares en beneficio de una industria que por sus propios medios ha alcanzado ya floreciente madurez técnica y artística, contando actualmente con cincuenta directores especializados argentinos y sólo un técnico norteamericano.

Actualmente la Argentina ocupa, por el número de sus cinematógrafos, el primer lugar entre los países de Centro y Sudamérica, y el segundo con respecto a América.

De un total de 1.680 cinematógrafos que existen en la Argentina, 197 corresponden a la ciudad de Buenos Aires. Sus principales salas de estreno son las que poseen mayor número de localidades, que oscilan entre dos y tres mil. Sin embargo, el cinematógrafo más importante por su capacidad no está situado en Buenos Aires, pues es el "Real", de la ciudad de Rosario, con cuatro mil asientos. La provincia de Buenos Aires cuenta con 540 salas.

FELIX ARRANZ DE LA CALLE

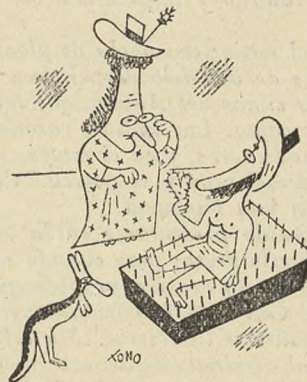


A LA BUSCA DEL TAXI

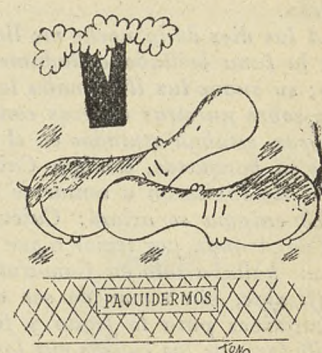
—Bueno; usted se baña todo lo que quiera, pero luego me lleva a Fuencarral, 18.



—Ayer me llevé un producto para matar ratones; pero como no tengo ningún ratón en casa, vengo a ver si usted puede venderme alguno.



—Sí. No puedo dormirme si no tomo antes un poco de cactus.



—Pues yo he creído siempre que éramos hipopótamos.

EL CRIMEN de HAI-MERÚ

Un relato de la selva guayanesa

(V I E N E D E L A P Á G I N A 3 6)

"casa grande"; como a las diez de la mañana llegaron dos indios y hablaron con Yacoy, en seguida se me acercó Yacoy y me dijo:

—Capitán "Colorao" quiere que tú vaya a la casa.

—¿A su casa? ¿A qué?—le pregunté.

—A comé cumachí.

Llegamos a la casa de "Colorao"; sentadas en el suelo, al lado del fogón que a cada una le corresponde, estaban las cuatro mujeres del capitán. Debemos advertir que los arecunas son polígamos y que pueden tener tantas mujeres como puedan mantener, aunque generalmente ocurre que los perezosos son los que más mujeres tienen. En cucullas, en redor de una tosca olla de barro, llena de caldo de ají y rodeada de trozos de cazabe, se hallaban "Colorao" y dos indios que me eran desconocidos; apenas hube entrado, me invitaron a comer, y una de las indias me obsequió con una totuma colmada de cachirí.

—¿Quiénes son esos indios?—le pregunté en voz baja a Yacoy.

—Caicusé y su papá—me contestó.

Súbitamente vino a mi memoria el recuerdo del crimen de Hai-Merú; disimuladamente eché un vistazo a los dos extraños personajes. Contrariamente a lo que había supuesto, Caicusé era un indio de buen porte, alto y fornido; tenía bigotes y las piernas velludas, cosa muy rara entre los indios. Tanto Caicusé como su padre estaban bien armados con arcos, flechas, escopetas de dos cañones y amolados machetes.

"Colorao" se dirigió a mí, y Yacoy tradujo:

—Caicusé viene a buscá a ti pa que vaya a parrandía a su casa.

—¿Dónde queda la casa?—le pregunté.

—En Royatapó, a orilla Unarima.

Recordé que el Unarima nace en el Auyán y desemboca en el Acanán, aproximadamente, a dos kilómetros, aguas abajo, del puerto de Camarata; pero confieso que me inquietaba la presencia de Caicusé; así es que me apresuré a contestar:

—Dígale a Caicusé que siento mucho no poder ir hoy a su casa, porque me duele la cabeza; pero que dentro de dos o tres días tendré el gusto de hacerle una visita.

Caicusé replicó en seguida:

—Tú tener que ir, porque fieta e pa ti; allá toro lito eperando a ti.

La insistencia me preocupaba; medité un instante y comprendí que era inútil oponerme, pues estaba solo, rodeado por más de cien indios; de manera que era forzoso tirar los dados y confiar en Dios y en mi buena suerte.

El camino de Royatapó era un estrecho sendero que se orientaba directamente al Auyán Tepuí. Marchábamos en fila india; el primero era Caicusé; le seguía su padre, un viejo de arrugada piel y cabellos negros; en seguida, el capitán "Colorao", Yacoy y yo. Caicusé disparaba las saetas para que cayeran al borde del camino; al pasar, las recogía y las volvía a disparar. Repitió esta operación durante todo el trayecto; comprendí que trataba de hacerme una demostración de su destreza en el manejo del arco. Ya muy cerca del pie del Auyán, el camino torció a la derecha y entramos en un bosque por una angosta trocha; pasamos el Unarima por un puente formado por el grueso tronco de un araguaney y llegamos a Royatapó, dos casas a orillas del Unarima, en medio de un campo de yucas, ajíes y bananos.

Las chozas estaban repletas de indios; el capitán "Colorao", que era piatsan, inauguró el baile con la danza mabarí, que tiene un carácter religioso. Me tranquilizó un tanto la cordial acogida que me dispensaron las hermanas de Caicusé, encargadas de repartir las bebidas.

A las cuatro de la tarde le dije a Caicusé que ya era hora de regresar a Camarata; pero me contestó con la mayor frescura que yo no podía irme hasta que no terminara la fiesta. Le objeté que había dejado la hamaca y la linterna eléctrica en Camarata, pero me ofreció proporcionarme lo que pudiera necesitar. Pensé en aquel momento que la obsequiosidad de las hermanas de Caicusé era inspirada por el avieso deseo de emborracharme; pero ya no era posible retroceder en aquel camino y empecé a beber sin medida.

A las diez de la noche me llamó Yacoy al patio; era noche de plenilunio; la luna brillaba calladamente en medio de un cielo despejado y sereno; su suave luz iluminaba las empinadas cimas del Auyán, que refulgían sobre nuestras cabezas con indecible encanto. Los indios, varones y hembras, estaban sentados en el suelo, formando corro, y en el centro, sentados en banquetas, estaban Caicusé, su padre, Yacoy y el potorú "Colorao". Me invitaron a sentarme a su lado, en una banqueta.

El enigma se aclaró: Caicusé había rehuído presentarse en la estación de Acanán por temor a que pudieran hacerle preso; pero cuando supo que me hallaba solo en Camarata, pensó que era la ocasión propicia para justificarse, sin temor de ser aprehendido. Con esta intención hizo los preparativos para la fiesta y fué con su padre a invitarme. Me refirió detalladamente las causas que los indujeron al asesinato de los extranjeros. Reunidos en la posición que he indicado, Caicusé empezó el relato, que Yacoy traducía.

* * *

A principios de 1914 llegaron dos norteamericanos a San Pedro de las Bocas e hicieron solicitud de bogas y guías para continuar viaje hacia Camarata. Se decía que los americanos poseían el plano de un tesoro que yacía enterrado en las cercanías de Camarata; sin duda alguna, proyectaban una exploración de minas, pues llevaban las herramientas que se utilizan en esa clase de labores: barras, picos, palas, bateas y una caja de cartuchos de dinamita. Los vecinos de San Pedro les recomendaron al "capitán" Raimundo, indio semicivilizado que residía en el salto de Tayucay, situado a cuatro jornadas de San Pedro, río arriba.

La expedición salió de San Pedro en dos curiaras pequeñas; la componían los dos americanos, el capitán Raimundo y tres indios recién venidos de Camarata, llamados Caicusé, Casilva y Ereimón, a quienes contrató Raimundo para el viaje.

Uno de los americanos era ya entrado en años, de mediana estatura, gordo; gastaba larga barba entrecana. El otro era joven, alto, delgado y de azules ojos, y hablaba medianamente el castellano. El viejo no conocía ni una palabra de nuestro idioma; como no recordamos sus nombres, los llamaremos, como lo hacía Caicusé, el Viejo y el Joven.

Pintar los peligros de la navegación por el Caroní pudiera parecer



hiperbólico; pero todo cuanto se diga es pálido ante la realidad. Desde las primeras jornadas se hizo patente que el joven era impaciente y colérico; a cada momento insultaba a los indios, tildándolos de flojos y haraganes; no les permitía atracar sino a las seis de la tarde, sin elegir sitio y sin darles tiempo necesario para preparar la comida y construir cobertizos de ramas para guindar los chinchorros al abrigo de la lluvia. Los norteamericanos llevaban cómodas tiendas de campaña y potes de conservas alimenticias; el joven comía tranquilamente, sin tomar en cuenta que los indios tenían más necesidad de alimentos que ellos; el viejo era compasivo: no se sentaba a comer sin llamar previamente a los indios por señas y ofrecerles parte de su ración.

Cuando llegaron a la desembocadura del Carao, era ya bastante crítico el desacuerdo entre el joven y los indios; y se agravó la situación

cuando, cuatro días después, al llegar a las tres de la tarde al raudal de Cuimapá, en el Carao, los indios manifestaron su decisión de pernoctar allí, porque estaban cansados. El joven se enfureció y dió un violento empujón a Raimundo.

En la mañana del siguiente día le dijo Raimundo al joven que, para evitar inconvenientes, habían resuelto regresar a Tayucay en una de las curiaras y dejarles la otra para que ellos continuaran solos su viaje a Camarata; el joven dió un salto, encolerizado; agarró a Raimundo por el cuello, le sacudió brutalmente y, poniéndole en el pecho el cañón de un enorme revólver, le gritó:

—Usted me lleva a Camarata o lo mato.

—Sí, te yevamo—contestó Raimundo, forcejeando por desasirse de la hercúlea mano del norteamericano.

Se embarcaron y continuaron viaje; apenas salieron del puerto, Raimundo advirtió a sus compañeros:

—Donde acampemos esta tarde tenemos que matar a ese perro rabioso.

Mientras remaban, los indios, hablando en su idioma, que era completamente desconocido para los norteamericanos, convinieron en que era forzoso eliminar al joven; en cuanto al viejo, todos le estimaban, y opinaron que no le matarían.

Poco después de haber subido el raudal de Tabayurén, que es muy largo y de impetuosa corriente, llegaron a la diminuta playa situada al pie del Hai-Merú. Aunque sólo eran las dos de la tarde, el joven, quizá arrepentido de la actitud que había adoptado en la mañana, resolvió pernoctar allí.

El joven guindó la hamaca bajo los árboles, encendió la pipa y se tendió cuan largo era. El viejo hizo fuego y puso una cacerola sobre tres piedras para preparar té, al cual era muy aficionado. De los indios, los más jóvenes, Casilva y Ereimón, tuvieron miedo y no quisieron presenciar la escena: se embarcaron en una de las curiaras, atravesaron el río y guindaron sus chinchorros al pie del moriche, en la ribera opuesta.

Raimundo y Caicusé habían cargado las escopetas como para matar algún danto o tapir, que es el animal más corpulento de la fauna guayanesa. El joven fumaba su pipa con los ojos entornados cuando Raimundo le disparó la escopeta a boca de jarro; el norteamericano dió un colosal salto, profiriendo un espantoso grito, y cayó de espaldas. Al ver el viejo que su compañero había sido asesinado, sacó el revólver que llevaba en el cinto y disparó contra Raimundo. Al momento disparó Caicusé, y el viejo dejó caer el revólver y se llevó las manos al abdomen; en seguida, tambaleándose, el viejo se encaminó a la caja de dinamita, sacó un cartucho, prendió la mecha con tizón y, al apoyarse en el tronco del caruto para lanzar la dinamita a los indios, le estalló en la mano; su cuerpo se desplomó, horriblemente mutilado.

* * *

Al llegar a este punto de la narración, interrumpieron todas las indias para decir que en Camarata se había escuchado el estruendo de la explosión, que retumbó estrepitosamente en los profundos antros del Auyán.

* * *

La explosión de la dinamita tronchó la rama más vigorosa del caruto, para que se irguiese por muchos años como mudo testigo de la tragedia.

El disco del sol, envuelto en rojo manto de nieblas, se hundía detrás de los altos picos del Auyán e iluminaba con sus postreros destellos los ensangrentados cuerpos de los atrevidos exploradores, que luego dormirían el sueño eterno bajo el dosel de la selva inmensa, en medio de aquellos tétricos parajes donde jamás una mano piadosa colocaría una flor sobre su tumba.

J O S E B E R T I

LOS LECTORES

también escriben

Invitamos cordialmente a nuestros lectores de todas las latitudes a que nos escriban comunicándonos sus opiniones y orientaciones útiles para nuestra Revista, sobre las relaciones culturales, sociales y económicas entre los 23 países a quienes va dirigido MVNDO HISPANICO o a propósito de perfiles ingeniosos o interesantes de la vida de estos pueblos.

Abrimos esta columna para reproducir tales comunicaciones y también aquellas cartas breves, enojadas u ocurrentes que nos vengan por la tierra, por el mar o por el aire y que a juicio de la Revista merezcan ser redimidas de la oscuridad del anonimato o de la esterilidad del aislamiento.

Los autores de las cartas publicadas recibirán, gratuitamente, el ejemplar de MVNDO HISPANICO en que aparezca su comunicación y nuestro comentario.

Sr. Director de la Revista MVNDO HISPANICO.—Calle de Alcalá Galiano, 4, Madrid (España).

Distinguido señor mío:

He visto y leído con sumo agrado los dos primeros números de la revista MVNDO HISPANICO, que ha sido recibida con gran alegría en todos los medios de esta capital chilena. Yo espero, señor Director, que los sucesivos números nos lleguen con la misma brillantez y análogo contenido, que tan acertadamente recoge las primordiales características de las 23 naciones que integran la magna comunidad hispánica.

Permítame, no obstante, que le haga una sugerencia, y que le agradecería muchísimo la atención, caso de que fuera realizable y que usted juzgara de interés para figurar en las páginas de tan hermosa publicación: se trata de que MVNDO

EL TEATRO COLON DE BUENOS AIRES

(VIENE DE LA PAGINA 29)

nolios y ombúes, que ponen un marco de belleza bajo el cielo estival presidido por la Cruz del Sur.

Pero los espectáculos, la organización y la dirección de este gran teatro, no se produce ciertamente por generación espontánea. Una de estas tardes, merodeando por los frescos salones del Colón cerrado en verano, tuvimos ocasión de charlar con algunos de sus directivos. Cuando conocieron los verdaderos móviles de nuestro curioso —ponernos en ambiente para enviar estas cuartillas a MVNDO HISPANICO— nos dieron una consigna: "Vea y diga lo que quiera, pero, por favor, ni un solo nombre..." ¿Qué más grato para un español que quebrantar consignas, ir contra corriente, por dirección prohibida o quebrantar regímenes alimenticios? Por eso no hemos de terminar esta evocación sin decir que cuatro columnas de vastas dimensiones sostienen el andamiaje espiritual de este gran coliseo: el secretario de Cultura, nuestro gran amigo Raúl Salinas (en su solapa luce el distintivo de la Cruz del Mérito Civil de España); el viejo (no por los años, sino por la marrullera experiencia de tanto andar entre ese complicado mundillo de telón adentro) Cirilo Grassi, director del Teatro, la minuciosa administración puesta bajo la advocación de Ricardo Marín, y la impalpable, pero necesaria presencia de Ernesto de la Guardia, crítico musical, regidor de la Biblioteca y el Museo y hombre de extraordinaria finura espiritual y cultural.

Quede así entrevistado el Teatro Colón de Buenos Aires y caiga sobre la escena el telón de estas páginas evocadoras.

J O S É I G N A C I O R A M O S

Sr. D. Luis Ulises Salazar.
Chile.

Distinguido amigo nuestro:

Con sumo gusto y por considerarla interesantísima, publicamos su carta en esta sección.

Atendiendo su sugerencia, en uno de los próximos números de esta revista nos ocuparemos de relatar la procedencia de alguno de los ilustres linajes de nuestros conquistadores, reproduciendo, a todo color, sus bellos escudos. Este trabajo será seguido de otros muchos que muestren a las 23 naciones que integran el Mundo Hispánico la nobleza de sus antepasados más ilustres.

Esperando quede complacido y rogándole nos escriba dándonos su parecer cuando vea publicado el artículo a que hacemos referencia, le saluda atentamente,

MVNDO HISPANICO.

Señor Director de MUNDO HISPANICO.
Madrid.

Distinguido señor: No, ¡por Dios!, no cambien México por Méjico. Ya en mis tiempos de dictado discutía con el profesor de gramática sobre ello:

—Señorita, se escribe México con j.
—Pero los mexicanos—respondía yo—lo ponen con x.

—Usted no es mexicana.
—En México se escribe así.
—Pero no está usted en México.
—Tampoco México está aquí...
En fin, nos armábamos un lío. Yo seguí escribiendo México, aunque, justo es decir que el señor me dejó por imposible.

LOS LECTORES

también escriben

No crea que esto lo hiciera yo por testarudez—en aquellos tiempos era una buena chica—, había otra razón: México es una linda palabra, huele a vainilla y sabe a mezcal, evoca fuertes y trágicos amores, luz y color, con violentas sombras; llenaba mis ansias de heroína castellana. Remontándome... hasta veía a Huitzilopochtli al frente de los aztecas. En cambio, la palabra Méjico no me evocaba nada; si acaso, la Real Academia de la Lengua, cosa siempre aburrida.

Soy española, y los Spain, Spanien, Espagne... me parecen modos. Pues si fuera mexicana y viera mi México evocador cambiado por un Méjico de laboratorio, sentiría rabia y pena por venir la corrección de un país amado, que las ofensas dañan según el aprecio que se tiene al ofensor.

Nuestra reina Isabel II firmaba Ysabel con Y, y nadie, que yo sepa, se escandalizaba por ello. En los nombres propios, la ortografía es menos rigurosa.

Dejemos, pues, México, y en último término dejemos que los mexicanos escriban su nombre como les salga de dentro, que por eso no van a ser ni más ni menos hispánicos.

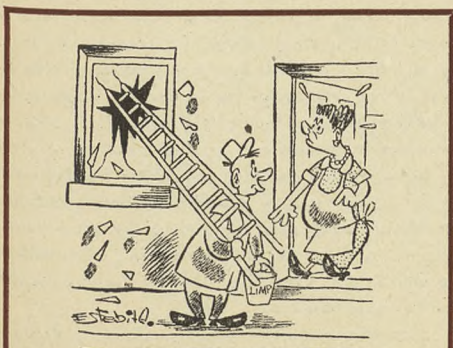
Perdone, señor, esta carta tan poco científica en gracia a que "el corazón tiene sus razones que la razón no conoce". El corazón, que siempre, gracias a Dios, manda en las gentes de nuestra raza.

Le saluda cordialmente

JOSEFINA ROMÁN.

Valladolid, 30-V-1948.

N. de la R.—A fin de que podamos remitirle un ejemplar de este número, de acuerdo con las condiciones que figuran al principio de esta sección, rogamos a la Srta. Josefina Román que nos comunique seguidamente su dirección.



—¿Qué señora? ¿Limpiamos los cristales?



—¿Wagner? ¿Beethoven? ¿Chopin?
—Es igual. Es para trazar una conferencia.

LUIS ULISES SALAZAR

Chile, 5 mayo 1948.

BIBLIOGRAFIA

En estas páginas serán comentados aquellos libros, recientemente impresos, que ofrezcan una estimable aportación a la cultura hispánica, y, también, aquellos otros, de cualquier procedencia, que entrañen un claro valor universal siempre que —en cualquier caso— nos sean remitidos dos ejemplares.

"Y EL TIEMPO SE HIZO CARNE", por LOPE MATEO. — PUBLICACIONES ESPAÑOLAS. MADRID, 1948.

Cuando el abate Bremond, en su célebre debate sobre la Poesía pura, terminó por situar a la lírica en estrado paralelo al de la plegaria, no pensó seguramente por qué diferentes caminos vendrían los años a darle la razón. Y hoy vienen de nuevo a nuestra memoria las conclusiones del académico francés, a la orilla de la lectura del reciente libro de versos de un poeta español: Lope Mateo, seguidor incansable de la poesía, claro de triunfos en sus permanentes desvelos junto a ella, acaba de publicar un libro, en el que cada línea constituye una forma de plegaria.

En Y el tiempo se hizo carne, el verso es un canto continuado, irrompible, por donde pasa un hombre que, clavado en la tierra y cercado de sus afanes, sus gracias y sus dolores, mira a lo alto y clama en su diálogo eterno con Dios, o con sus formas de devoción entre los hombres, a través de esos "leños en flor", maderas sagradas, representaciones palpitantes y emotivas, a las que el poeta da, por fin, lo único que les faltaba: el maravilloso don de la palabra. "Leños en flor, abriles teológicos de España", dice Lope Mateo, entregándonos en un solo verso toda una teoría de lo que representan esos "pasos", esas imágenes de las iglesias españolas, a veces quietas, silenciosas, impresionando la clausura de una nave, y otras, en peregrinación santa por las calles de una ciudad, convertidas en riada de piedad entre los hombres.

Es en la parte primera del libro Tiempo de pasión donde estos poemas se ciñen más objetivamente a cada motivo, a cada estampa; pero el tono de religiosidad encendida se continúa y afianza en cada una de las otras dos partes: Tiempo de la ciudad y Alcor de luz, para quedar la señera fortaleza del libro felizmente, gravemente sustentada por los dos poemas con que se abre y se cierra el tiempo del verso "Ambito del tiempo" y "Triunfo de la vida en la muerte". En el primer verso del inmortal poema del Dante se apoya Lope Mateo, parafraseándolo felizmente, para situarse, hombre entero, trascendido y singularmente iluminado, en ese valle profundo desde el que contemplamos nuestra juventud y nuestro destino. En el "Triunfo de la vida en la muerte", entre los más rotundos aciertos de expresión —"Más solitario yo, más aterido—en la fosa del alma que estos huesos"—se completa un canto impresionante, que serviría por él mismo para justificar la razón de ser de un poeta.

Si el espacio no nos limitara, haríamos asomar a estas líneas alguna muestra de las excelencias innumerables del libro. Quede aquí la noticia de su aparición. Lope Mateo, "en mitad del camino de la vida", ha enriquecido las Letras españolas con un puñado apretado de versos, con un libro de unidad, inspiración y fervor verdaderamente ejemplares.—J. G. N.

★ ★ ★

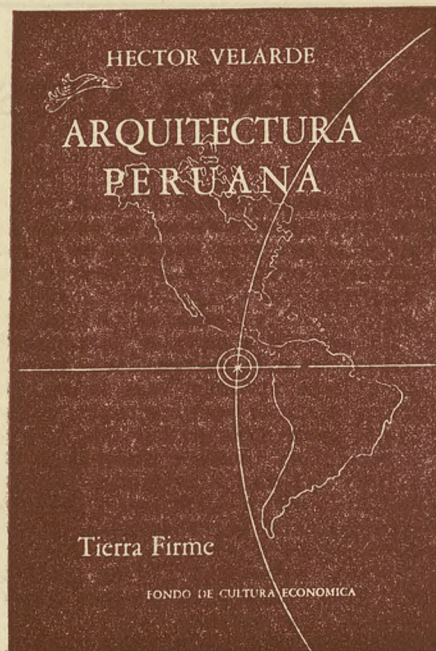
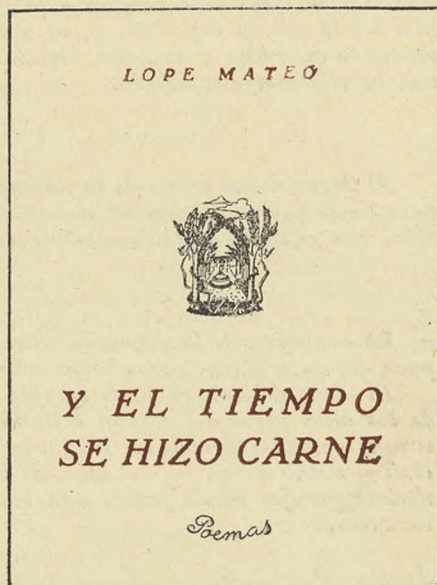
"VIDA DEL VII CONDE DE LEMOS", por M. HERMIDA BALADO.—EDITORIAL N O S, 1948.

"Interpretación de un mecenazgo" es el subtítulo que pone el autor a esta su interesante biografía del VII Conde de Lemos, D. Pedro Fernández de Castro y Ossorio, a quien Cervantes dedica la segunda parte del Quijote. Este mecenazgo de Lemos se extendió a todos los grandes ingenios de su época: Lope, Quevedo, Góngora, los Argensola. De aquí el interés del personaje y de la obra que, escrita en estilo sobrio y con documentación abundante, viene a ilustrarnos

sobre ese aspecto tan especial **MUNDO HISPANICO** de la vida privada de los escritores y artistas del Siglo

de Oro español, cual es su relación con los magnates y señores que dentro de la jerarquización aristocrática de la sociedad venían a ser los naturales dueños y dispensadores de honores y riquezas.

El libro, que ha sido patrocinado por el Exce-



lentísimo Ayuntamiento de Monforte de Lemos, está impreso con nitidez y se halla profusamente ilustrado con fotografías y con dibujos al carbón, realizados por Chausa.—J. Y. T.

★ ★ ★

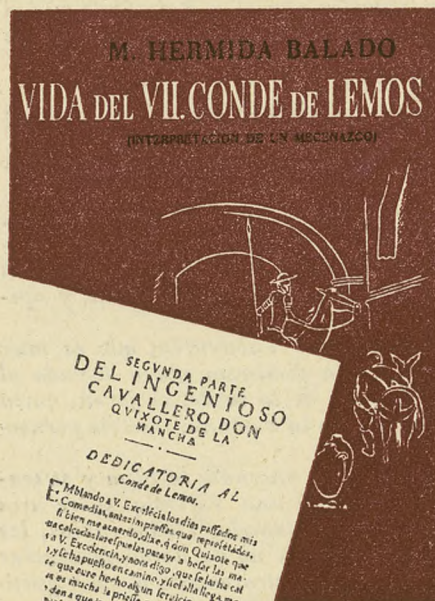
"ARTES PLASTICAS ECUATORIANAS", por JOSE GABRIEL NAVARRO.—COLECCION TIERRA FIRME, FONDO DE CULTURA ECONOMICA.

Ecuador es, con México y Perú, uno de los tres focos principales del Arte hispanoamericano durante la época que la historiografía liberal ha vulgarizado bajo el erróneo nombre de "colonial". Modernamente el Ecuador ha continuado esta tradición, y hay allí un movimiento artístico de importancia que busca, a veces por caminos desviados, el cauce histórico de lo original y autóctono.

El doctor José Gabriel Navarro ha dedicado interesantes estudios a este arte ecuatoriano "colonial", estudios que han merecido los mejores elogios de la crítica y que lo convierten en una autoridad en la materia.

No menos interesante que sus obras anteriores es ésta que comentamos, "Artes plásticas ecuatorianas", en que estudia inteligentemente los orígenes y formación en el Ecuador de la pintura, arquitectura, escultura y artes industriales o artes menores (es decir, las de artesanía propiamente tal), en que tan aventajados discípulos de los españoles resultaron los indígenas americanos.

Los primeros capítulos de la obra tratan de los elementos indígenas y extranjeros que han entrado en la composición de este arte mestizo, así como las fases de evolución del mismo. Dedicó luego el autor tres extensos capítulos al arte religioso de Quito, ciudad que compite con México y Lima en riqueza arquitectural hispánica, haciendo una exposición detallada de las



iglesias y conventos quiteños con un somero pero exacto enjuiciamiento de sus valores artísticos dentro del marco histórico preciso.

La arquitectura civil le merece un capítulo extenso y muy comprensivo, así como los dedicados a la pintura, escultura y artes menores, que dan una idea general, pero bastante completa, del proceso del Arte en el Ecuador.

El libro termina con una reseña rápida del arte ecuatoriano contemporáneo. Se señalan nombres de autores nacionales, y de extranjeros que han influido en aquéllos y en el ambiente artístico de la nación, despertando inquietudes y haciendo escuela. Echamos de menos en este capítulo una crítica, aunque fuera breve y sintética, del movimiento indigenista que, especialmente en pintura, ha absorbido, por decirlo así, todas las corrientes artísticas en México, Perú y Ecuador, en un afán de encontrar la personalidad propia americana, pero que, por aberraciones ideológicas y prejuicios políticos, se ha alejado en ciertos aspectos de los caminos auténticos del Arte, esterilizando un impulso artístico genuino que estaba llamado, y que aún lo puede estar si se sabe rectificar a tiempo, a producir el Arte genial y original que el mundo y la Cultura esperan de nuestros pueblos hispanoamericanos.

En resumen, podemos decir que el libro de Navarro cumple una interesantísima labor informativa y de síntesis respecto al Arte plástico ecuatoriano. Las cuidadas ilustraciones fotográficas en papel satinado completan en lo posible esta labor informativa.—J. Y. T.

"ARQUITECTURA PERUANA", por HECTOR VELARDE.—Colección "Tierra Firme". Fondo de Cultura Económica, México,

Interesantísima obra esta del arquitecto y escritor peruano D. Héctor Velarde, sobre la arquitectura de su país. Desde luego, el tema tiene por sí un interés enorme, porque el Perú fué emporio de culturas prehispánicas y centro irradiador de la hispánica durante la época virreinal, siendo allí el lugar de América donde esta cultura brilló acaso con luz más propia y original. En el orden arquitectónico, sobre todo, puede decirse que Lima es la ciudad americana que produjo el más diferenciado y exclusivo de los estilos llamados "coloniales", y que le da, aun ahora, gracias al histórico apego limeño a la tradición artística, una fisonomía propia e inconfundible. Testimonio gráfico de ello encontramos en las hermosas fotografías que decoran el libro de Velarde como complemento ilustrativo necesario a una obra de esta especie, y que muestran, junto a las viejas piezas de la arquitectura virreinal, en barrios de reciente urbanización, los modernos edificios que conservan el encanto de la línea estilística tradicional.

Sin embargo, en este libro no se hace—como señala el autor—"un estudio histórico de la arquitectura del Perú, ni un ensayo crítico-estético, menos aún arqueológico; se desea simplemente mostrar sus monumentos principales en orden de tiempo y espacio, y hacer ver con la mayor objetividad posible que se trata de una arquitectura que aun hoy, a través de las tendencias modernas y de las grandes líneas estéticas actuales, sigue dando sus frutos propios y jugosos".

La obra cumple perfectamente el objetivo señalado por el autor, a través de las tres épocas fundamentales de la cultura del Perú en que divide su exposición sobre la arquitectura: 1.ª, la prehispánica (período preincaico e incaico); 2.ª, la "colonial" o virreinal, y 3.ª, la republicana (que incluye desde la Independencia hasta la época actual).—J. Y. T.

★ ★ ★

"HISTORIA DE LA MUSICA" (en cuadros esquemáticos), por FEDERICO SOPEÑA. COLECCION "SINOPSIS". EPESA.—MADRID.

Sólo el talento y la gracia de Federico Sopeña, sin duda el primer crítico musical español desde Adolfo Salazar acá, podían haber superado con plena felicidad las horcas claudinas de una "Historia de la Música" en 65 cuadros esquemáticos, que ha editado EPESA en su colección "Sinopsis", servidora de la quinta esencia extrema para uso, y auxilio rápido del estudioso necesitado de unas coordenadas mnemotécnicas en su labor. Dentro de este cauce, y con sabia modestia, el autor declara que no trata sino de "encuadrar la tarde de concierto en un mundo de cultura". Pero queremos esperar que estos bien logrados esquemas sean la maqueta de una futura gran historia de la Música que Sopeña ha de darnos algún día con sus ojos españoles a cuantos hablamos español.

Como decimos, la auténtica carrera de obstáculos, que es una serie de cuadros esquemáticos, está muy bien ganada en este libro: el lector, cautivado por la jugosidad de los textos, cruza impertérrito por las dobles páginas, fraccionadas cada una en varias columnas, convirtiendo así en auténtico libro de lectura fluida y metódica lo que el cauce original de la colección "Sinopsis" parecía destinado a simple trabajo de orientación general y síntesis para el estudioso. La sinopsis no mata aquí a las figuras de la historia musical; bien vivos y caracterizados se aparecen, enmarcados siempre en sus momentos culturales. Algunos cuadros esquemáticos—capítulos íbamos a decir y hemos tenido que tachar—, como los dedicados a la música rusa y americana contemporáneas, tienen un valor de información, sugestiva y anticipadora, digno del mayor encomio, sobre todo en una cosa tan poco "narrable" y "recensionable" como es la música.

Justifícase en el prólogo—caliente y denso—la circunstancia de limitación cronológica—se comienza concisamente con la música cristiana—y geográfica—sólo Europa y la moderna América—. Cierra la obra una "Nota de última hora", trágica y grave, sobre las posibilidades actuales de la música.—J. M. V.